

**Maria Valtorta**

**LOS CUADERNOS  
1945-1950**

Traducción del italiano de  
A. Carmen Massari Acquavella

*CENTRO EDITORIALE VALTORTIANO*

Todos los derechos reservados.

Título original: *I Quaderni dal 1945 al 1950.*

© 1984 by Emilio Pisani.

© 1985 by Centro Editoriale Valtortiano srl.

Traducción del italiano de  
A. Carmen Massari Acquavella

© 2005 by Centro Editoriale Valtortiano srl.

Viale Piscicelli 89-91 03036 Isola del Liri (Fr) – Italy

[www.mariavaltorta.com](http://www.mariavaltorta.com)

ISBN 978-88-7987-095-5

*Fotocomposición e impresión:*

Centro Editoriale Valtortiano srl.

Reprinted in Italy, 2009

**LOS CUADERNOS  
1945-1950**

15 de noviembre de 1945

Para Emma Federici.

La impaciencia nunca es un coeficiente de éxito. Cuando llegue la hora, las almas resurgirán por voluntad de Dios. La obediencia siempre es prueba de justicia y de espiritualidad y siempre es premiada. Los temores del mañana demuestran una imperfección en cuanto a las tres virtudes teologales. Dios puede suscitar en cualquier lugar, y en especial en los lugares y los seres más imprevistos, lo que le necesita a un hijo suyo que se le confía. La que a veces pa-

102

rece la ayuda mejor, por el contrario es algo que desvía de la senda de Dios. Y entonces Dios lo quita y se ocupa y se preocupa hasta substituirlo por el elemento necesario. El que se aferra a demasiados consejos, termina por perecer en una maraña tentacular. No es suficiente decir: «Su voluntad». Es necesario *hacerla* una vez que ha sido expresada.

2 de diciembre de 1945

*Jeremías 31, 21-22*, para Emma Federici.

Dice el Señor:

«Es penoso tener palabras severas donde uno quisiera tener sólo amor. Mas ya lo he dicho: “No permitir que sucedan desviaciones en la justicia es amor”».

Por lo tanto, escucha. Cuando la humanidad os convierte en náufragos - entiendo por humanidad la exterior, es decir, la del prójimo y también la interior, o sea, la propia - para lograr volver a la superficie, a la orilla, a la salvación, la única posibilidad es huir del mar insidioso, enfurecido, agitado por vientos contrarios. ¿Cómo se puede hacer? *Se puede hacer aislándose*. El aislamiento permite comprender a Dios y discernir el bien y el mal; en el aislamiento puede separarse lo bueno de lo que no lo es; en fin, se puede realizar y *se puede realizarse*. La disipación nunca es buena. Se trata siempre de un desorden. En el desorden nunca está Dios.

¿Cómo puedes aislarte? Como hace el marinero cuando arrecia el temporal. Es decir, amparándote en una tranquila ensenada. ¿La ensenada está fuera de la ruta que te habías propuesto? No importa. Por lo pronto, no está dicho que la ruta que te habías propuesto fuera una ruta adecuada. Tú la considerabas así. Y la has seguido sin mirar la brújula, obedeciendo a tus propósitos y, de ese modo, saliste mal del puerto desde el primer momento y en vano más de un timonel te volvió a la justa ruta. Queriendo seguir la aguja enloquecida de *tu* brújula, te desviaste cada vez más de la ruta. Apártate del mundo y de las voces del mundo para escuchar a Dios.

¿Qué valor le diste a los consejos del que hablaba en mi Nombre? ¿Acaso no sabes que Dios está en los labios de sus servidores? ¿Qué valor diste a lo que te fue entregado en mi Nombre? Hubo uno, dos, tres, mil consejeros: una Babel. Hubo una, dos, tres desobedien-

103

cias: la Rebelión. ¡Es inútil pedir ayuda si luego no se escucha la voz que responde! Por eso, vuelve a los primeros consejos, reflexiona y, si puedes, repara. Mas ya no puedes, porque es tarde. Y te arruinas. Vas errando en busca de consuelo. Mas si dicho consuelo no es como tú lo deseas, lo dejas de lado. ¿Y entonces, qué pretendes? ¿Por qué me desobedeces? ¿Qué te había aconsejado el Padre Migliorini desde los primeros momentos? Ni siquiera te lo acuerdas e inútilmente le haces sentirse incómodo y también tú lo estás. ¿Qué encierran mis palabras? ¿No sabes leerlas? Si no interpretas los signos y vuelves a equivocarte aun cuando Yo reparo providencialmente ese necio envío de cartas, como si buscar vocaciones fuera como buscar víveres, ¡paciencia! ¡Pero que no entiendas mis palabras!, ¡mis palabras!

¡Aíslate! ¡Trunca las amistades! No te ilusiones. Haz *silencio a tu alrededor, en ti, a tu*

*respecto*. Deja pasar el viento. Y luego recomienza, por otras sendas; recomienza sumisamente, humillada, obediente, paciente. ¿Quieres ser víctima? Quiébrate. La obediencia, la obediencia que se me debe, se mantiene aun después de la anulación del voto. Si la Obra debe naufragar para siempre, sufrirá mi Corazón y también el tuyo y el de los demás mas, si sabes convertir esta tortura en una santificación, tu alma obtendrá beneficio. Doblega el alma, doblégala. Pondrá alas más fuertes. Tienes la debida libertad para *saberla* usar. Aprende a tener paciencia para poder concluir y heroísmo para saber humillarte. Si es necesario, te purificarás en otra Orden o en el secreto de una casa, en el mundo, y ésa no es una vida menos grata a Dios.

Que la Luz sea contigo, ¡oh, alma ofuscada!».

4 de diciembre de 1945  
Santa Martina.

Son las 20. Me invade un júbilo sobrenatural tan intenso que sabe ya a éxtasis. No sé qué lo origina porque no tengo motivo alguno que pueda provocarlo. Estoy cansada, toda dolorida, atontada porque he tenido que hablar mucho y oír cosas que no eran consoladoras precisamente: ruinas de los espíritus... Figúrese si no he sufrido. Y sin embargo, me invade este júbilo tan vivo... tan vivo. Luego se me presenta una construcción constituida por gruesos muros oscuros que, además, me parecen húmedos; son de color café

104

muy claro o de fango muy oscuro. Es como una rotonda de la que parten pasillos en cruz [grafico]. Los defino pasillos porque no se ve el cielo, hay un techo alto y oscuro, como los muros de anchas piedras escuadradas que había en el Tullianum<sup>1</sup>.

Justo en el centro de la rotonda se me aparece una criatura. Es poco más que una niña. A lo más tendrá unos 12 años y su cuerpo está aún menos desarrollado que el de Santa Inés<sup>2</sup>; se diferencia de ella no sólo por ser más menuda, sino también porque tiene cabellos oscuros y tez igualmente morena. Tiene ojos negros, grandes y dulcísimos, pero algo tristes, como cansados, como si hubieran sufrido mucho o pertenecieran a quien ha sufrido *mucho*. Y también su sonrisa, mansa y dulcísima, es un poco triste. Lleva una túnica completamente blanca, de lino, muy amplia, sin cinturón, con las mangas hasta el codo, por las que asoma el antebrazo bien modelado que termina en las manos pequeñas, morenas, cruzadas sobre el pecho. No se trata de la fúlgida figura de una beata, pero es una figura luminosa, aunque sin serlo demasiado. Es como si esta tierna aparición brillara con la luz de una estrella, empañada por un ligero velo de niebla. Aun así me atrae porque se trata de una luz pura y suave que otorga paz y leticia. El contraste con los muros oscuros es muy fuerte. Me mira y sonrío.

A sus espaldas, por los dos lados de la cruz que he señalado [grafico] con las rayitas, veo huir hombres que llevan una corta túnica de un amarillo ceniciento. Cuatro de ellos van hacia el norte, hacia una luz lejana, que apenas se divisa, como si ese alto pasillo terminara en un lugar abierto; los demás van hacia el sur, en medio de tinieblas tan densas que me impiden comprender cuántos son. En cambio, comprendo que esa adolescente es una mártir, porque lleva una pequeña palma, que estrecha al pecho entre los brazos cruzados; es una palma blanca, me atrevería a decir espiritualizada, del mismo modo que el lino de su túnica, que es más inmaterial y espléndido que el lino más hermoso.

Pero no sé quién es y por eso le pregunto: «¿Quién eres?». Me responde: «Soy Martina. Y éste es el lugar donde he sufrido mucho. Es sólo uno de los lugares, porque sufrí mucho. Sufrí muchos martirios antes de la espada. Los que huyen en las tinieblas son los que me

---

<sup>1</sup> Véase el texto del 29 de febrero en “Los cuadernos. 1944”.

<sup>2</sup> Véase el texto del 13 de enero y el del 20 de enero en “Los cuadernos. 1944”.

105

martirizaron. Los que van hacia la luz son los que salvé con mi dolor y bauticé con mi sangre. Los otros no quisieron convertirse a Jesús. Pero ahora soy feliz. Ya no existe el dolor. Para llegar a la gloria hay que sufrirlo todo. Recuerda: soy Martina... y, de modo especial, me nombran también en las invocaciones de la Iglesia. ¡Oh, qué bueno es Jesús! ¡A cambio de tan poco dolor, da tanto júbilo y tanto poder! Adiós. Soy tu amiga. No te acuerdas de mí y, sin embargo, me conociste y me amaste cuando eras una adolescente de mi misma edad. Pero yo te he amado siempre, junto con Inés. Que la luz del Paraíso resplandezca siempre en ti y te ayude a llevar hacia la Luz a tantas almas. Adiós. Toma, derramo sobre ti mis bálsamos».

Agita hacia mí la palma, luego vuelve a cruzar los brazos sobre el pecho y se me desvanece su visión con un canto suave, abstracto, irreplicable; todo resplandece en ese lúgubre lugar mientras ella se desvanece dejando como único recuerdo de sí un intenso perfume inefable.

Tomo el Misal: el 30 de enero hay 4 renglones acerca de Santa Martina. Hojeo un viejo libro de plegarias. Ni siquiera la nombra. Hurgo en mi memoria... nada. La oscuridad es absoluta. Pero me quedan su amistad, su mirada, su sonrisa, la fragancia de sus bálsamos. Y el júbilo de antes perdura y me eleva muy hacia lo alto...

*7 de diciembre de 1945*

Dice Jesús:

«Cuando les exhorto a llevar una vida justa y les instruyo acerca del modo en que debe entenderse y practicarse la Religión para que sea una forma de vida que conduzca a la Vida eterna, aún hoy los hombres dicen: “¡Semejante lenguaje es demasiado duro! ¡Éste quiere convertirnos en víctimas de su locura!”. Y no se dan cuenta de que, expresándose de este modo, confiesan que están degradados de su condición de hombres.

Hablan de evolución, de superhombre. Pues bien, tomemos al hombre tal como Yo le encontré tras su descenso del Paraíso. Te guío la mano para que traces el diagrama<sup>1</sup>; cuando lo termines, verás que

---

<sup>1</sup> La escritora agrega aquí entre paréntesis: *Doy vuelta la hoja porque no me entra el diagrama* y en las dos páginas siguientes del cuaderno hace el dibujo que reproducimos en la página siguiente.

106

[dibujo]

107

no se trata de elevación sino de disminución. ¿Hablan de evolución? Cuando los soberbios y falsos filósofos de hoy hablan de evolución presuponen el concepto de “subida”. Pero evolucionar quiere decir proceder de un punto hacia otro. Por lo tanto, por espirales se puede proceder tanto hacia lo alto como hacia lo bajo. ¿No sabes dibujar una espiral? Pues, haz una parábola.

[dibujo]

¿Ves? Si hubiera ido hacia la derecha, habría evolucionado hacia el Cielo. Ha querido ir hacia la izquierda. Ha evolucionado hacia el Infierno. ¡He aquí al “superhombre” actual, al “evolucionado” actual! Ese hombre al que le parece una locura vivir al menos como “hombre”, si no logra convertirse en “ángel”. Ese hombre que se considera “víctima” porque le exhorto a vivir como hombre. Ese hombre que me llama loco. ¡Sí, lo soy, muy loco! ¡por amor! Ámame, ámame tú, ¡oh, pequeño Juan!...».

18 de diciembre de 1945

Dice Jesús:

«Hace trece años que Yo te clausuré, oprimiéndote bajo el peso de la invalidez, quebrando tu palabra y tu acción. Por años has salvado por medio del dolor. Luego te transformé en fuente para que salvaras con la Palabra. Te hice “portavoz”. Hoy, mi violeta escondida, te autorizo a disponer de lo que has visto y oído. Hazlo con prudencia, sin avaricia, con santidad y por un fin santo.

Era un deseo mío, claro y firme, que nadie pudiera tomar de la cisterna en la que se vuelca mi Palabra a través de ti, antes de que ésta se hubiera llenado *completamente*. Mas dado que se ha querido hacerlo aunque sólo a gotas - y, en verdad, eso no me ha gustado, porque es imprudente y disminuye la obra - es necio sofocar todo

108

chorro en la fuente originaria si luego el agua que surge de ella no es recogida en depósitos para poder ser usada a su debido tiempo y con *las debidas cautelas y tutelas*, a fin de que no sea sustraída o contaminada por elementos extraños o cualquier otra cosa. Por el contrario, el agua que emana de esa fuente se divide y difunde en mil regueros, perdiendo su imponente belleza, y se extravía en la aridez profana de un desierto más o menos racionalista e incrédulo, y hasta resulta útil para las maniobras de ciertos espíritus burlones y hostiles.

Por eso, pequeño Juan, cuando veas que mi verbo puede convertirse en “bálsamo” y salvación, dona mi verbo. No temas. *Verás claramente a quién es justo darlo*. Te ilumina la Luz.

Y reza mucho, mucho, mucho, por los sacerdotes que en estas fiestas se acercarán al altar por la primera vez. Que su Navidad sea una *verdadera* Navidad. Que sea un nacimiento a Cristo, con Cristo y para Cristo. El mundo lo necesita. Tener sacerdotes santos no impedirá que haya guerras y masacres. Pero, al menos, hará que no muráis todos embrutecidos, como ya estáis encaminándoos a ser. ¡Oh, en verdad, Yo tendría que repetir el acto de la expulsión de los profanadores del Templo! Estoy profundamente disgustado. Violeta de la Cruz, ruega por los ministros de tu Jesús...

Ve en paz, alma mía, crucificada mía, mi voz, mi hija, mi júbilo...».

Me toma el rostro entre sus manos afiladas, se inclina sobre mí hasta rozarme la frente con sus cabellos y a hacerme sentir su respiración.

19 de diciembre de 1945

A las 23y30.

Dice Jesús:

«Heme aquí para explicarte *muchas* cosas. No amo las preguntas y, en especial, las tuyas. Tienes inteligencia suficiente como para entender las respuestas que te doy a través de los dictados contenidos en las visiones. Pero aquí, ahora que los hechos se han desarrollado como debían, sin influenciar a nadie en ningún sentido, hablaré y explicaré.

Las preguntas tuyas que considero justo acoger son: I. ¿Por qué

109

hay tanta diferencia entre tú y Dora<sup>1</sup> en cuanto a las manifestaciones? - II. ¿Por qué se

producen tan frecuentemente estos casos? - III. ¿Podría suceder mañana lo que hasta ahora no ha ocurrido? (o sea, una acusación contra *mis* fenómenos). - IV. ¿Dora permanecerá en su estado actual? - V. ¿Por qué, aun admitiendo en ella la manifestación de lo sobrenatural, sientes un desapego espiritual a su respecto? - VI. ¿Tienes que conservar el mensaje que te llegó por dictado angélico? - VII. ¿Es oportuno que Dora te conozca y conozca tu labor? - VIII. ¿Por qué en el primer momento quisiste verla y luego ya no lo has querido? - IX. ¿Por qué el demonio la tortura de ese modo? - Las demás preguntas son razonamientos infantiles y las desatiendo.

Pues bien, debes saber que adecuó las manifestaciones al ambiente y al fin por el cual las he suscitado. Tú has recibido la misión de ser una voz mundial. Debes cantar el himno de la Misericordia y del Amor, de la Sabiduría y de la Perfección, para todos los oídos y para todos los corazones, para todas las mentes y para todas las almas. Por eso, tras haberte formado para darte esta capacidad, te he convertido en una “voz” completa, he hecho de ti, que eras un pigmeo, un gigante. (Y no te envanezcas, porque todo lo que tienes te lo he dado Yo para realizar esta misión, te he dado *todo*, hasta la enfermedad, hasta tu soledad). Mas el gigante no eres tú: soy Yo, que estoy en ti, ¡oh, mi pequeña Cristóbal, que llevas a Cristo pero que, en realidad, eres llevada por Él! Dora está destinada a hacer amar a Dios entre los humildes que ni siquiera saben decir bien el *Pater* e ignoran las nociones más elementales de religión. Si ella hablara como Yo te hablo a ti (y Yo podría hacer que así fuera), ¿quién la entendería? En lo que te dicto hay páginas que complican hasta a los doctos. ¿Acaso podrían entenderlas esos seres humildes para los cuales la he convertido en mi instrumento? ¿Ves cuán bueno y justo es Dios? ¿Ves cuán humilde es? Se aniquila para adecuarse al instrumento y a quien lo escucha, soporta confidencias y expresiones que no soportaría si provinieran de ti. Porque tú sabes comportarte y, por eso, en tu caso se trataría de expresiones irrespetuosas, mientras en Dora son solamente expresiones simples, que me hacen sonreír porque me parece escuchar el modo campechano con que me habla-

---

<sup>1</sup> Se trata de Dora Barsottelli que, según se decía, estaba favorecida por manifestaciones sobre cuyo origen la escritora nutría dudas y aprensiones, como se verá en el curso del presente volumen y como se evidencia en otros escritos no relacionados con los cuadernos.

110

ban los afables galileos. No todos pueden ser nuevas Juanas de Cusa, ¿no te parece?

A la segunda pregunta respondo de este modo: la Providencia obra con indulgencia hacia sus criaturas. La corrupción general, ya existente antes de la guerra y siempre en aumento, la relajación del clero, la tremenda guerra, las doctrinas perniciosas, la soberbia de los... sabelotodo (o que se creen tales), han disminuido de tal modo la fe que terminaría por morir de consunción. Y es doloroso tener que decir que el agente que daña más a la fe es el clero, acerca de cuyas faltas te he dictado *muchas* veces. Entonces, he ahí que, como en una noche sin luna resplandecen en mayor número las estrellas y logran verse aun las más pequeñas y, todas juntas, consiguen producir un poco de luz para guiar al viandante nocturno, a la sociedad católica, a la que le faltan luces mayores (léase: un clero activo), se le conceden estrellas y estrellitas. El tiempo último será el tiempo del espíritu. Y estas luces, estas voces, abundarán para servir de guía a los rectos de corazón que van a ciegas en medio de las brumas del materialismo, del racionalismo, de los sectarismos, en los cuales tomarán parte activamente los sacerdotes. Y Dios siempre será manifiesto a sus hijos con su verdadera vitalidad y no con el frío y automático mecanismo creado por quien ya no cree, aunque sigue gritando “¡fe! ¡fe!”, y lo hace sólo porque ése es su oficio. ¡Oh!, ¿quiénes son los que gritan de este modo? ¿Acaso son lloronas asalariadas o pregoneros remunerados que, una vez que han terminado su tarea, se van sin estar convencidos de ningún modo los unos de la calidad de lo que han pregonado, sin quedar abatidas de ningún modo las otras por el dolor que ha expresado su llanto? ¡En verdad, en verdad os digo que tendrá mayor poder una

“pequeña voz” que pronuncie palabras venidas de Dios, aun cuando las repita con algún error gramatical, que el obrar utilitario y poco convencido de una excesiva parte del clero! Por eso, Yo voy suscitando por doquier mis “voces”. Lo haré siempre, aunque se me combata a través de esas mismas voces. Y cuanto más vea mi rebaño a merced de los pastores-ídolos, tanto más persistiré en mi propósito.

En cuanto a la tercera pregunta, te digo: ¡Por cierto que podría suceder! *Y el demonio hará de todo para que suceda*. Por eso te ruego que ayudes *mucho* a tu hermana de misión que, por su misma ignorancia y porque está menos formada de lo que tú lo eres, es menos sensible que tú tanto en sentir como en distinguir y reaccionar y que,

111

por lo tanto, podría sucumbir ante un ataque, más astuto que los otros, del Maléfico, que intenta abatirlos a las dos, y a ti mucho más que a ella. Tú estás más formada porque eres una pequeña luchadora que combates contra la Tentación desde la adolescencia, y aún antes de ella, por amor mío; eres el aguilucho de agudo pico que soportó mordiscos y perdió plumas, pero que logró sanar de las heridas satánicas volando cada vez más alto, hacia cimas cada vez más puras, para ser cauterizada y medicada por Mí, tu Sol. Por eso el Maléfico intentará abatir especialmente a ti, cuyo rayo de acción es más vasto y potente que el de Dora. Y afirmo que sería necesario que Dora fuera nutrida con el Pan eucarístico con *mucho* frecuencia. Si Satanás no lo quiere así, *Yo lo quiero*. También la ayudará la Confesión, pero sólo porque aquietará los escrúpulos que el Enemigo suscitará en su corazón. Por eso, la Confesión podrá ser menos frecuente. Mas su fuerza será la Eucaristía.

Y llegamos a la cuarta pregunta. Contesto así: las almas nunca son estáticas. Oscilan de abajo hacia arriba o viceversa. A veces se despeñan, cuando la soberbia o la mentira o la lujuria me apartan del alma. O, en cambio, otras veces suben veloces como saetas hacia el Cielo, cuando se inmolan según mi ejemplo. Pero éstos son casos especiales. En el conjunto se notan altos y bajos. Un alma, llevada a un determinado nivel, puede descender o puede subir; no queda en ese nivel. Dora está en un nivel *muy* susceptible de cambios. Podría perfeccionarse. Y podría arruinarse. Reza mucho. Que el Padre *vele mucho sobre su sinceridad y humildad*. El demonio intentará arruinar estos dos aspectos.

Quinta frase. Podrías completarla y sonaría así: “¿Por qué casi me da miedo?”. Y temes que eso demuestre que no estás en gracia de Dios. ¡Pero vamos!, ¡eres una niñita que esconde la cabeza bajo las mantas para no ver la oscuridad! Pero ¿acaso la oscuridad no es más densa bajo las mantas? ¿De qué tienes miedo? ¿De lo que eres? ¡Dora no se te parece! ¡Pobre Dora! Es el ser más inocuo de la Tierra. Pero María, mi Madre, quedó desconcertada ante el ángel y, sin embargo, era la llena de gracia. ¡Qué misterio fue para algunos ese temor de mi Madre! Sin embargo, es algo fácil de entender. Ella era la humilde, la escondida, la consagrada, la Virgen. El misterio está en estas cuatro palabras. Tú eres la violeta de la Cruz, la escondida, la consagrada. Es por eso que no deseas mantener relaciones y tiembles a la idea de ser conocida, porque sería como si te desnudaran. ¡No te-

112

mas! No serán alzados tus velos sobre tus místicos amores. ¡Quédate tranquila! ¡Quédate tranquila! ¡Oh mi violeta, hermana y esposa, no tiembles por el sufrimiento! Sólo Yo te conozco. Y Yo permito que se conozca hasta donde Yo lo deseo. El “*otro*” conoce y habla hasta que puede hacerlo. ¿Te acuerdas de Punturieri?<sup>2</sup> ¡Y bien!, ¿para qué sirvió? Sirvió para traer aquí a Giuseppe y dármelo. ¿Lo ves?

Sexta pregunta. Sí, conserva esa hojita entre tus papeles secretos. No hace falta nada más.

Séptima pregunta. No, no es necesario de ningún modo. Las estrellas siguen su camino aunque no se conozcan o no se encuentren. Es más: ¡cuán grande es el peligro si dos estrellas se encuentran en el cielo! Vosotras dos tenéis una misión diferente pero ambas misiones tienden a un único fin. Os encontraréis *en* dicho fin: en Mí. Del mismo modo, es inútil - más claramente: no sirve para nada - que la mujer, instruida directamente, reciba una instrucción ulterior que, para su limitada cultura, *no*

*significaría más que fatiga y un placer superficial. Al menos por ahora, es así. Tampoco el ambiente es adecuado para retener los dictados. Nunca serán suficientes mis recomendaciones de parsimonia y prudencia en la distribución de los fascículos. Dado que es muy lento el camino para hallar una tutela para ellos, se debe ser sumamente lentos en distribuirlos a uno u otro destinatario.* Octava pregunta. Porque Yo inspiré esta acción en ti. ¿Que por cuáles motivos? No es necesario que los explique. Porque era justo hacerlo así y - siempre porque he obrado en ti - tú lo intuiste, tras haber pensado inútilmente hasta que llegó la Luz. Sería dañoso que os conocierais por el hecho de que, tanto tú como ella, tenéis que tratar con un mundo racionalista. ¿Sabes qué diría el mundo? Pues diría: “He ahí cómo se exaltan la una con la otra. ¡Son cosas retrógradas!” y volverían a evocar a los reformistas que en el siglo XI se oponían a la corrupción eclesiástica, a los secuaces de Savonarola del siglo XVI y a otros semejantes, hasta terminar con los grandes nombres de la psiquiatría... ¡Déjalos correr! ¡Déjalos correr! Que cada fuente emane su chorro, sin que se funda el uno con el otro. Del mismo modo, es conveniente que tu tarea no inflencie o demuestre influenciar a Dora. ¿Tú tienes la profusión de la Palabra? ¿Ella hace oír la voz? ¡Muy bien! Que cada una se quede con lo que la caracteriza.

---

<sup>2</sup> Véase el texto del 14 de noviembre en “Los cuadernos de 1944”.

113

Novena pregunta. Ella está torturada materialmente, porque el enemigo no podría atormentarla como a ti, que eres más refinada psíquicamente. Contigo es sutil e inteligente, te aguijonea en tu *yo* psíquico. Ella, ¡pobre criatura!, no entendería los problemas que el enemigo agita ante tus ojos para provocar tus dudas y temores; por lo tanto, se limita a cogerla por los cabellos y a zarandearla. Pues bien, ruega por ella, que tendrá que sufrir *tanto, tanto, tanto*, ¡pobre Dora! Sostenla. Es una hermana tuya. *¡Que no se pierda! ¡Que no la dañe el haber sido llamada!* Sabes que Satanás logró instilar su veneno en los discípulos. Ruega para que eso no suceda aquí. Dora se encuentra ante una difícil prueba y ante un cambio total.

Muéstrale al Padre todo esto. Es una lección *para ti y para él* y para *ningún otro*. Que nadie desobedezca. *No lo quiero.*

Y ahora reposa. Reposa con el cuerpo cansado y el alma serena. Quédate en paz. Te bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

(Es la 1 y 20 de la madrugada del 20 de diciembre, pero estoy contenta de haber tenido este dictado y de haberlo tenido tan pronto. Se lo agradezco a mi Señor.)

21 de diciembre de 1945

¡Oh, Padre! No sé si Ud. se habrá dado cuenta de que en el momento de la Santa Comunión me costaba seguirle porque yo ya estaba... en otro lugar, abstraída en mirar hacia lo alto, desde donde me llegaba un llamado gozoso, pleno de un júbilo que no se puede describir con comparaciones o vocablos humanos. Tenía que hacer un esfuerzo para separarme de allí para responderle a Ud... Luego, entre estremecimientos de gozo, entre oleadas de un júbilo cada vez más intenso, se presentó más nítidamente a mis ojos lo ultraterrenal y vi.

Vi el añil resplandeciente de los prados paradisiacos... Y aunque el único espectáculo posible fuera el de las regiones celestiales inundadas por la luz del Paraíso, esa luz que ninguna comparación logra explicar, ya bastaría para elevarnos a la bienaventuranza.

Note que esas extensiones del Reino celeste se me aparecían mucho más en lo alto que el corriente cielo cósmico pero, aun así, las veía muy nítidamente, como si no estuvieran más allá de los techos.

114

Toda vez que contemplo el Paraíso advierto esta sensación de lejanía infinita de la Tierra y de que *yo* soy transportada más allá de la atmósfera terrestre para ser acercada al Cielo paradisiaco y poder verlo bien. En suma, me siento arrancada de la Tierra y llevada muy lejos, allá arriba. No es el Paraíso, que está aún más arriba, pero se trata de un lugar que está lejos de toda la creación con sus planetas y estrellas. Tengo la sensación de estar arrodillada con mi alma, y me arrodillaría también materialmente si no fuera porque un resto de vigilante razón me hace desistir de hacer manifestaciones de lo que pasa en mí. Pero con el alma me prosterno porque siento que estoy en presencia de algo que es muy superior al hombre y que debe ser venerado aunque sea simplemente luz y azul ilimitados.

Desde un punto colocado entre el norte y el este, vienen a mi encuentro tres figuras refulgentes, caminando por los campos de zafiro como comunes mortales; su paso es majestuoso y sumamente digno. Sin embargo, no manifiestan ninguna afectación. Por el contrario, caminan con soltura, sin perder majestad. Sonríen al mirarme y también sus ojos sonríen cuando sus miradas se cruzan indicándome. A medida que se acercan, veo los destellos de los hermosísimos ojos - de color azul zafiro en el primero, intensamente oscuros en el segundo, castaño dorados en el tercero - que resplandecen risueños a la luz del Paraíso. Vienen hasta el borde del campo celeste, más allá del cual y hasta el escalón inferior, donde me encuentro extasiada y en adoración, se extiende el vacío. Se detienen allí mirándome, sonriendo como sólo un ángel puede sonreír y tomándose de la cintura como tres hermanos que se aman y que pasean juntos.

Son los tres arcángeles: Gabriel, Miguel y Rafael. Intentaré hacerle un retrato de los tres. Son tres jóvenes bellísimos. Me parece que tienen entre 20, o quizás entre 18 y 30 años. El más joven es Rafael; el mayor (por su aspecto) es Miguel, el de la *terrible* belleza.

El primero a la derecha es Gabriel, que representa unos 24 ó 25 años. Es alto, esbelto; tiene un rostro muy espiritualizado por los rasgos extasiados de perpetuo adorador. Sus cabellos rubios tienen el color del oro puro. Son ondulados y caen hasta tocar apenas los hombros, o mejor, la base del cuello y están sostenidos por una delgada diadema diamantada que, más que de metal o de gemas, parece hecha de una faja de luz resplandeciente. Lleva uno de esos atavíos que muchas veces he visto en los cuerpos gloriosos, es decir, una vestidura como de luz entretejida de perlas y diamantes. Es una túnica

115

larga, suelta, castísima, que oculta por completo los pies y que apenas deja entrever la mano derecha, una mano de bellísima forma, abandonada a lo largo del cuerpo. Me mira con sus ojos de zafiro y su sonrisa es tan sobrenatural que, a pesar de ser una sonrisa, me atemoriza.

También el que está en el medio es muy alto, como su compañero. Se trata del que he definido *terrible en su belleza austera*. Sus cabellos oscuros son más cortos y más rizados que los de su compañero; sus miembros son más robustos; en su frente desnuda no hay ninguna diadema pero sobre el pecho luce una especie de medallón de oro y piedras, hecho de esta manera [croquis] y sostenido al cuello por dos cadenillas de oro. Sus piedras engarzadas forman caracteres, probablemente un nombre, pero no sé leer esas palabras, esas letras que no son como las nuestras. Está vestido como de oro llameante, hasta el punto de que su ropaje encandila por lo resplandeciente. Parece que sus miembros ágiles y robustos están fajados por una llama clara, es decir, una llama que no es rojiza sino dorada. Su mirada oscura es severa y arroja rayos. No me causa temor porque siento que no está airado conmigo y que, por el contrario, me ama. Pero lo *terrible* de su mirada debe de resultar angustiante para los pecadores y para Satanás. A diferencia de como lo representan, Miguel no tiene espada ni lanza, pero sus armas son en verdad sus ojos. También su sonrisa es severa, muy austera.

El tercer arcángel lleva un atavío ceñido por un cinto adornado con piedras preciosas. Es un atavío de un delicado color esmeralda; precisamente parece estar vestido del color que se ve cuando se mira al trasluz una esmeralda. Es alto, tiene cabellos oscuros, largos como los de Gabriel. El color es precioso, pues son castaños y tienen reflejos de color oro oscuro. Parece ser el más joven de los

tres y, por su dulce y juvenil sonrisa, me recuerda un poco al apóstol San Juan. Pero Rafael tiene ojos de un delicadísimo color castaño y una mirada dulce, plácida, paciente, que es como una caricia. Sonríe de un modo más humano que los otros. Todo en él se asemeja más a nuestro propio modo de ser. Es, por cierto, el “buen joven” del libro de Tobías<sup>1</sup>. Nos viene ganas de poner confiadamente la mano en la suya y decirle: “¡Guíame en todo!”.

Me miran, me sonríen, sonríen entre sí. Luego me saludan.

---

1 Tobías 5,4-23.

116

Gabriel canta “Ave, María”; su voz asemeja a las notas de una incorpórea arpa y cada nota eleva al éxtasis. Al decir “María”, recoge las manos sobre el pecho e inclina la cabeza; luego la alza, con una sonrisa que aumenta los destellos que emanan de todo su ser, hacia lo más alto del Paraíso. Me doy cuenta de que, más que saludarme, ha querido mostrarme claramente quién es. Es el Arcángel que anuncia el gran misterio... y parece que sabe decir solamente esas palabras y venerar a la Virgen...

Miguel roza el precioso medallón que lleva sobre el pecho. Lo toma entre los dedos de la mano derecha, lo alza para mostrármelo y, con una voz en que resuenan ecos bronceos, dice: «El que está con Dios, lo puede todo. Nada puede Satanás contra el que está con Dios. Porque *¿quién es como Dios?*». Estas últimas palabras parecen hacer vibrar el aura celeste como si se tratara de un armonioso trueno. Vuelve a dejar el medallón sobre el pecho y se arrodilla adorando al Eterno, al que yo no veo pero que, por la mirada del arcángel, me parece que está muy, muy en lo alto, en posición perpendicular a mí o inmediatamente a mis espaldas.

Rafael, el de la voz áurea, abre los brazos como para estrecharme en ellos y, al mismo tiempo, alza el rostro radiante de júbilo en la contemplación de Dios y dice: «Que el júbilo sea siempre contigo». Se parece un poco al ángel que ya he visto en dos visiones, pero es menos incorpóreo que él. En la raíz del cabello brilla una luz en forma de estrella; es una luz tenue que consuela, que consuela como su resplandeciente atavío de color esmeralda claro.

Vuelven a mirarme. Luego se toman aún más estrechamente por la cintura y abren las alas perláceas, llameantes, de un color verdoso (fíjese que todavía no había notado esas alas detrás de la espalda). Suben velozmente al Empíreo cantando una canción imposible de repetir, una canción igual a la que oí el 13 de diciembre de 1944 en Compito, cuando vi las cohortes angélicas que volaban cantando sobre Belén<sup>2</sup>...

Y yo me quedo aquí. O mejor, desciendo de las altas esferas donde estaba y vuelvo a adentrarme en mí misma, en mis espasmos, en mi lecho. Pero el gozo permanece... y además me doy cuenta de que no he sabido decir ni una sola palabra a los tres arcángeles. ¡Oh, qué estúpida!, ¡qué estúpida!... Pero mi alma ha hablado con ellos. Yo

---

<sup>2</sup> Véase el texto del 13 de diciembre en “Los cuadernos. 1944”.

117

sentía que mi alma les veneraba aunque no podía traducir en palabras concretas su palpar.

Después de sucederme todo lo que he narrado más arriba, tomo la Biblia para buscar en ella todas las apariciones angélicas. De este modo, pasan Abraham, Jacob, Tobías y el profeta Daniel. En el capítulo 8º mis ojos se posan en los versículos 13-14. Leo la frase: “Respondió: De la noche a la mañana, por dos mil trescientos días, y luego el santuario será purificado”. Como una flecha luminosa, me llega una respuesta, o mejor, una explicación: “Pon la palabra ‘siglos’ en lugar de la palabra ‘días’ - porque para nosotros un siglo es menos que un día - y obtendrás la fecha del fin del mundo”. No oí nada más. La voz, que a mi

parecer era la de mi íntimo amonestador porque se asemejaba a la suya, cesó tan repentinamente como había llegado.

24 de diciembre de 1945

A Madre Teresa María de San José, Priora del Carmelo<sup>1</sup>.

Dice Jesús:

«Yo soy el Director, el Tutor, el Administrador de las almas y de lo que les necesita a las almas. Nadie está por encima de Mí. Y autorizo al “portavoz” a llevar mi luz a estas almas que amo. Cuando Yo lo juzgue necesario, le daré al “portavoz” tiempo y fuerzas, porque todo lo he predispuesto por amor.

Añade esta orden, que te di cuando estabas acongojada, al otro acto bondadoso del dictado que te hice hace algunos meses. Por esto comprenderás cuán dilecta eres para Mí. Te tomo la cabeza entre las manos y te digo: “No temas. Yo te amo. ¿Comprendes? Yo te amo”. El Adviento y San Juan de la Cruz os han dado el dolor y la privación. Las Navidades y mi San Juan os dan la guía, porque no es justo privar a mis esposas del pan de la mesa del Esposo. Haced penitencia, sed prudentes, pacientes. Contentaos de lo que os llevará el pequeño Juan como si fuera algo suyo. Mas sabed que donde parecerá que

---

<sup>1</sup> Madre Teresa María de San José, carmelitana descalza, monja de clausura, que se convirtió en la gran confidente de Maria Valtorta. Era la priora del Carmelo de Santa Teresa, comunidad monástica de San Colombano, cerca de Lucca. Pertenecían a este mismo monasterio Sor Teresa Cherubina y Sor Luigia Giacinta, a las que están dirigidos los dictados siguientes.

118

está el pequeño Juan, en realidad estaré Yo. Mas sed *sumamente* prudentes. De lo contrario, se os privará de esta gracia. Esto vale para todas.

En cuanto a ti, te confirmo que tu conducta en estos tiempos tremendos ha sido de mi agrado y te bendigo por ello. Y debes saber que tu madre está en la senda de mi Misericordia y en ella permanecerá. Te agradezco en su nombre, porque la ayudan mucho tus penitencias y oraciones. Tu Director me lo regalas a Mí, ¿no es verdad? Y no pides *nada* a cambio. Me dices solamente: “¡Aquí le tienes!”. Sé lo que tengo que hacer. Que Dios te bendiga y que mi paz te acompañe».

Y a mí Jesús me dice: «Di a la Madre Priora que deje escribir a sus hijas. Si sus cartas me parecen justas, las guiaré. Y lo que digo para una, puede ser utilizado para todas». Luego me dice que el día de los Santos Inocentes haga la Santa Comunión por Sor Luisa Giacinta.

A Sor Teresa Cherubina del Santo Rostro.

Dice Jesús:

«No, no soy un obstinado que quita un bien por una nadería. Yo soy la Bondad y la Palabra. Puedo dejar que los hombres hagan padecer. Mas Yo curo. Puedo dejar que los hombres despojen. Mas Yo doy. Puedo dejar que los hombres ofusquen las mentes. Mas Yo soy la Luz y doy la Luz. No te crees problemas. La causa de la privación de la palabra de Dios no fue tu deseo de conocer al pequeño Juan. La causa fue el juicio que sobre sí mismo ha dado un hombre que, por mucho que sea justo, siempre adolecerá de algunas imperfecciones al juzgar. Reza por él, respétale y *calla*. Me ocuparé Yo de curarlo todo y de darte la ocasión de adquirir méritos cada vez mayores por medio de las *pequeñas* cosas.

Por ejemplo, una *pequeña* cosa para negociar - que luego se transformará en una *gran* cosa en el Cielo - es tu sumisión a las necesidades actuales. Ten presente, hija mía, que lo que te hace sufrir

hace sufrir también a quien te lo impone. ¿Por qué quieres aumentar su sufrimiento? Eso no es caridad. Diez meses atrás hablé muy claro. ¿Pretendes saber más que Yo? ¿Eres una monja de clausura? ¡Muy bien! ¿Quién te impide serlo? La Tierra es *una total* clausura para las almas que han comprendido en qué consiste la Vida verdadera. ¿Acaso vuestras almas, creadas para el Cielo, no están en la clausura de la carne? Que la carne, objeto de pecado para muchos, sea la reja

119

que preserva tu alma del contacto con el mundo.

Y no desprecies el mundo. Tampoco eso es caridad. ¿Te causa repugnancia? ¡Oh! ¡Oh!, ¿no te acuerdas que Yo, el Santísimo, estuve sumergido en él por 33 años y percibí todos sus hedores y posé mis ojos y apoyé mis manos en todas las llagas de la Humanidad? Ningún mal puede tocarnos si el alma no admite el mal; crece sólo la caridad y se hace pedazos el egoísmo y, con él, el residuo de soberbia que aún queda en la antigua criatura que pertenecía al mundo y que Yo he querido para Dios. No desprecies el mundo, santifícalo.

Mi Madre lo santificaba transitando por los caminos corruptos de la Tierra, ¡jella, mi Purísima, la que era nuestro Lirio! Ten presente este magnífico ejemplo que te doy como modelo. Se había entregado a Dios en la puericia. El Templo la encerró, como un místico Carmelo, entre sus muros. En su vida había dos clausuras: la del Templo y la del voto virginal. Dios rompió los cerrojos. La quitó del Templo. La convirtió en esposa. La unió a un hombre, justo a ella que estaba unida sólo a Dios. Para el mundo, fue “la esposa” conocida por un hombre, y para su hombre - que *nunca* la conoció como esposa por la carne - se mostró como “la adúltera”... ¡Podía estar más deprimida!... Cantó aún más fuerte su “Ecce Ancilla Domini”. Y Dios la premió concediéndole la estima de José.

La maternidad volvió a recluirla, por segunda vez, en la casita de Nazaret. En la hora más íntima para una mujer, el edicto de un hombre arrancó de su nido a la santa Reclusa y la arrojó a los caminos del mundo, mientras Yo ya estaba al llegar y en ella nacía el deseo justo de estar “sola con el Solo” en la hora sublime de su divino puerperio. Belén la acogió tras mi nacimiento y el silencio y el misterio encerraron entre rejas por tercera vez a la Reclusa de Dios. El cruel Herodes rompió por tercera vez esas rejas y ella volvió a estar en el mundo y hasta a vivir en tierras paganas.

Luego... ¡oh, luego!... Teresa, ¿cuáles sufrimientos habrá padecido mi Madre, obligada por el mundo hostil a seguir a su Criatura, a abandonar Nazaret para ocuparse, además de lo espiritual, de lo “temporal” para su Hijo? ¿Cómo fue su clausura? Sus lágrimas fueron velo y reja y ellos la enclaustraron también al pie de la Cruz, entre los insultos ignominiosos de todo el pueblo. Y Dios nunca la vio tan enclaustrada como cuando se quitó también el velo para auxiliar mi pudor.

Teresa Cherubina, ¿no sabes que ésta es la hora de Satanás y

120

que él usa *todos* los medios para hacer cometer pecado de rebelión (¡al menos ése!) hasta a los mejores? ¿Por qué te prestas a su juego? ¿Quieres causarme dolor? Has ido por el mundo. Es así. Quizás te hayas acercado a los demonios. Es así. Pero acuérdate de que quien cree en Mí pisará serpientes sin que ello le dañe. Si no hubieras salido al mundo, no habrías conocido al “pequeño Juan” y no habrías recibido estas palabras de hoy. No te he dicho “una palabra”, como pedías, sino muchas más. Y lo he hecho porque quiero hacer que te eleves.

*La resistencia a mi voluntad provoca resistencia a mis concesiones.* Acéptalo *todo* y Yo sabré proveer siempre para bien. Y no te comportes de manera humana en cuanto a la necesidad del director. Yo soy el Director de todas las almas. Y no estés con el compás y el dosificador, con el gancho y el microscopio, midiendo, hurgando, examinando el pasado y sus residuos. Cuando te confesaste, tenías el deseo sincero de confesarlo todo. Por lo tanto, *todo está confesado*. Lo que el sacerdote no oyó de tus labios, lo he oído Yo de tu alma y te he dicho: “¡Ve en paz!”.

No te envanezcas si hoy me he dirigido mucho a ti. No ha sido porque eres la más santa de este Carmelo, sino porque tienes *mucha* necesidad de mis palabras para santificarte. No exijas *mucho* del Portavoz. Soy Yo quien le gobierna y si está callado quiere decir que Yo así lo dispongo.

Ve en paz. Sé el rey de Oriente que me trae la mirra de tu obediencia a las necesidades actuales. ¡Ve en paz! ¡Ve en paz! ».

25 de diciembre de 1945

Para la Madre Teresa María de San José.

Dice Jesús:

«¿Ves? He hablado a dos de tus hjas y las he hecho “rey de Oriente”<sup>1</sup>. Pero quien me trae el incienso has de ser tú. Tráeme, tráeme el incienso de tu cargo de Priora, un cargo que santifica tanto cuando se lo cumple con justicia.

¡Oh!, en verdad, el Superior de un convento, a fin de cumplir realmente la misión a la que le destinaron al elegirle para dicho car-

---

<sup>1</sup> Matreo 2, 1-12

121

go, debe ser triturado y consumido por carbones ardientes, del mismo modo que el incienso es fragmentado en pequeños granos y luego arrojado a los carbones para que se desprenda el perfume y se cumpla la misión para la que fue creado. El mortero y el mazo representan el deber a cumplir: el mortero, que lo abraza todo, y los caracteres de las almas confiadas al Superior que, conglomerándose, forman un mazo de bronce sumamente pesado, porque es gravosa la masa de las diversas características y tendencias de las mismas. Y la pobre Superiora o el pobre Superior están debajo, como una resina olorosa que los demás Trituran y que no podría ser arrojada al turíbulo si no estuviera triturada. Y que no profumaría si en el turíbulo, movido por manos angélicas ante el altar de los Cielos, no hubiera carbones ardientes. En parte son carbones dulcísimos: son los carbones de la caridad de la víctima, que los eneinde por sí misma para lograr su hoguera inmoladora. En parte, en cambio, son amarguísimos: son los carbones de los egoísmos, que sobreviven aún en las criaturas, aunque ya no se llamen Rosa, Josefina, Antonia, Ángela, etc. , y sean ahora Sor A, B, C. Se trata de esas criaturas que, junto con el ropaje secular, en el acto de la vestición tendrían que haber abandonado la vestidura moral preexistente, y surgir renovadas, *completamente renovadas*, para entrar cantando en la casa del Esposo.

¡Mas hay que tener compasión!... La naturaleza humana es peor que un pulpo... Se amputa, se amputa... pero queda siempre un tentáculo, alguna ventosa aferrada al pasado... a ese pasado que tendría que estar muerto, con todas sus tendencias y todos sus sabores.

¡Ardes! ¡Ardes! Tu perfume sube hasta aquí. El oro es precioso y les sirve a los reyes para su corona. La mirra es saludable y sirve para preservar de las putrefacciones. Por lo tanto, les sirve a los hombres. Pero el incienso está destinado a Dios: para su trono, para su aclamación... Teresa María, sé el incienso. Que mi paz sea contigo».

Para la Madre Luisa Giacinta.

Dice Jesús:

«Me gusta ver esas dos palabrillas humildes en el sobre de la Madre. En efecto, en esta época los jacintos tienen apenas una cabecita verde que asoma de la tierra. Todo lo demás muerde la tierra del tiesto o del cuadro, padece en la oscuridad, en la humedad; es ignorado... Mas cuando llega el tiempo de mi glorificación de Redentor,

todos los jacintos alzan su columna perfumada y parecen ofrecerla al cielo y a mi altar, manteniéndola entre la copa de las hojas, semejante a los dedos de ambas manos que, unidos para rezar, luego se abren en la invocación. Y, justamente, porque me gusta la mortificación del jacinto, al jacinto le dedico mi palabra.

Le dije a una hermana tuya que me trajera la mirra. A la Madre le diré que me traiga el incienso. A ti, Giacinta, te digo: “Tráeme el oro”, o sea, ¡la caridad! ¡Cuánto puedes hacer en este ámbito!

Deseas que mi Madre te indique una dirección. La conduzco a ti. Que hable Ella, la que es Toda Caridad».

Jesús calla y le reemplaza María. Dice María:

«Hija, la ciencia no guía; guía el corazón por los campos florecidos del amor.

Cuando mi Niño comenzaba a caminar, muchas flores renacieron por los campos de Belén, al llegar las primeras lluvias de otoño. Y Él, el Pequeñito dilecto, impulsaba su cuerpecito santo, asentaba los piececillos en el suelo yendo de una a otra corola esparcida entre la hierba del prado y como una avecilla murmuraba sus incipientes palabras a esas flores que había creado su Padre. Y estoy segura de que esas flores comprendían las misteriosas palabras del Dios Niño, aniquilado, disminuido, por caridad hacia todos nosotros, a la condición de infante balbuciente, ¡Él, que era la Palabra!

Pero en la primavera siguiente, y aún más en las que se sucedieron después, Él, ya completamente afianzado, iba de flor en flor, como una dorada abeja, como una alegre calandria, a través de las tierras del Nilo, que la crecida había nutrido y había mudado en terrenos fértiles. Y cogía esas flores para mí y reía mostrando sus dientecillos brillantes entre los labios rosa mientras volcaba su botín en mi regazo y echaba hacia atrás la cabeza, solicitando besos en sus ojos de cielo y preguntaba los nombres de las flores y quería conocer sus historias. También quería saber para qué servían sus zumos.

Y una vez, era la última primavera pasada en Egipto, la divina Sabiduría habló por medio de sus labios inocentes. Me había escuchado hablar. Luego había separado las flores según una idea suya. Parecía jugar, pero su mente trabajaba. José, que segaba largas tablas en la verde umbría que creaban las hojas nuevas en el pobre huerto, notó que había dejado a un lado, con indiferencia, las flores más bellas, mientras que acariciaba y dirigía palabras dulces a las humildes florecillas de manzanilla, a los muguetes silvestres, a co-

clearias y ranúnculos, a la flor de la achicoria, a las estelarias, a los rojos tréboles. Entonces le dijo: “Hijo mío, ¿por qué prefieres esas flores simples y comunes a las espléndidas rosas, a los jazmines dobles que te ha dado Raquel de Levi?”. “Porque éstas son las flores que tienen caridad hacia los hombres. No son sólo un placer para los ojos y el olfato; también son caridad”, respondió Jesús. Y yo y José nos quedamos sin palabras ante la sabiduría del Niño y nos inclinamos a la vez para besarlo en la frente luminosa.

También tú conoces, hija, las virtudes humildes y comunes y los actos que ellas, como simples florecillas, suscitan. Prefiere esas virtudes, cumple esos actos. Jesús los ama mucho. Ya le has oído: “Los prefiero, porque son caridad”. En tus tierras puedes recoger muchísimos de ellos. Ante ti tienes un prado en flor. Siega, siega... La caridad nunca es suficiente. Sé toda caridad y llevarás el oro del rey de Oriente a mi dulce Jesús».

«Y ahora que ha hablado la Dulzura de Dios y de los hombres, Yo, junto con Ella, te bendigo. Que la paz sea contigo».

Dice Jesús:

«Es algo necesario y hay que hacerlo. Pero esto no me alegra en absoluto. Aun así, que se inicie cuanto antes y se cumpla lo antes posible. Mas no se debe comenzar antes de que haya sido copiado a máquina todo lo que has escrito y entregado al Padre y que el Padre te haya devuelto lo copiado para que lo corrijas durante el mes de su ausencia. No puedo permitir que queden hojas sin corregir o sin copiar. ¡Tu vida está tan minada por fuerzas secretas y enemigas!

¡Oh, mi pequeña violeta<sup>2</sup>, la del tallo cercenado!, ¿nadie advierte que sólo una pequeña raíz, la más frágil de todas, sobrevive y te mantiene aferrada aún a la existencia y que, por lo tanto, vives únicamente por mérito de esa sutilísima vena vital? Bastaría el roce de una mariposa para truncar también esa pequeña raíz.

No te daré nada más hasta que no haya sido transcrito todo lo que ha sido dado. No debes hacer nada hasta que no tengas corregido *todo*. El Padre Romualdo no debe hacer nada hasta que no se haya hecho esto. No hay que bromear con estas cosas ni confiar, imprudentemente, en ayudas sobrenaturales. Obrad con los medios or-

---

<sup>2</sup> “Violeta” es el apelativo de María Valtorta, que explica el origen del mismo en su primer dictado, de 22 de abril en “Los cuadernos. 1943”.

124

dinarios, como si los extraordinarios no existieran.

Por lo que se refiere a la asistencia sacerdotal, no hay dudas de que debes recibirla. No te doy señales extraordinarias o clamorosas. De lo contrario, ya no serías mi violeta. Pero en tu aparente normalidad de criatura perfectamente común que come, bebe, duerme, como cualquier mortal, que no tiene éxtasis, o inexplicables ayunos, o sudores sanguíneos, o estigmas u otras cosas semejantes; que está en perfecto equilibrio psíquico - y miente por el gusto de mentir quien afirma lo contrario -, hay rasgos extraordinarios que evidencian lo que eres y lo que Yo soy en ti: el Todo, el Origen, la Explicación, la Finalidad de tu ser.

Uno de dichos rasgos es la vitalidad que vuelve a invadirte cada vez que haces la Comunión. No vengo y quedo en ti sólo con mi Espíritu para nutrir tu espíritu. Vengo también con mi Virilidad sana y te la infundo. ¿Cómo podrías estar sin la Vida, precisamente tú, que eres un cuerpo casi extinguido? La clave, el secreto de toda tu resistencia a las enfermedades y a las fatigas de la misión, que con su mole vencería completamente la resistencia de personas bien fuertes y sanas, está en el hecho de que tu Jesús penetra en ti con *todos* sus dones, sin excluir el de la transfusión vital y física.

Si no fuera por apremiar demasiado a mi siervo Romualdo, ya tan cansado, Yo vendría a ti todos los días, como verdadero Médico y verdadera medicina, para sosegar los excesivos espasmos, en verdad demasiados, y socorrer tus fuerzas destruidas. Piensa si permitiera que estuvieses días y más días sin la Eucaristía. Morirías aun sin tener crisis. Morirías porque te faltaría lo que te nutre y serías demasiado maltratada por el que odia, ya que la Eucaristía que llevas en ti es lo que le mantiene alejado. Sólo la Eucaristía lo logra, pues te odia cada vez más y, con todos los medios intenta turbar y obstaculizar tu tarea. También por este motivo exhorto a Romualdo a que no se distraiga con otros cuidados. Tales cuidados son otros tantos escenarios falsos para desviarle, retrasarle, distraerle en detrimento de tu tarea que, en verdad, es solamente esto: *una tarea mía*.

Que tenga caridad, mucha caridad con todos. Pero que no te abandone, porque eso me causaría un dolor. Tú debes ser guiada hasta el final, sin otras metas y sin abusar de la confianza en Dios. Que no tiente a la Providencia y que tenga presente que para Satanás todos los aspectos que constituyen la vida común: acontecimientos, necesidades, temores, disgustos, estrecheces, son armas para cercenar

125

la pequeña raíz que aún sobrevive. Y su gran victoria sería lograrlo antes de que la Catedral de la reconstrucción evangélica integral pueda ser acabada y corregida cabalmente por el portavoz.

¿A quién se ha de confiar el pequeño Juan? “Juan, he aquí a María, tu Madre”, “María, he aquí a tu hijo Juan”. Los nombres indican a quién confiarte. Mas, ¡cuánto habría preferido que sólo Romualdo cuidara a María! Sin embargo, es conveniente que te acostumbres a otras voces, al menos para borrar otros recuerdos penosos...

Y no te pongas a averiguar si él era o no un instrumento... Muchas veces, el hombre es un instrumento sin que lo merezca. En verdad, en verdad te digo que sólo diez hombres sobre mil

mueren sin haber sido instrumento de Satanás al menos una vez, aunque hayan sido santos siempre. ¡No pienses! ¡No pienses! Y ruega por él.

Y ahora basta, pequeño Juan, llama que no se apaga porque Yo me vierto en ella.

Pero antes dile al Padre que Satanás no es sólo astuto y envidioso; también es un espíritu inteligente. No perdió esta cualidad, propia de cuando era un espléndido arcángel. La diferencia es que ahora la emplea para el mal. Y comprende anticipadamente. Si no me reconoció como Cristo antes de que llegara la hora, fue porque se cumplía en mi favor una operación de especial potencia divina. Pero, tan pronto como se manifestó mi misión de profeta, de justo, me comprendió.

Y tú... ¿sabes cuándo ha comenzado tu misión? No, no lo sabes. En cambio, él la percibió al primer llamear y entonces comenzó su obra. Y procede así *en tantas situaciones*. Satanás es astuto y ronda incansablemente en torno a las almas para espiar sus secretos coloquios con Dios, esos coloquios que pueden producirse sin que lo advierta la misma criatura cuya alma colouquia con Dios.

Ve en paz».

---

<sup>3</sup> Juan 19, 26-27.

26 de diciembre de 1945

Dice Jesús:

«¡Es tiempo de gracias! ¡Es tiempo de Gracia! Yo he venido a traer “paz” a los hombres de buena voluntad. Por lo tanto, escribe

126

lo que te digo y entrégalo a María Raffaelli<sup>1</sup>, para que alcance su paz».

Dice Jesús a M. R.:

«Que mi paz sea contigo y que lo que te digo sea como un torrente de paciente espera y de paciente sufrir, hecho soportable por mi promesa que no miente nunca. Hija mía, conoces mucho de lo que los hombres enseñan de Mí, pero sabes poco de lo que Yo soy realmente y de mi obra. Escucha. Quien te habla es el Señor, es la Sabiduría, es la Verdad.

Una cosa es ser torturado y otra es *querer ser torturado*. Lo primero es una desventura que no va más allá de la jornada terrena y que a veces cesa antes. Lo segundo es un pecado, porque es “connivencia con la voluntad satánica”. *Esto no existe en tu hijo*. Cuando delira, no es él quien habla. ¿Acaso un fonógrafo es responsable de lo que se difunde a través de su altavoz? No lo es, ¿no es verdad? Pues bien, del mismo modo tu hijo no es responsable de lo que “el otro” le hace decir. Yo ni siquiera las oigo esas palabras, porque con el Maldito Yo uso solamente el silencio de los labios y de los oídos. No escucho esas palabras de tu hijo, esas palabras no tuyas que retumban en el aire; miro a este pobre hijo mío y tuyo, ¡oh, madre dolorosa!, y de Mí se derrama una absoluta piedad sobre él.

Pensando en ti he dicho: “Muchas veces, en las enfermedades está oculto Satanás para torturar y llevar a maldecir al Señor”. He dicho: “El dolor de las madres es salvación para los hijos”. Y así es, María. El Cielo está poblado por hijos que las madres han salvado. ¡Ve, ve con tu cruz! La llevas por ti y por él. Cargas más con la suya que con la tuya. ¡Oh, madre buena!, ¿no estás contenta de ser el Cireneo de tu hijo? Mi Madre susurra: “¡Si hubiera podido llevar tu cruz, Hijo mío!”.

---

<sup>1</sup> María Raffaelli era natural de Castelnuovo de Garfagnana (Lucca) y tenía un hijo minusválido que se llamaba Antonio y creaba graves problemas a su mamá y a Rosa y Dina, sus hermanas. Como dato biográfico interesante, añadimos que la señora Raffaelli fue causa

involuntaria del primer encuentro de María Valtorta con el Padre Romualdo M. Migliorini. En efecto, cuando se enteró de que la inválida carecía de asistencia espiritual, fue a decirselo al Padre Pietro M. Pennoni, un sacerdote del convento de San Andrés de los Servitas en Viareggio. Dicho sacerdote tuvo que pedirle permiso a su superior para poder asistir a María Valtorta. Pero su superior era precisamente el Padre Migliorini que, ya habiendo oído hablar de ella, esperaba una ocasión propicia para ir a conocerla y, por lo tanto, respondió al Padre Pennoni: “Iré yo”.

127

No tengas prisa. Son cosas largas. Hasta podría ser que no las vieras cumplidas en tu jornada mortal. Podrías subir al Cielo con esta fe - digo *fe*, ¿entiendes?, no esperanza - con esta fe en lo que digo, y desde allí, con mayor fuerza, ayudar a tu criatura... ¡Oh, no suspires! Allí arriba, la espera se convierte en un instante. Y luego llega el júbilo de verle hermoso, sano, bueno, feliz para siempre. Para siempre. Para siempre. Lo que parece un castigo es sólo un medio. Lo que puede parecer condenación en cambio es salvación. Su cruz es la expiación en la Tierra de sus culpas de hombre. Yo no hago pagar dos veces. Soy justo.

Ten fe. Sostenlo con tus plegarias. Dámelo. Ofrecemelo. Di: “Te lo confío”. El bálsamo que desciende de mis heridas nunca queda inerte.

Hija mía, que la paz sea contigo y con quien te asemeja. Sobre tu hijo desciende mi misericordia».

Jesús prosigue, dirigiéndose a mí: «Y ahora, dile esto a Padre Romualdo».

Dice Jesús:

«Ve sin vacilar. Obra. Intenta. Mas las objeciones que se hacen al caso “Dora”, tan agitado y envuelto en un alternarse de luces y sombras, y las objeciones que se hacen al caso “María”, tan plácido, ordenado, pacífico, como todo lo que proviene *directamente* de Mí (contra Quien no puede chocar el demonio y, por lo tanto, debe obrar con dificultad y al acecho), son útiles para justificar un punto evangélico, que no sirve sólo para Mí, sino para todos los casos en los que *Yo soy* y estoy presente aunque esté oculto en una criatura-instrumento. El trozo evangélico dice: “Hemos tocado músicas y no habéis bailado, hemos proferido lamentos y no habéis llorado”. Y en otro párrafo: “Ha venido Juan, que no come y no bebe, y dicen: ‘Es un demonio’. Ha venido el Hijo del hombre, que come y que bebe, y dicen: ‘He aquí a un comilón y un beodo que es amigo de publicanos y pecadores’. Así, la sabiduría se ha acreditado por sus mismos hijos”<sup>2</sup>.

Sí, se ha acreditado la sabiduría humana, soberbia e incrédula, que pretende dictar doctrina acerca de todo; que ha perdido el sentido de los hechos y se atiene a las apariencias y que quiere justificar - pero no puede hacerlo porque lo sobrenatural escapa a los métodos

---

<sup>2</sup> Mateo 11, 16-19; Lucas 7, 31-35

128

naturales de investigación y de juicio - los dos casos diferentes con las mismas razones equivocadas y no advierte que se contradice. Lo hace para poder absolverse de su incredulidad, de su incapacidad de advertir y reconocer lo sobrehumano, o sea, lo divino, donde se lo encuentre.

El último tiempo será el tiempo del espíritu. Mas en verdad, en verdad os digo que sabrán admitir lo sobrenatural sólo los que sean víctimas voluntarias para el Espíritu y presas aceptadas del Espíritu. Los demás serán... la hez depositada en el fondo de las pozas infernales, para la cual *ya no existirá la Palabra, que no se concede a los puercos*, porque tiene respeto hacia Sí misma y por Sí misma se tutela.

Que esto te ilumine, Romualdo María. Que mi paz sea contigo».

27 de diciembre de 1945

Estoy aún en el momento de la Comunión, cuando se me aparece San Juan apóstol en un bosque de olivos: lozano, sonriente, ataviado de color lila y con un manto de color avellana claro. Parece llegar de prisa. Se vuelve para mirarme, me sonrío, me llama: «Hermanita!»

«Oh, Juan!», le digo respondiendo a su sonrisa con una sonrisa semejante.

Permanece así mientras recibo la Eucaristía, mientras recito el acto de gracias y aún después, durante el tiempo en que... ejercito mi paciencia escuchando charlas que no me interesan o cuyo único valor es el de la caridad hacia personas molestas...

Pero ahora mientras, aun escuchando tanta cháchara, me hago esta pregunta: «¿Cómo será juzgada Dina R., a quien Jesús no ha nombrado en su dictado en favor de Antonio

R.<sup>1</sup>?», el apóstol me responde:

«Se aplicará, mejor dicho, ya está aplicada la palabra de la Cruz: “Padre, perdónala porque no sabe lo que hace”<sup>2</sup>. Mas considera que en este caso, en que se ha menoscabado con sarcasmo razonador lo que no debe ser escarnecido, Jesús, nuestro Señor, no puede perdonar por Sí mismo. Es decir, perdona las ofensas hechas a Jesucristo

---

<sup>1</sup> Véase la nota 1 del diario del 26 de diciembre.

<sup>2</sup> Lucas 23, 34.

129

Dios y Hombre. Pero en cuanto a las ofensas hechas a la Divinidad Una y Trina y, por lo tanto, hechas especialmente a la Potencia y al Amor (el Padre y el Espíritu), sabe que sólo Dios puede perdonar los pecados cometidos contra el Espíritu de Dios, pues únicamente el Altísimo y Divino puede conceder tal absolución. Por eso, Él dirige al Padre su plegaria por la culpable. Y confía en la Misericordia del Padre, dado que la conoce. Y yo confío conjuntamente con Él, porque escuché de qué modo pronunció aquellas palabras desde la Cruz y no puedo albergar dudas acerca del poder de las mismas.

Adiós, hermanita. Que la gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre contigo».

Y se va tan de prisa como ha venido.

Para Emma Federici.

Dice Jesús:

«¿Sabes qué es la mirra? Es una resina que preserva de corrupciones. ¿Y sabes a qué se la puede comparar? Se la puede comparar al llanto. ¿Qué hace el llanto cuando es auténtico?: pues, quita las impurezas humanas.

Escucha, hija. Recuerda el Eclesiástico: “El que ama a su hijo le castiga a menudo para poder obtener con ello consuelo en el futuro”<sup>3</sup>. Y recuerda los Proverbios: “No desdeñes, hijo mío, la disciplina del Señor y no te abatas cuando Él te castiga, porque el Señor corrige a quien ama, como hace un padre con el hijo dilecto”<sup>4</sup>. Debes advertir todo mi amor en mi última y severa admonición<sup>5</sup>.

Escucha, hija. Ésta es una promesa que te hago y una paz que te concedo como regalo de mis tres fiestas: Navidad, Circuncisión y Epifanía. Si, también a causa de la hostilidad de los hombres, no pudieras ver la Obra, Yo no dejaría de quererte. Me basta que seas generosa y fiel. Todo lo que sufras será una justificación de lo que hayas podido realizar de modo imperfecto. Lo que exijo, lo que exijo absolutamente de ti, es la docilidad, es el absoluto abandono a la Voluntad que se te evidencia hora a hora. Renuncia absolutamente a todo juicio sobre ti misma. Por esta renuncia, todos los actos quedarán a cargo de los demás.

No digas: “¡Pero entonces nunca tendré méritos!”. Los méritos

---

<sup>3</sup> Eclesiástico (Sirácides) 30, 1.

<sup>4</sup> Proverbios 3, 11-12.

<sup>5</sup> Véase el dictado del 2 de diciembre de 1945.

130

en las acciones humanas son del 10 por 1000, aun en las acciones intencionalmente buenas. Las restantes 990 partes corresponden a deméritos. Pero si tú renuncias al juicio sobre ti misma y dejas las acciones a los demás, cumples acto de obediencia al 1000 por 1000. Digo al 1000 por 1000, o sea, total y perfectamente. Y adquieres a mis ojos un mérito total, que anula cualquier demérito posible tuyo.

Entonces, ¿me das esta mirra? Con ella embalsamaré todo tu espíritu y quedará incontaminado.

Hija mí, que mi paz sea contigo».

*29 de diciembre de 1945*

Dice Jesús:

El nombre primitivo era Lucifer, que en el concepto de Dios quería decir “alférez o portador de la luz”, o sea, de Dios, porque Dios es Luz. Era el espejo puro que reflejaba la insostenible Belleza y, por eso, ocupaba el segundo lugar por belleza en todo lo creado. En las misiones hacia los hombres, habría sido el ejecutor de la voluntad de Dios, el mensajero de los decretos de bondad que el Creador iba a mandar a sus hijos bienaventurados exentos de culpa, para elevarles cada vez más hacia su semejanza. Este portador de la luz, por medio de los rayos de la luz divina que llevaba, habría hablado a los hombres y los hombres, dado que estaban libres de culpa, habrían comprendido esos destellos de armónicas palabras, hechas solamente de amor y gozo.

Dios le envolvía con su luz y se deleitaba con el esplendor de su arcángel y, por eso, al verse en Dios, en sí mismo, en sus compañeros, y dado que los ángeles le veneraban por ser el espejo más perfecto de Dios, terminó por tener admiración hacia sí mismo. Debía admirar solamente a Dios. Pero, así como en la atmósfera están todos los elementos gaseosos porque son necesarios, en la esencia de todo lo creado están presentes todas las fuerzas buenas y malvadas y se agitan hasta que una de las dos partes vence para dar lugar al bien o al mal. Lucifer atrajo a sí la soberbia. La cultivó, la amplió. Hizo de ella un arma, una seducción. Pretendió más de lo que tenía. Él, que ya poseía tanto, lo quiso todo. Sedujo a los menos pródigos de sus compañeros. Les apartó de la contemplación de Dios como Belleza suprema. Dado que conocía las futuras maravillas de Dios, quiso estar *él* en el lugar de Dios. Su mente turbada ya le hizo verse

131

a la cabeza de los hombres futuros, adorado como potencia suprema. Pensó: “Conozco el secreto de Dios. Conozco las palabras. Y también me es manifiesto su proyecto. Puedo todo lo que Él quiere. Así como he controlado las primeras operaciones creativas, puedo proceder ahora. *Yo soy*”. La palabra que sólo Dios puede decir fue el grito de la ruina del soberbio. Y nació Satanás.

Fue “*Satán*”. En verdad te digo que el nombre de Satán no fue dado por el hombre que, sin embargo, por orden y voluntad de Dios, le puso un nombre a todas las cosas existentes conocidas por él y que, aún hoy, bautiza sus descubrimientos con un nombre creado por él mismo. En verdad te digo que el nombre de Satán proviene directamente de Dios y es una de las primeras revelaciones que Dios hizo al espíritu de un pobre hijo suyo que vagaba por la Tierra. Y así como mi Nombre Santísimo tiene el significado que te expliqué una vez<sup>1</sup>, escucha ahora el significado de este nombre horrendo. Escribe como te digo:

S	A	T	Á	N
---	---	---	---	---

Sacrílego	Ateo	Truhán	Anticaritativo	Negativo
Soberbio	Adverso	Tentador y Traidor	Avido	No amigo

Todo esto es Satán. Y todo eso son los que están enfermos de satanismo. Y además de todo esto, también es: seducción, astucia, tinieblas, prontitud, perversidad. Las 5 letras malditas que forman su nombre están escritas con fuego en su frente fulminada. Son las 5 características malditas del Corruptor contra las cuales llamean mis 5 Llagas benditas, que con su dolor salvan a quien quiere ser salvado de lo que Satanás inculca continuamente.

Todos los espíritus tenebrosos pueden llamarse “demonio, diablo, belcebú”. Pero sólo Satán es “su” nombre. Y en el Cielo se lo nombra solamente con ése, porque allí se habla el lenguaje de Dios, con amor fiel aun para indicar lo que se quiere, según el pensamiento de Dios.

Él es el “Contrario”. El que está contra Dios. El que es el contrario de Dios. Cada una de sus acciones es la antítesis de las acciones de Dios. Y cada uno de sus designios implica llevar a los hombres a ser contrarios a Dios. Eso es Satanás. Es “el deseo de oponerse a Mí”

---

<sup>1</sup> Véase el texto del 22 de agosto en “Los cuadernos. 1943”.

132

en acción. A mis tres virtudes teologales opone la triple concupiscencia. A las cuatro virtudes cardinales y a todas las otras que surgen de Mí opone el criadero de serpientes de sus horrendos vicios.

Y así como, según se dice, la caridad es la mayor de todas las virtudes, del mismo modo afirmo que la mayor de sus antivirtudes, la que me resulta repulsiva, es la soberbia, porque de ella derivó todo el mal. Por eso digo que, mientras llevo a compadecer la debilidad de la carne, que cede al acicate de la lujuria, no puedo compadecer el orgullo que, como nuevo Satanás, quiere competir con Dios. ¿Te parezco injusto? No lo soy. Considera que, en el fondo, la lujuria es un vicio de la parte más material, que en algunos origina apetitos muy voraces, satisfechos en momentos de embrutecimiento que atontan al individuo. Pero la soberbia es un vicio de la parte más elevada, consumado con lúcida y aguda inteligencia, un vicio premeditado, duradero. Un vicio que daña la parte del hombre que más se asemeja a Dios. Un vicio que mancilla la gema que nos ha dado Dios. Un vicio que manifiesta semejanza con Lucifer. Un vicio que siembra el dolor más de lo que lo hace la carne, porque la carne podrá hacer sufrir a una esposa, a una mujer. Pero la soberbia puede hacer sus víctimas en continentes enteros y en toda clase de personas. Por culpa de la soberbia ha sido arruinado el hombre y perecerá el mundo. Por culpa de la soberbia languidece la fe. La soberbia es la emanación más directa de Satanás.

He perdonado a los *grandes* pecadores de los sentidos, porque su espíritu estaba exento de soberbia. Mas no he podido redimir a Doras, Jocana, Sadoc, Eli y otros semejantes a ellos<sup>2</sup>, porque eran “soberbios”».

---

<sup>2</sup> Son personajes de episodios pertenecientes a la obra sobre el Evangelio.

30 de diciembre de 1945.

Antes del dictado copiado en la página a continuación<sup>1</sup> y mientras estoy corrigiendo la parte escrita a máquina, se me aparece el rostro demoniaco de Satanás, sólo el rostro, completamente contraí-

---

<sup>1</sup> Aunque esta nota precede el dictado, parece haber sido escrita después y con una escritura apretada en el espacio entre los dos dictados.

133

do en una risa sobremanera sarcástica, que termina con una carcajada fragorosa, malvada. Y luego desaparece. Me pongo nuevamente a corregir y ya no pienso más en ello. Eran las 10 de la mañana. Casi a mediodía, Jesús me dicta lo que está escrito en la página sucesiva. He creído oportuno establecer esta premisa, aunque después no volví a ver el rostro bronceo de Satanás ni a oír su risa venenosa. Fue como si se hubiera ido para siempre. Las últimas palabras de Jesús me hacen pensar que no estaba muy lejos.

Dice Jesús:

«He aquí una pequeña meditación, en la que no es extraño encontrar lo que sucederá hoy.

El libro de Josué narra la estratagema usada por los Gabaonitas y el veredicto de Josué:

“Nunca faltarán en vuestra estirpe quien corte la leña y lleve el agua a la casa de mi Dios”<sup>2</sup>.

El transitar de Dios es el de todo lo que es paradisiacamente sobrenatural: la fe que avanza y se extiende por todo el mundo, el surgir de justos, o de inspirados, o de instrumentos de Dios, o sea, todas las cosas que sirven para llevar a la humanidad, a través de un largo y penoso éxodo, al Reino eterno. Y en ese transitar de Dios, que cumple su camino a través de los siglos para alcanzar el lugar prometido en el momento establecido, ¿acaso no vemos frecuentemente criaturas que con un fin impuro van hacia el pueblo de los santos? Algunos lo hacen por temor; otros, por curiosidad y otros - que son los más culpables - por escarnio. Se acercan, observan, deciden si conviene permanecer o no. Les mueve siempre un interés, presente o futuro: el de obtener utilidad de la amistad de un instrumento de Dios o de un ministro de Dios; el de escarnecer lo sobrenatural sin que su alma sea condenada; en fin, el de servir a la parte adversaria, pues actúan como espías que circulan en medio del ejército santo para sonsacar sus secretos y revelarlos a los enemigos de Dios, que los utilizan para perjudicar a los servidores de Dios, para dañar las obras de Dios.

Estos enemigos y aquellos a quienes sirven, representan las proliferaciones de la planta de Judas y su conducta es completamente demoníaca. Dios les condena, pero también considera muy viles a los demás y tiene en justa cuenta su súbdoło respeto a lo sobrenatu-

---

<sup>2</sup> Josué 9.

134

ral o hacia el ministro de Dios. No sufrirán una condena total, pero tampoco se les otorgarán méritos por su respeto, que es un respeto calculado. Sobre todo los que pertenecen a la categoría de Judas, se acercan con humildad, como seres inocuos, “habiendo cargado sus asnos con víveres contenidos en alforjas viejas y en odres rotos y recosidos”, “llevando vestidos raídos y zapatos viejos y remendados” y, para su alimento, “panes duros y hecho migajas”, tal como la Biblia les describe a la perfección en el libro de Josué. *Son los falsos humildes, son los falsos mansos, son los astutos glorificadores, son los embusteros creyentes en lo sobrenatural manifiesto.* Sus palabras son astucia y puñal. ¡Y al menos fueran como un puñal al descubierto! Pero no es así: es un puñal envuelto en un paño precioso. Dicen: “Vengo porque he oído; quiero que tú, instrumento de Dios, me instruyas porque soy un pecador, un ignorante, un infeliz y, en cambio, tú eres una luz, eres una fuerza, eres un santo...”. Dicen: “Venimos desde lejos a hacer las paces con vosotros... Porque nos ha llegado la fama de tu potencia, que es la potencia de Dios, ... venimos a decirte: alíate con nosotros”.

¡Atención, oh siervos de Dios! No creáis en todo lo se os dice. ¡Atención! Hacedlo para tutelar el secreto del Rey y para tutelar vuestra alma. Por vuestra misma fe absoluta, sois

seres indefensos frente a la astucia de las serpientes. Tened cuidado de no abrir la “ciudad cerrada”. Tened cuidado de no dejaros envenenar por el veneno que os paralizaría para siempre, o sea, el veneno de la complacencia hacia sí mismos. Muchas veces “la plebe”, es decir, las almas comunes pero honestas, es más lista que vosotros en percibir las artimañas de los falsos aliados y en prever los peligros que de ellas derivan, porque la “plebe” está en el medio, entre vosotros - que sois sólo espíritu - y los enemigos del espíritu y, por lo tanto, conjuga en ella luces y sombras, viveza y sabiduría... ¡Atención, hijos míos! Satanás no duerme nunca, su mente no se detiene nunca, su obrar no se aquieta jamás. Mueve sus ejércitos, que no son solamente los infernales, y los lanza contra vosotros - fortalezas, arcas, libros de Dios - para dismantelarlos, para violentaros y robaros los tesoros y, sobre todo, para *escribir* palabras impuras en las páginas de Dios con las tintas rojas de su infierno, con el color rojo oscuro de sus malditas charcas, y para grabar así en vuestro espíritu sus caracteres de soberbia.

¡Ay del siervo, ay del instrumento, ay de la voz que pronuncia la

135

palabra de Satanás: “Yo soy”! ¡Ay de quien la pronuncia aunque sea sólo con el impulso de su mente! Porque, si bien es verdad que el Señor castigará a los falsos aliados de lo sobrenatural, no será menor el castigo para los elegidos a “siervos, instrumentos, voces” que dejen de ser luces para convertirse en “adversarios”. No serán Lucifer sino Satán. A los primeros se les mandará sufrir como los esclavos de la muela del molino y quedar en el último puesto en la lista de Dios, tras una larga expiación. En cambio, a vosotros, luces decaídas, no se os concedería permanecer; se os expulsaría, para siempre. Y, por cierto, sería justo, porque aquel al que más se ha dado, es el que debe dar más.

¡Oh, mi pequeña voz! ¡Ven, ven aquí! Ven para que pueda tomarte la cabeza entre las manos, besarte en la frente y hacer así que nunca, nunca, nunca, el diente de Satanás y de sus acólitos pueda morder a mi violeta, escondida y amada, e inocularle su soberbia. ¡Ven aquí, pequeña voz, aquí!... ¡Y vade retro, Satanás! Estoy entre tú y ella, erguido para defenderla. ¡Recorre la Tierra! ¡Corrompe, muerde, pudre! Pero no lo hagas aquí, sobre mi presa. Mi Cruz vela sobre ella. ¡Vete, maldito! ¡Yo soy quien soy y tú eres el vencido! ¡Fuera, fuera de aquí! ¡A otro lado! ¡Fuera de aquí en el Nombre santo, que Yo solo conozco!, ¡en el Nombre de El que es y que te ha fulminado! ¡Fuera, en el Nombre de Dios y Rey, de Jesús, Salvador y Crucificado, en el Nombre del Amor eterno!».

Mientras Jesús dictaba estas páginas, yo no veía ningún elemento demoniaco pero, por cierto, lo veía Jesús que, desde el momento en que comencé a escribir esta página, tenía mi cabeza entre sus manos y también la estrechaba contra su pecho, defendiéndome con el brazo izquierdo mientras con el derecho gesticulaba. Y tengo que decir la verdad: cuando le oí gritar de esa manera, a voz en cuello y sumamente encolerizado, a pesar de que no veía nada ni advertía el desasosiego que puede provocar un espíritu malvado, tuve miedo. ¡La cólera de Dios es terrible! Sólo otra vez le sentí así: fue en ocasión de un lejano dictado - si no me equivoco de enero de 1944 - contra Mussolini e Hitler. Buscaré la fecha: 17 y 18 de enero de 1944<sup>3</sup>. Pero hoy su cólera era aún más fuerte. Al final, su última orden era como un rayo exterminador. Parecía que todos los sonidos del Cielo se habían

---

<sup>3</sup> La fecha ha sido escrita sucesivamente. Este dictado se encuentra en “Los cuadernos. 1944”.

136

aunado en su voz. Pero ya no eran los dulces cantos de indescriptible belleza. Eran fragores de trueno. Y cuando pronunció las tres últimas frases: «¡Fuera de aquí en el Nombre santo, que Yo solo conozco!, ¡en el Nombre de El que es y que te ha fulminado!, ¡Fuera en el Nombre de Dios y Rey, de Jesús, Salvador y Crucificado, en Nombre del Amor eterno!», yo temblaba como una hoja, estremeciéndome a cada explosión de los rayos que fulminaban al

Maldito, aunque yo no lograba saber dónde estaba. Por cierto no estaba en ese cuarto, porque me habría dado cuenta. Además, lo entendía por la posición de Jesús, que parecía mirar más allá del edificio, como si Satanás quisiera acercarse a mi casa y Jesús no lo quisiera.

31 de diciembre de 1945

Nuestro Señor quiere que añada esta hojita al cuaderno que acabo de terminar, porque dice que es oportuno que complete el episodio de ayer por la mañana con lo que siguió y que dura aún. Obedezco.

Ante todo ayer, después de esa... veloz retirada de Satanás provocada por Nuestro Señor, por varias horas no vi nada más. Luego vino esa señora... y de ese modo se produjo lo que estaba escrito en el dictado de la mañana. Lo cierto es que, por curiosidad o por necesidad (no creo que lo haya hecho por maldad), esa mujer vino.

Luego, cuando se fue y yo me quedé enfadada por su venida y estaba tomando la decisión de no verla más, volví a ver como por la mañana el rostro de Satanás, pero esta vez su expresión no era irónica ni triunfante. Por el contrario, le noté abatido, como atemorizado. En efecto, me mira, me mira como uno aturdido y que ha perdido toda su arrogancia. Parece preguntarse: “¿Por qué estoy aquí? ¿Quién es ésta?”... Se va... Yo estoy tranquila, porque aún me siento defendida completamente por la potencia de Jesús. Y esta sensación de seguridad va aumentando cada vez más, a medida que pasan las horas.

Llega la familia Raffaelli. Hablo de cosas sin importancia, mientras mi pensamiento está puesto en la visita de la desconocida y sigo sintiéndome molesta también por el hecho de que he sido engañada y pienso en la expresión mortificada de Satanás. Se van todos y por fin me acuesto, agotada, y escucho por radio un concierto de música clásica.

137

Entonces veo en una lontananza infinita, infinita como cuando veo el Paraíso (con la diferencia que éste es un *abismo*, una *profundidad*, mientras que el Paraíso es elevación), veo pues un lugar que no podría definir horrendo, pero que es triste, infinitamente triste. La luz es escasa y plúmbea; la atmósfera, neblinosa; las paredes pedregosas y escarpadas que costean una especie de banquisa polar, están envueltas en tinieblas. No hay nieves ni hielos que blanqueen la banquisa; por el contrario, las plataformas cubiertas de escollos oscuros esparcidas en su superficie, la hacen parecer más negra que el carbón. Sobre una de esas plataformas, está echado Satanás, sosteniéndose el rostro con una mano, el codo apoyado en la roca y el vientre aplastado contra ella. He intentado hacerle un bosquejo, pero no soy tan hábil. No me mira ni mira a los demás. Está allí, casi a nivel del agua densa y oscura, piensa, parece afligido, si podemos hablar y pensar así de Satanás. Seguramente, está muy abatido. ¿En qué está pensando, allí, tan solo y meditabundo?... ¿Se ha quedado pasmado ante la violencia de Jesús o está absorto, pensando en otras fechorías para recobrar del fracaso de esta mañana? Además, ¿por qué reía de ese modo esta mañana? ¿Qué es lo que Jesús desbarató con su violenta intervención? Todas estas preguntas no tienen respuesta.

Esta mañana Nuestro Señor me hace entender que hay que compadecer a esa mujer que vino ayer, porque tiene *muchas* penas, es una persona recta y, por lo tanto, se la debe tratar con caridad.

Está bien, pero ¿quién me dará la fuerza? ¡Estoy aquí, postrada, casi sin fuerzas para respirar! Desearía sólo estar acostada en silencio, en la oscuridad, para reunir las pocas fuerzas que me quedan. ¡Y nunca puedo tener la posibilidad de hacerlo! ¡Y nadie entiende que no puedo más! Además, no estoy tranquila. Satanás trabaja. Está trabajando. Siento que trama sus designios para dañar la obra y al instrumento.

¡Jesús, ten piedad de mí!...

*1º de enero de 1946  
A las 5 de la mañana.*

Dice Jesús:

«¡Oh, hijos que amo, he aquí el primer consejo del año nuevo!

138

Si lo creéis, podéis publicar la Hora santa, el dictado sobre el Pater Noster y el Purgatorio. Mas *no quiero que sea publicada ni siquiera una palabra tomada de las visiones de mi Vida pública*. La Vida pública debe ser publicada *integralmente* y, a lo sumo, en tres libros: uno por cada año. Mas *nunca debe ser segmentada* en visiones individuales y aún menos en fragmentos de las mismas. Es un modo de disminuirla que desapruébo. Es un modo de hacer inútil su finalidad. Es un modo de paralizar su poder. No lo hagáis nunca.

Y ahora, amados hijos, recibid la bendición de Dios, Uno y Trino, sobre vuestras obras, sobre vuestras fatigas, sobre vuestros sufrimientos, y también sobre vuestros gozos morales y espirituales del año que hoy comienza. Que el Señor os bendiga y vele por vosotros. Que el Señor os muestre su rostro y tenga piedad de vosotros. Que el Señor vuelva a vosotros su mirada y os conceda la paz. Que el Amor y la Sangre os fortifiquen y os purifiquen y que, como hostias de suave olor, ardáis sobre el altar para gloria del Señor».

*A las 6 y 35 de la mañana.*

Dice Jesús:

«Levántate, María. Santifiquemos el día con una página del Evangelio, porque mi palabra es santificación. Contempla la visión, María; porque ver los días de Cristo en la Tierra es santificación. Escribe, María; porque escribir acerca de Cristo es santificación; porque repetir lo que dice Cristo es santificación; porque predicar a Jesús es santificación; porque instruir a los hermanos es santificación. Por esta obra de caridad, recibirás una recompensa muy grande».

*2 y 3 de enero de 1946*

*De noche.*

Veo el claustro de un monasterio, circundado por el pórtico, con un piso de baldosas cuadradas blancas y negras. El largo claustro se pierde en la oscuridad del fondo. Me encuentro en una parte que forma como un ángulo o borde saliente, de esta manera: [croquis]. En el punto señalado con la estrellita, hay una pequeña estatua del Niño Jesús cuando tenía unos 28 ó 30 meses. Es rubio y hermoso, lle-

139

va una túnica de color azul pálido con estrellitas doradas; la mano derecha está alzada para bendecir, la izquierda sostiene el globo. Una lámpara de aceite ilumina la estatua.

Mientras la observo, se anima y se convierte en un niño de carne y hueso. Me sonrío y, con su manita me hace un gesto diciendo: «¡Ven aquí! ¡Ven aquí!». Y se vuelve resplandeciente y bellissimo. Ese rincón del claustro brilla como con luz de estrellas. Me acerco un poco, sonriendo con reverencia. Pero todavía estoy demasiado lejos del Niño y éste insiste, repitiendo el gesto con la manita y volviendo a decirme: «¡Pero ven aquí, aquí cerca!». Me acerco más. Sonríe muy contento y me dice: «¿Me calientas con un beso los

piececitos? ¡Tengo tanto frío!» y, al decirlo me avecina, alternándolos, sus pequeños pies desnudos, en los que apoyo para calentarlos, no sólo mis labios sino también mi mejilla febril.

Ríe, con clara risa infantil, y dice: «Soy el Niño de la pequeña Teresa de Lisieux. Éste es el Carmelo. ¿Entiendes?, soy el Niño Jesús de Sor Teresa del Niño Jesús».

Ahora que estoy casi junto a él, le contemplo extasiada. ¡Es tan bello! Luego la luz aumenta, aumenta; llega a ser tan violenta que anula la posibilidad de ver y desaparece todo. Quedan sólo el recuerdo y la paz.

*4 de enero de 1946*

Se me aparece la figura, espiritualizada y gloriosa, de San Pedro. Ordena: «Escribe esto para tu Padre: “Yo, Regidor del Sacerdocio, te digo: Vigila, porque Satanás, como un león rugiente, merodea con el intento de devorarte y destruirte. ¡Ay de nosotros, los sacerdotes, si por negligencia dejamos que el perpetuo adversario devore el rebaño de Dios y el alimento de Dios!”. Esto es todo. Que a ti, pequeña voz, lleguen cada vez más la gracia y el conocimiento de Jesucristo, Nuestro Señor»,

También se me aparece, como el otro día, el Niño del claustro de Lisieux. De nuevo me pide que me acerque. Con su risueña belleza, me consuela de mis tristezas, de mis muchas tristezas. De nuevo me presenta sus piececitos helados para que los caliente, mientras vuel-

140  
ve a decirme: «¡Tengo mucho frío!» y yo me atrevo a encerrarlos en mis manos para darles calor. Y eso le pone contento.

Me parece que le cansa sostener el globo únicamente con la mano izquierda y, en efecto, lo toma con las dos manos y lo estrecha contra el pecho. Mientras caliento sus piececitos entre mis manos, miro lo que hace. Nota, quizás, que me sorprende su actitud y me dice: «¡Pesa!, ¿sabes? Además, ¡este globo del mundo es tan frío! Toma. Siente cuán frío y pesado es. Sostenlo un poco también tú. Estoy cansado de tenerlo y de sentirlo siempre así». Diciendo esto, me tiende el pequeño globo que parece ser de un ligero vidrio dorado y liso. En cambio, pesa más que el plomo, su superficie es áspera porque está cubierto completamente de agujijones que penetran en la piel y provocan dolor. Logro sostenerlo con gran esfuerzo y sufrimiento, ya sea por las puntas hirientes, ya sea por la sensación de hielo que transmite. Miro al Niño santo con piedad.

«¿Verdad que pesa? ¿Y que es frío? Hasta hiela el corazón. Sin embargo, tengo que sostenerlo. Si Yo lo abandono, ¿quién lo sostendrá?».

«¡Pobre Jesús pequeñito!, ¿cómo puedes resistir esta tortura? Porque, en verdad, es una tortura...».

«Es así. Mira. Mis manos sangran. Bésamelas para que sanen». Y me tiende las tiernas manecitas cubiertas por minúsculas gotas de sangre. Las beso en el hueco blando de las palmas. Pero están frías, muy frías. «Gracias, María. Devuélveme el globo. No puedes sostenerlo por más tiempo. Sólo Yo puedo hacerlo. Y para hallar alivio, me basta encontrar quien lo sostenga por algunos minutos. ¿Sabes cómo podéis ayudarme a sostenerlo vosotros, los que me amáis? Pues, *con vuestro amor hecho de sacrificio. Las almas víctimas sostienen el mundo junto con Jesús*».

Se vuelve resplandeciente como la otra noche y retira el piececito mientras dice: «Ahora ya están calientes los dos. Y me siento mejor. Adiós, María. Gracias también en nombre de Mamá. Ella es feliz cuando hay alguien que me ama y me consuela». Y así diciendo, desaparece en medio de una luz enceguedora.

Si no tuviera estos consuelos, sería muy infeliz y estaría muy abatida, porque siento que grandes asechanzas obran en torno a mí y a Ud...

6 de enero de 1946

Mientras me estoy ocupando de una labor para el altar, viene la «Mamá» con su Niño en brazos. Me dice: «Aquí le tienes. Cuídamelo por un rato. Te lo confío», y le sienta en la cama, a mi lado.

Jesús es verdaderamente el Niño de Nazaret, o mejor, de Egipto, porque tendrá ya unos 2 años. Lleva una corta túnica de lanilla celeste; también las mangas son más bien cortas. De este modo, los antebrazos y las piernecillas gorditas, hermosas, quedan descubiertas... Juega con sus manecitas y con su vestido, ensaya balbuceos, me mira mientras trabajo con sus ojazos inocentes, azules y brillantes como zafiros. Está conmigo por toda la mañana... y mi gozo es *inmenso*.

7 de enero

Para Sor Teresa Cherubina.

Dice Jesús:

«En un lugar había nacido una planta florecida. Cada uno puede imaginar la flor que más le guste, basta que sea hermosa y preciada. Mas el lugar en que había nacido no era adecuado para esa flor. Es sabido que algunas plantas necesitan pleno sol; otras, penumbra. Algunas necesitan terreno gredoso; otras lo necesitan muy fértil. Algunas pueden incrustar sus raíces sólo en los terrenos pedregosos; en otras, ya un solo guijarro turba su misma vida. Entonces, esa flor había nacido en un terreno que no le era propicio y sólo gracias a la bondad del Señor había podido vivir hasta ese día y también había podido prosperar y llegar a florecer. Sabiendo que el terreno no era adecuado para ella, el buen Padre hizo llover sobre la planta rocíos especiales, hizo crecer cerca de ella un arbusto de hojas anchas para mitigar la violencia del sol, hizo nacer tiernas hierbas en torno al brote para proteger las raíces del calor excesivo y para que esas humildes hierbas, con su sacrificio, protegieran también la bellísima flor.

Un día, el divino Agricultor pasó por allí y vio. Y, al ver, dijo: “En verdad, esta flor es muy bella. Mas lo sería mucho más si estuviera nutrida por otro terreno. No hay que decir imprudentemente: ‘Hasta ahora ha vivido aquí y así seguirá viviendo’. No, no hay que proceder de este modo; es tentar el Cielo. Por lo tanto, voy a des-

142

arraigarla y a llevarla a un lugar adecuado. Quiero que sea cada vez más linda para delicia de Dios”. Se inclinó, tomó sus herramientas y se puso a excavar con amoroso cuidado para desarraigar la planta sin hacerla sufrir.

Sin embargo, la plantita sentía algún dolor y gemía: “¡Ay!, ¡Ay! ¡Me haces mal! ¡Me harás morir! ¡No quiero morir!”.

“No, amada planta del Señor, no morirás. Por el contrario, liberada de esta tierra árida y gredosa que mortifica tus raíces, vivirás aún más fuerte. ¿Ves como estos guijarros mezclados con la tierra hasta el punto que hay más guijarros que tierra, impiden que tus raíces penetren profundamente para ir en busca de un alimento cada vez mejor para sus corolas? ¿Acaso no sabes que una flor es tanto más bella, allí, en lo alto de su tallo, cuanto más sus raíces, humildemente, penetran aquí abajo en la oscuridad y el silencio? Aquí abajo se cumple la faena; allí arriba, la gloria. Mas no puede haber gloria sin faena. Por lo tanto, deja que cumpla mi faena”.

“¡Ay, qué dolor! Me quitas de aquí, donde estoy aclimatada, donde todos me conocen: el pajarillo que hace su nido en el arbusto, la lagartija que se calienta a mis pies, y la mariposa blanca que, como la lagartija, todos los días viene a contarme lo que sucede en los alrededores y aún más lejos. En lugares desconocidos, sufriré, languideceré”.

“¡Pero no, mi dulce flor! No vas a un desierto. Vas adonde no hay sólo un pajarillo sino mil pajarillos que cantan y vuelan; donde hay cuadros y más cuadros de flores. Abandona las ligeras mariposas y las reptantes lagartijas. ¿Qué pueden decirte que te sea útil de verdad? Ven, ven conmigo. En mi jardín, las aves son los ángeles del Señor y enseñan las palabras santas. En él paseamos Yo y mi Madre”.

La plantita no sabía qué decir. Pero, como era testaruda, resistía aún con la última raíz atrapada en la hendidura de una roca. Las manos del Señor sangraban mientras intentaba ensanchar la hendidura para liberar la raíz, porque el Señor nunca rehusa sufrir por sus criaturas, para que éstas sufran lo menos posible cuando les impone operaciones de gracia aptas para conceder eterna gloria en el futuro. Pero la flor decía: “Esto me cuesta demasiado. No tengo el coraje de descubrir también esta raíz. ¡En fin de cuentas, es mía! Nadie debe verla. ¡Es la más bella de todas!”.

“¿Pero no ves, amor mío, que esa raíz presuntuosa es precisamente la que daña la planta? Se ha elegido *su* camino, que *no es*

143

*un camino justo*. Es la raíz más fuerte, pero también la más nociva. O cedes o la arrancaré Yo mismo. Y entonces sufrirás de verdad porque, para tu bien, también el infinito Amor debe ser justo. Ceder ante tu orgullo, significaría ser injusto contigo, a quien he creado para *mi* jardín”.

Pero la pequeña y porfiada planta no cedía. ¿Y Jesús, qué hizo? Pues ¡tac!, cogió las tijeras, cortó la obstinada y soberbia raíz y se llevó a su cuadro la planta, que iba llorosa tanto por el dolor del corte como por el capricho domado.

¡Oh, hija y esposa!, ésta es la parábola. ¿Eres capaz de meditar sobre ella y aplicar el fruto de tu meditación? Te ayudaré, pues soy el Maestro. Escucha.

Mis esposas son las plantas florecidas. El cuadro de mi jardín es la Madre Priora o la Abadesa o la Superiora del Monasterio o Convento o Comunidad, como queramos llamarlo. Las plantas han nacido como plantas florecidas para Mí. Su voluntad las hace mías pero, a veces, conservan dañosos rasgos humanos. Y, sobre todo, conservan “el más humano de los rasgos humanos: el orgullo”. Y eso, precisamente, es lo que no quiero.

¿Por qué querer obrar por sí mismas? ¿Por qué, si su nombre es “Madre”, las hijas no tienen absoluta familiaridad con ella? Precisamente en estos casos hay que ejercitar la humildad y la humillación. Y si desagrada decirlo, ¡pues bien! servirá para que otra vez se obre de manera tal que no haya necesidad de exhortación alguna - ni por parte de Dios, ni por parte de la propia conciencia, ni por parte de quienquiera - y que se evite el sufrimiento de tener que manifestar la turbación del propio ánimo o de tener que confiar la admonición recibida a la “Mamá” del Monasterio, o sea, a la que hace la parte de María Santísima en vuestra “casita de Nazaret”. Yo y José le decíamos todo a María...

¿Has entendido, angelito mío? ¡Si no obras así, no te convertirás en un gran querubín! Y Yo quiero que seas un “querubín”. Me has dado todas las raíces que te tenían unida a tu *yo*, a tu pasado. Pero falta aún (¡oh, no sólo en ti! sino en todas las almas, excepto en las que ya se han renovado fuertemente en Mí) la pequeña raíz del orgullo, ésa que lleva a pronunciar estos pensamientos, o mejor, que succiona de la piedra el veneno de estos pensamientos: “Quiero obrar por mí misma. No quiero que se conozca esta admonición”. ¡No!, ¡jarranca!, ¡jarranca! Hazte plantar en ese cuadro especial: el

144

corazón de la Madre Priora. Y te convertirás en el brote de bellísimas flores que me llevaré al Paraíso, tras haberme deleitado en la Tierra con sus perfumes.

Que mi paz sea contigo».

Al darme este envío del 7 de enero, Jesús dice sonriendo: «¡Al final voy a ser Yo el Maestro de las Novicias y el Director extraordinario de este Monasterio!... En realidad, aunque descubro las... raíces ocultas, encerradas en las rocas inmutables de su naturaleza humana, las quiero mucho.

También quiero mucho a Sor Teresa María. Quiero ayudarla a llevar su carga y a mantener encendida una luz que ilumine los puntos más secretos, para el bien de todas».

9 de enero de 1946

La voz inmaterial de mi amonestador interior me despierta a las seis menos cuarto y me saluda de este modo: «Que el Señor se manifieste cada vez más en tu espíritu y te instruya». Luego espera a que yo haya apreciado como es debido este saludo y a que esté bien despierta, y dice: «Escribe». Me siento, cojo el cuaderno y la pluma. Dicta:

«Toda acción del hombre, aunque se cumpla en secreto, siempre tiene testigos: los ojos de Dios y el ángel que cada hombre tiene como custodio. Mas hay acciones pertenecientes a una categoría especial que requieren testigos también entre los hombres. Son precisamente las acciones que, por su carácter extraordinario, hacen difícil poderlas aceptar como acciones “simples”. Son acciones simples como todo lo que proviene de Dios que, en su grandiosidad, es el Ser más simple que existe, pues está compuesto sólo por Sí mismo, y produce acciones puras, rectas, directas: acciones simples porque no están contaminadas por segundos fines, porque no son desordenadas, no son tortuosas. Las acciones extraordinarias y las acciones de la Gracia son simples como el Origen del que provienen. Mas la mayor parte de los hombres, castigados por su apetecido materialismo, ya no puede comprender esta sublime simplicidad y la niegan, la escarnecen o la acusan de fraude, para disminuirla y disminuir, de este modo, también a Dios en sus manifestaciones de gracia.

Debido a esto y por prudencia divina, ante un instrumento de

145

Dios se exige la presencia de testigos, elegidos entre los mismos hombres. Cada instrumento de Dios posee testigos para poder deponer acerca de la verdad - y del modo en que se desarrolla - ante los tribunales competentes. Han tenido testigos las grandes voces y las pequeñas voces, los grandes santos que cumplieron acciones clamorosas y los santos que la mayor parte de la gente ignora, porque vivieron en el claustro o en la intimidad doméstica. Han tenido testigos los que fueron llamados a ver apariciones o a pregonar una devoción establecida por el Señor. Y también tú los tienes, ¡oh, alma elegida para llevar la Voz Santísima a los hombres que para “vivir” tienen necesidad de “*creer, conocer y amar*”!

Tus testigos son: el Padre, que te conforta y ayuda; Marta, que te cuida; tus primos, a quienes has salvado. ¡Oh, ellos!, ¡vaya testigos de tu modo de obrar en el Señor! *Satanás no trabaja contra sí mismo*. Ellos pertenecían a Satanás y ahora pertenecen a Dios. Éste es un testimonio que supera en miles de potencias el testimonio de tu modo de vivir, de nutrirte, de descansar y de escribir sin la ayuda de libros o de otros elementos científicos, que puedan explicar la doctrina como obra tuya cuando, en realidad, tal doctrina te es dada por la Sabiduría infinita. El mundo no puede admitir esta verdad y quiere explicarlo todo con una frase: “ayudas de la ciencia adquirida”. No es así. Es Dios, el Altísimo que adoro, El que habla y comunica la luminosa doctrina. ¡Gloria al Señor! Otros testigos son los que te aportan las amistades, las circunstancias o el azar. Son los que están en contacto contigo y saben, dudan o ignoran por completo quién eres, es decir, “el portavoz”, pero que, de todos modos, ven lo suficiente como para ser testigos en el futuro. ¡Sí que tienen que existir estos testigos! ¡Son necesarios, alma mía!

Y en este punto, la Eterna Sabiduría me ordena que dé un consejo: cuando el Padre Romualdo reciba a Superiores de la Orden o a otras personas de segura y comprobada fe no sólo en Dios sino también en la obra de Dios en ti, no deberá prohibirles que te conozcan y te interroguen. En verdad, es algo penoso. Pero aun los hombres más buenos son eternos Santo Tomás. Se convencen sólo si ven. ¿Qué quieren ver? Pues, que el instrumento es simple y que está estabilizado en todo momento y acción. He aquí otro consejo: si un Ordinario de ánimo *justo* se preocupara de examinar los escritos y pidiera explicaciones y quisiera conocerte, visto que no puedes caminar ni moverte, se le debe llevar como *prueba principal* la de los Belfanti y,

si es necesario, se debe poner a éstos en comunicación con el examinador. La deposición de Giuseppe B. es de *importancia fundamental*. ¿Ha hecho ya una deposición? No importa. Su deposición, repetida después de algún tiempo, adquirirá cada vez mayor valor.

Querida alma, he repetido todo lo que ha dicho el Señor y lo he ampliado siguiendo sus órdenes. Gobiérnate y haz que el Padre se gobierne según estas enseñanzas, porque todo instrumento tiene y debe tener sus testigos. Que la Gracia del Señor esté siempre contigo».

(La frase de Satanás que está escuchando a escondidas, está en el dictado sobre Satanás)<sup>1</sup>.

Ayer no pude escribir la respuesta de Jesús a estas preguntas mías: «¿Por qué Dora tiene que tener sus testigos? ¿Acaso porque, tras salir del sueño espiritual, no recuerda lo que recibe en él?».

A pesar de que estas preguntas me las dirigía a mí misma, Jesús me respondió: «¡Pero también tú tienes tus testigos! Todo instrumento de Dios tiene sus testigos. También Bernadette tuvo a sus amigas, las pastorcillas; Teresa Neumann tuvo a sus parientes y al párroco, etc. , etc. Los testigos tienen que existir en cada caso para poder declarar la verdad». También dijo otras cosas pero, visto que no pude escribirlas enseguida porque no me era posible, me limito a decir solamente esto. De lo contrario, podría escribir algún disparate por mi cuenta...

Dado que Jesús quiere que esta explicación sea clara y expresa, le ha encargado a mi angélico Admonestador que me la repita y que la complete con los dos consejos que anteayer no había dado; de eso estoy segura. Yo también exclamo junto con el Ángel: «¡Gloria al Señor! ».

Oigo una “voz”, no hay otra manifestación. Pero es una voz fuerte y clara, aunque llena de gracia y de paz; evidencia un neto acento toscano, al punto tal que pienso que se trata de Catalina de Siena. «El amor es a la perfección que se quiere alcanzar como el soplo a la brasa: la enciende, difunde su calor, la hace viva y resplandeciente. La perfección que se quiere alcanzar solamente para lograr paz y gloria, es decir por un egoísmo espiritual, es como un fuego

---

<sup>1</sup> No logramos comprender el significado de la frase entre paréntesis que, a lo que parece, fue agregada más tarde.

apagado: negro, frío, inútil. La perfección que encierra poco amor es como un montón de brasas oscuras con un único puntito encendido: apenas un carboncillo... Languidece, dormita, corre el riesgo de apagarse. Pero si nuestro amor - un amor puro, un amor nacido sólo para dar gloria a Dios - sopla sobre esas brasas, se enciende toda la perfección y purifica nuestra alma, la embellece, la vuelve dispuesta y servicial ante la Divina Voluntad como una perfecta sierva y, además, digna de arder ante el trono donde resplandece el Cordero. Las acciones de los santos - los perfectos agentes de la Voluntad divina son santos - resplandecen junto con sus oraciones en los incensarios celestes. Cuanto más aumenta el amor por el amor mismo, tanto más aumenta la perfección. Ama totalmente y serás perfecta por completo, en la medida en que lo quiere para ti la Santísima Trinidad.

¿Quién soy? Soy una desconocida para la mayor parte de la gente. Sin embargo, soy tu hermana porque el Amor, por nuestra voluntad de víctimas en favor de los hombres según su Santísimo ejemplo, nos convirtió en reclusas. Soy Giulia Della Rena, natural de Certaldo, virgen y reclusa de San Agustín desde el siglo 14 y bienaventurada en los Cielos por la bondad del Amor. En ciertos lugares, aún hoy me recuerdan pero, en verdad, se acuerdan muy poco de mí. Esto no me aflige por mí, que todo lo poseo al poseer a Dios. Pero me aflige porque, si me recordaran, yo podría dirigir al mundo una palabra de salvación, la palabra que le recordara volver al amor, en el que se compendian todas las virtudes y se esconden la paz y la gloria.

Adiós, hermana. Quédate en la paz del Señor».

*A las 12 de ese mismo día.*

Con respecto a A. R.<sup>2</sup>, dice mi Señor:

«Mucho trabaja Satanás e insiste y resiste y se afianza usando los apoyos existentes, porque obra en un terreno constituido por orgullo y capricho. Sus lágrimas no expresan arrepentimiento por el dolor causado, *sino abatimiento por el mal papel que hace*. Por lo tanto, se trata sólo de orgullo y de corazón indiferente. Si amara, lucharía, reaccionaría a la tentación y ésta no podría dominarle de manera tan fuerte. No tiene caridad hacia la madre y las hermanas.

---

<sup>2</sup> Dado que sucesivamente se refiere a madre y a hermanas, podría tratarse de Antonio Raffaelli. Véase el texto del 26 de diciembre de 1945.

148

Donde faltan el amor y la humildad, prospera el “otro” y de nada sirven las ayudas. Sin dejar paso a una compasión fuera de lugar, se debe proceder con medios humanos y sobrenaturales a luchar en sustitución de él, que *no quiere* luchar. Se necesita médico y sacerdote. Y si esto hace sufrir su orgullo, tanto mejor. Querría ver su orgullo hecho añicos, querría verle hecho añicos también a él antes que verle convertido en mi enemigo. ¡Y pensar que aún recibe tanto de la Providencia! ¡Y, en cambio, la maldice! La maldice bajo el acicate de Satanás. Mas también en las horas de seudocalma, su subconsciente impreca. Lo hace porque su conciencia es débil y se complace de ello. Esto no puede ser. Yo soy bueno, pero no ignoro la justicia. Además, contribuyen al estado de A. el orgullo y la ingratitud hacia Dios de otros miembros de la familia. En verdad, en ciertas casas Satanás encuentra su propio clima. Demolid en él el orgullo y será más fácil liberarle».

Pregunto: «Me gustaría saber la diferencia entre él y Dora». Jesús responde:

«Dora es maltratada porque Satanás querría aterrorizarla, separarla de Mí, usarla contra Mí. Pero, por ahora, es buena y me ama a pesar de que este amor le procura penas. Dora es un instrumento ateneado entre dos fuerzas opuestas. Pero, por ahora, alberga en ella la voluntad de pertenecer a una fuerza sola. Si persevera, será un instrumento útil.

A Ant., que podría estar en las mismas condiciones de doble uso, le falta la voluntad de pertenecer a la Fuerza buena. Eso le sucede porque no tiene amor hacia Mí. Y es por eso que el “otro” le utiliza a su gusto. En los momentos en que está poseído, me odia completamente. En las pausas, si no me acusa, es completamente indiferente. En los momentos mejores, que son los más raros, tiene conatos hacia el Bien por una reminiscencia de alma. ¡Es una situación muy triste! Sería necesario lograr detenerle antes de que el alma consienta completamente. ¿Te acuerdas de aquella lección sobre los condenados que intentan acercarse a Dios a través de los justos? Sienten a la vez la atracción y la repulsión de Dios. Y en eso consiste su tormento. Él está en una situación muy semejante. Siente que en Mí reside la paz, que sólo Dios puede liberarle de su tortura. Pero no sabe aspirar a Dios. ¡El infierno no está solamente en las profundidades!

Estas dos indicaciones son para Romualdo y para ti. Dejad de

149

lado a la angustiada madre, que no tiene culpas en lo que respecta a la caída del hijo. Exhortadla únicamente a rezar mucho, mucho, mucho...».

*11 de enero de 1946*

Recibo una carta de mi primo<sup>1</sup>. Es una carta muy clara. Aun no conociendo los dictados del Maestro, emplea palabras casi iguales para exhortar a no abandonarse ciegamente al caso Dora, que es un caso “mixto” sobremanera. Y de este modo, desde el 5 de diciembre hasta hoy, ya son *muchas* las voces, espirituales o humanas, que dicen lo mismo. La primera fue la voz angélica, luego la voz de una persona que está ampliamente en gracia de Dios; luego la voz de mi alma, que lo repite *siempre*; después, las palabras del Maestro, que llaman la atención acerca de la inestabilidad del caso y de su duplicidad y también sobre los peligros que en el mismo se ocultan, incluso respecto a la obra que Él cumple y en la cual soy su instrumento; por fin, las palabras de San Pedro<sup>2</sup>... Es un continuo y veloz ir y venir de voces que dicen: “¡Tened cuidado, tú y el Padre! ¡Atención!” Le confieso que, cuando la vi partir, me puse contenta sólo por un motivo, el mismo motivo al que, aun desde tan lejos, se refiere también Giuseppe: es decir, que su partida iba a servir para apartarla de este enredo...

¡No, es inútil! Desde que se ha presentado este problema, me es imposible cualquier oportunidad de estar en paz. Inútilmente trato de dominarme y me reprocho de mil maneras por mi temor, al que quiero dar otros nombres para reprochármelo aún más. Inútilmente Jesús intenta calmarme y tranquilizarme. Él y mi ángel me tranquilizan *precisamente porque el mal está obrando contra lo que me es más querido*.

¿Sabe que algunas tardes he tenido que emprender una verdadera batalla para no mandarle a llamar y decirle a gritos: “¡Abandónelo todo! ¡Abandónelo todo! ¡No se arruine!”? ¿O para no ceder al deseo de ponerme a gritar mi temor, en mi misma casa? No sé si Ud. se ha dado cuenta de todo esto. No sé si Ud. ha notado que a

---

<sup>1</sup> Giuseppe Belfanti.

<sup>2</sup> Véase el texto del 4 de enero de 1946.

150

veces (la última fue esa mañana en que Ud. volvió por última vez de i Camaiore), al advertir lo “seguro” que Ud. estaba, se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Hablan bien de mí? Si se trata de una voz de Dios, le agradezco que le ilumine a este respecto. Pero le atribuyo una seguridad *tan mínima* que no me causa *ninguna* alegría. Por eso he ido escribiendo mis impresiones cada vez...

Puede que sea yo la equivocada. Puede que sea yo la mala. No me opongo a que se piense así de mí. Será un propósito de Jesús que yo rece por esa mujer y que Él no diga exactamente cuánto Bien y cuánto Mal hay. Y nadie puede forzarle para que lo diga. Quizás desee que la mujer sea ayudada con preces para no caer en poder del “otro”. No lo sé. Sé *que siento que el caso no es claro, que me produce repugnancia, que desde el primer momento he sentido que está mezclado a mentiras*. Pienso que la mujer no se da cuenta de que es presa también de la Mentira. Pero no puedo dejar de concluir que en esto veo un juego insidioso hacia la obra que Jesús me hace cumplir.

Una vez más, y esta vez más claro que todas las otras veces, también yo le digo como Giuseppe, que desde tan lejos siente las cosas como las siento yo, y como la otra alma que he interrogado: “¡Atención! ¡Atención! Póngase Ud. en una posición de espera, en una posición de vigilancia. Observe desde lejos. El tiempo traerá la luz, si es que ya antes no la trae Dios”. Hoy, 11 de enero, a las 16, siento muy claramente que debo decirle esto, que debo recordarle que Jesús ya le ha exhortado a no perder tiempo ni lucidez mental en todo lo que no sea lo que desde hace casi tres años tiene Ud. entre manos, que debo decirle que tengo la lúcida y neta impresión que tanto el aviso de San Pedro como las órdenes del Señor tienen por fin obligarle a vigilar contra la insidia que se esconde en este caso. Sería un verdadero e imperdonable error que por una ligereza se obrara como palanca, *se pusiera la palanca en manos de los enemigos* para ayudarles a destruir la obra, ya hartamente insidiada, del Señor de los dictados y las visiones. Le ruego una vez más que vuelva a considerar y a leer todo lo que se refiere a Giuseppe y a mí... Créame, será instructivo.

Dora será el ser más inocuo posible... Pero ni siquiera Jesús niega que ella es incapaz de reaccionar, que su posición es muy inestable. Lo dijo así Él, el Maestro, en el dictado que Ud. tiene en su poder. Y cuando el “otro” quiere usarla en nuestro detrimento, ¿qué sucede? ¿Es que no comprende que, aunque no la posea para siempre, le es suficiente poseerla por el poco tiempo necesario para hacerle

151

aparecer a Ud. como “*un ser incapaz de distinguir la Verdad de la Mentira*”, de modo que así se reirán de Ud. en las Curias y demás? ¿Es que no comprende que, por consiguiente, eso podría dañar también mi caso?

¡Oh, si pudiera hacerle sentir por una hora sola lo que siento! Pero Ud. no me hará caso... Que la Bondad infinita obre el milagro de no castigarle y de no decir “¡Basta!” para castigarle. En verdad, si así fuera, después de haberme dado tanto bien, me daría Ud. el dolor más grande y después de haber servido tanto y tan bien a Dios, le serviría tan mal y tan gravemente que no quedaría sin un castigo sobrenatural.

Hágame caso. No haga como un niño que se encandila con un jueguito de luces multicolores. Escúchele también a Giuseppe. Ya lo ha dicho Jesús: «Hagamos que la experiencia del mal sirva al Bien». Quizás Jesús quiera que Giuseppe, el obrero de la hora 11 a quien, no obstante, Él ha amado hasta querer salvarle a toda costa y con todos los medios, sea el que nos ayude a distinguir gracias a sus conocimientos de fuerzas ocultas. No despreciemos con soberbia esta ayuda; por el contrario, usémosla para salvaguardar la obra del Señor.

Me gustaría que me entendiera, que intuyera mi angustia, la angustia de sentir que la Serpiente merodea para sofocar la obra santa, la angustia que me hace subir a la garganta gritos de horror que logro dominar con dificultad...

*13 de enero de 1946*

En un periódico encuentro la crónica de un hecho referido al ocultismo, cometido por una médium y referido a la violación del libre albedrío de una pobre joven. No sé si lo defino con el término exacto. Lo cierto es que la joven está sometida a la voluntad de la médium, que la hace hablar y obrar con la personalidad de uno que murió hace dos años.

Digo para mis adentros: “Lo copio y se lo mando a Giuseppe, del mismo modo que le mandé la relación referida a Dora, a la que él dio una respuesta exhaustiva y capaz de determinar una decisión eficaz”. Mientras estoy copiando, mi amonestador interior me dice:

«No, no la mandes a Giuseppe. No es necesario. Podría engendrar la vuelta o el deseo de volver al influjo del médium en un hom-

152

bre que acaba de sanar de dicho influjo. Era necesario hablar de Dora, porque es una demostración de cómo Satanás puede mezclarse a las Potencias superiores. Giuseppe ha tenido que recordar, comparar y sacar conclusiones cada vez más en el camino justo. Pero en este caso no es así. Esto es Satanás en absoluto. No le tientes. Más bien dale esa hoja que estás copiando al Padre Migliorini. Le servirá para los sermones, para demostrar que el Purgatorio existe y que es sufrimiento y para contrarrestar las teorías de quienes evocan a los difuntos. ¿Lo sientes? Al venir sufren, y los que vienen por evocación son almas que aún no están liberadas de las fuerzas terrenas, o sea que todavía están bajo el peso de la culpa. En este sentido tendría que decir que los que vienen son demonios más que almas. Pero acerca de esto ya te ha hablado el Verbo<sup>1</sup> bendito. Que el súbdito no añada palabras a las palabras de su Rey».

Calla. Calla el buen compañero tan dispuesto a guiar para que yo no dé pasos falsos. ¡Bendito sea Dios por ello!

---

<sup>1</sup> Ha sucedido más de una vez. Los dictados que tratan este tema se encuentran en “Los

cuadernos. 1943” y en “Los cuadernos. 1944”.

*15 de enero de 1946  
A las 5 y 30 de la madrugada.*

Si no describo mi gozo nocturno me siento mal.

Pues bien, nos hemos acostado a las 24 y 15 y Marta se ha quedado dormida *enseguida*. ¡Y cuando duerme... duerme de verdad! Yo, en cambio, he cogido la Santa Reliquia y me he puesto a rezar la acostumbrada plegaria contra Satanás, al que noto muy concentrado en merodear por mi casa, en moverse a mi alrededor y alrededor de Ud. Luego he dicho el acto de dolor, he hecho la Comunión espiritual, la plegaria “Heme aquí, amado y buen Jesús... voy apreciando vuestras 5 Llagas, etc., etc”. y la plegaria de la Cruz y luego el Acto de ofrenda, como hago todas las noches. Termino con los “Gloria” a los Santísimos Arcángeles y Ángeles, dejando por último a mi Ángel Custodio. Mientras le rezo a este último, me interrumpo para decirle: «Pero, ¿cómo te llamas? ¡Por cierto tendrás un nombre! Yo te llamo “amonestador interior”, pero me gustaría llamarte con un verdadero nombre».

153

Se me aparece al lado de mi cama, a la derecha, hacia el fondo y dice muy listo y sonriente: «Me llamo Azarías».

«¿Precisamente Azarías?».

Sonríe aún más evidentemente y replica: «¿Todavía no estás segura? Digamos juntos el “Veni Sancte Spiritus” y siete “Gloria” como te he enseñado desde hace años para encontrar en todas las necesidades la respuesta y la guía del Espíritu Santo; luego abre la Biblia al azar. El primer nombre que veas, es el mío».

Digo junto con él las plegarias y después abro la Biblia. Se me abre en la página 596 – II° Paralipómenos cap. 15°: “Azarías, hijo de Obed, etc., etc”.

Sin dejar de sonreír, el ángel dice: «El significado de este nombre lo encontrarás en el libro de Tobías, en las notas a pie de página».

Me precipito a controlar el libro de Tobías. Encuentro a pie de página del 5° capítulo: “Azarías quiere decir ‘ayuda del Señor’; por lo tanto, Azarías, hijo de Abnanías, quiere decir ‘ayuda del Señor, hijo de la bondad del Señor’ ”.

El ángel dice: «Así es» y sonrío mirándome dulcemente.

Le observo: es alto, bello, tiene cabellos castaño oscuro, rostro redondeado y perfecto en cuanto a facciones y color, dulces ojos castaño oscuro, grandes y hermosísimos. Observo su amplio atavío: es una túnica derecha, casta, bellísima, sin cinturón ni manto, con amplias mangas y escote cuadrado. Es de color blanco y plata. El fondo es plateado, ligeramente oscuro; [croquis] en cambio, el motivo en relieve (parece ser una túnica de precioso brocado) es de un blanco luminoso, aún más blanco que la más blanca de las nieves o de los pétalos blancos que hayan existido jamás. Dicho relieve forma una estela continua de tallos de lirios con las corolas abiertas. Los tallos llevan esta dirección: de modo que el ángel parece estar ceñido por un manojito de lirios en flor que le envuelve por completo. En el cuello, en las mangas y en el ruedo, la túnica tiene fajas de plata.

Le digo: «¡Es el mismo atavío del 4 de enero de 1932<sup>1</sup> y tienes el mismo aspecto!».

---

<sup>1</sup> Véase la “Autobiografía” en las págs. 308-310.

154

«Sí, soy yo. Y si otras veces te aparecí con los tres colores santos fue para recordarte que el ángel Custodio vela especialmente sobre la vida de las tres virtudes teologales, en el espíritu del que es custodiado por él».

Sigo contemplándole y contemplándole, repitiendo y saboreando su nombre, por toda la noche

poblada de amargos sufrimientos y sin el menor asomo de sueño...

Por lo tanto, de ahora en adelante, el “amonestador interior” quedará indicado con el nombre de Azarías porque, como me dijo él mismo al saludarme y antes de desaparecer a mi vista espiritual, «todo ángel custodio es un Azarías, es decir, una ayuda del Señor que, en casos especiales, se manifiesta con más intensidad por orden del Señor y para su gloria».

20 de enero de 1946

Mientras estoy cosiendo, contemplo mentalmente la figura moral de Jesucristo. Pienso que, si pudiera tener su retrato reproducido en una tela según mis indicaciones y, por lo tanto, lo más semejante posible a como era su Santísimo Semblante de Hombre, me gustaría hacerle escribir debajo de la imagen una frase que fuera “todo” lo que era Jesús de Nazaret. Pienso que podría ser “Venid a Mí” o “Yo soy la Vía - Verdad - Vida” o “No temáis, soy Yo”, pero siento que todavía no es lo que mi alma quiere para indicar a “el Cristo”.

San Azarías me habla:

«Jesús es el Compendio del amor de los Tres. Jesús es el Compendio de lo que es la Santísima Trinidad y la Unidad de Dios. Es la perfección de los Tres compendiada en Uno solo. Es la infinita, multiforme Perfección compendiada en Jesús. Es un abismo de Perfección ante el cual se postran en adoración las milicias celestes y las bienaventuradas muchedumbres del Paraíso. Es un abismo de Amor que pudo ser y puede ser comprendido y aceptado solamente por los que poseen amor.

Por lo que aquí se explica cómo pudo convertirse en Espíritu del Mal el arcángel que era un espíritu benigno y santo, pero no tan santo como para ser *completamente amor*. Precisamente, es la medida del amor que uno lleva en sí, la que establece la medida de su perfección y de su grado de oposición a toda corrupción. Cuando el amor es

155

total, ya nada puede abrirse a la corrupción. La molécula que no ama es una brecha que permite fácilmente la infiltración de los primeros elementos que no son amor. Y ellos fuerzan, ensanchan, inundan y así sumergen los elementos buenos hasta matarlos. Lucifer tenía una medida de amor incompleta. En él había un espacio ocupado por la complacencia de sí mismo, o sea, un espacio en el que no podía haber amor. Y por esta brecha entró, para perderle, su depravación. Debido a ella, no pudo comprender y aceptar al Cristo-Amor, Compendio del infinito, del único, del trino Amor. Y el hecho de que hoy en día esté más difundida la herejía que niega la Humanidad Divina de la Segunda Persona y que hace de Él simplemente un hombre bueno y justo, se explica fácilmente con esta clave: la falta de amor en el corazón humano, la incapacidad de amar, la escasa posesión de amor.

Alma mía, observa que, tanto en la época de Cristo como luego en la era cristiana, siempre fueron dos los puntos que se empeñó en negar el arrogante intelecto del hombre que, si no es humilde y amoroso, no puede creer: uno, que Cristo era Dios y Hombre y que hizo únicamente acciones espirituales, por las cuales fue odiado hasta por los más íntimos de los suyos y, por lo tanto, también fue traicionado; dos, que Cristo creó el Sacramento del Amor. En aquel entonces, ahora, siempre, heréticamente los “sin amor” dijeron y dirán que Dios no puede estar en Jesús y que Jesús no puede estar en la Santísima y adorable Eucaristía.

Por eso, alma mía, si tuvieras que hacer escribir una palabra bajo la efigie del Hombre-Dios, tendrías que hacer escribir: “Yo soy el Compendio del Amor”».

Y luego San Azarías calla y queda en adoración.

¡Qué paz, qué paz queda en mí! ¡Qué luz, qué sensación de bienestar mental, la sensación del pensamiento que se apacigua gracias a una respuesta que lo persuade por completo: esto es lo que se produce durante y después de la lección angélica! Con este tesoro mío cierro el cuaderno y vuelvo a mi tarea manual, mientras los ojos de la mente satisfecha

contemplan la lección recibida.

Más tarde vuelvo a leer, medito y me detengo obstinadamente en la frase: “Lucifer no fue tan santo como para ser completamente amor”. En mi concepto sublime de los ángeles, no logro comprender cómo un espíritu angélico pudo haber tenido faltas. ¡Ante el pecado de los ángeles, siempre he tenido un invencible estupor! Y nadie ha

156

logrado darme jamás una explicación capaz de persuadirme de qué modo, en un mundo en el que faltaba el elemento “Mal” porque aún no se había formado, ciertos seres espirituales, creados por la perfecta voluntad de Dios, seres que contemplaban la eterna Perfección - y nada más que ésa - hayan podido pecar. Y ahora la frase: “... no tan santo como para ser completamente amor” me detiene y suscita de nuevo en mí la pregunta: “¿Cómo pudo suceder eso?”.

San Azarías me dice:

«Los ángeles son superiores a los hombres. Diciendo “hombres”, me refiero a los seres así llamados, compuestos de materia y espíritu. Entonces, somos superiores nosotros, que somos sólo espíritu. Mas recuerda que, cuando en el hombre vive la Gracia y circula la Sangre del Místico Cuerpo cuya Cabeza es Cristo y ya está fortalecido por los siete Sacramentos desde el nacimiento hasta la muerte y en todos los estados y fases de la vida, entonces en vosotros, que por eso sois “templos vivos del Señor”, nosotros vemos al Señor y le adoramos en vosotros. En este caso, sois superiores a nosotros, sois “otros Cristos” y poseéis lo que se llama “Pan de los ángeles” que, en realidad, es Pan solamente de los hombres. ¡Ésta es la mística y no saciada hambre de Eucaristía que existe en nosotros y que nos lleva a estrecharnos a vosotros cuando os nutris de Ella para sentir la fragancia divina de este Pan perfecto!

Mas, para volver al principio, te diré que en los ángeles, que somos diferentes de vosotros en cuanto a naturaleza y perfección, existe - como en vosotros - la libre voluntad. Dios no creó esclavos. Al principio, en la creación existía sólo el Orden. Pero el Orden no excluye la libertad. *Por el contrario, en el Orden existe la perfecta libertad.* Y tampoco existe en el orden, como fuerza constrictora, el temor de una invasión, de una intromisión, de una anarquía de otras voluntades que, al penetrar en la órbita y en la trayectoria de otros seres o cosas creadas, puedan producir colisiones y ruina. Así era todo el Universo antes de que Lucifer, abusando de su libertad, *por su propia voluntad* creara en sí mismo el desorden de las pasiones para crear desorden en el Orden perfecto. Si hubiera sido todo amor, no habría encontrado lugar en sí mismo para ninguna otra cosa que no fuera amor. En cambio, encontró lugar para la soberbia, que es lo que podríamos definir el desorden del intelecto.

¿Dios habría podido impedir este hecho? Sí, habría podido hacerlo. Mas, ¿por qué forzar la libre voluntad del bellissimo e inteli-

157

gentísimo arcángel? De ese modo, no queriendo ya lo que antes había querido, o sea, la libertad del arcángel, ¿no habría sido Él mismo, el Justísimo, quien acabaría por llevar el desorden a su ordenado Pensamiento? Dios no oprimió el espíritu turbado para ponerlo, con la violencia, en la imposibilidad de pecar. En ese caso, su conducta no pecaminosa no habría tenido mérito alguno. También para nosotros fue necesario el “saber desear el Bien” para seguir mereciendo el gozo de la vista de Dios. ¡Qué beatitud infinita!

Así como había querido a su lado al arcángel sublime en los primeros actos de la Creación, haciendo que tuviera total conocimiento de esa creación de amor, del mismo modo Dios quiso que el arcángel conociera la adorable y dolorosa necesidad que su pecado le había impuesto a Él mismo: la Encarnación y la Muerte de un Dios para contrabalancear la ruina del Pecado que se habría producido si Lucifer no hubiera vencido en sí mismo la soberbia. Tal era el único lenguaje que podía emplear el Amor. La primera aniquilación de Dios está en este acto de querer doblegar *dulcemente* al soberbio, casi suplicándole, con la visión de lo que su soberbia iba a imponer a Dios, que no pecara, para no llevara a otros a pecar.

Era un acto de amor. En cambio Lucifer, ya completamente poseído por la furia satánica, lo tomó por miedo, debilidad y afrenta, como una verdadera declaración de guerra y, por eso, declaró guerra al Perfectísimo diciendo: “¿Tú eres? Pues, yo también soy. Lo que has hecho, lo has hecho gracias a mí. Dios no existe. Y si existe un Dios, soy yo. Yo me adoro. Yo te aborrezco. Yo me niego a reconocer como mi Señor a quien no sabe vencerme. Si no querías rivales, no debías haberme creado tan perfecto. Ahora yo soy y estoy contra ti. Véceme, si puedes. Pero no te temo. También yo crearé y por mi causa va a temblar toda tu Creación, porque yo la sacudiré como un jirón de nube zarandeado por los vientos, pues te odio y quiero destruir lo que es tuyo para construir sobre las ruinas lo que será mío. No conozco y no reconozco ninguna otra potencia más que yo. Y ya no adoro, ya no adoro, ya no adoro a nadie que no sea yo mismo”.

En verdad, entonces se produjo en la Creación, en toda la Creación, desde las más insondables profundidades, una pavorosa convulsión debida al horror que produjeron estas sacrílegas palabras. Fue una convulsión tan grande que ni siquiera la habrá igual al final de la Creación. Y de ella nació el Infierno, el reino del Odio.

¿Comprendes ahora, alma mía, cómo nació el Mal? Nació de la  
158

libre voluntad, que el Señor respetó, de uno que no era “todo amor”. Y, créeme, sobre todo pecado que desde entonces se comete, grava este juicio: “Aquí no todo es amor”. El amor total impide el pecado. Y lo hace sin esfuerzo. ¡Al que ama, no le cuesta alcanzar la justicia! El amor le eleva por sobre todos los fangos y los peligros y le purifica continuamente de las mínimas imperfecciones que aún perduran en el último grado de la santidad consumada, es decir, en ese estado en el que el espíritu ya ha progresado tanto que es verdaderamente un rey y ya está unido en espiritual connubio a su Señor, y goza de una vida que es menor sólo de un grado a la de los bienaventurados en el Cielo, pues de tal modo el Señor se dona y se revela a su hijo bendito.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

*21 de enero de 1946*

Dice Jesús:

«Hace treinta y tres días te dije: “Ya no daré nada hasta que no vea que todo está en orden, así como lo establece la prudencia”. Y te lo dije de manera tal que preferiste que no te lo dijese solamente a ti sino que se lo repitiera, por medio de un claro dictado, también a quien te guía. Y ocho días más tarde, visto que tenía la oportunidad de hacerlo, satisfice tu deseo<sup>1</sup>. Ahora todo está ordenado, copiado, corregido como se debe. Vuelvo a repetirte que en una materia tan grave y con un instrumento tan agotado, es preciso impedir que se acumule el trabajo; por el contrario, hay que ir copiándolo poco a poco y hay que ir corrigiéndolo poco a poco, para que no queden partes sin terminar en caso de muerte o de otros problemas.

No abuséis nunca de una confianza que ya no es prudencia. Haced como si cada hora fuera la última y estad siempre al día con todo. Y que esto también se tenga presente al disponerlo todo para permanecer junto al instrumento hasta que todo se haya cumplido. Las penosas experiencias del otoño de 1944 han dejado una señal indeleble en el portavoz, que dice: “No puedo fiarme de ningún otro y si tuviera que quedarme sola, no entregaría ni una palabra más”. ¡Pero estas experiencias penosas no las sufrió solamente ella! Tam-

---

<sup>1</sup> Fue el 25 de diciembre de 1945.

159

bién tú, Romualdo, las has experimentado. También tú has visto de qué modo se ha obrado y aunque hayas sufrido mucho menos - porque el sufrimiento de María fue muy profundo, hasta el punto que dejó una huella irreversible también en su físico - debes comprender que

el hecho no debe repetirse. En ese caso, Yo aprobaré el deseo de María y, sin privarla a ella del gozo de ver, privaré a todos vosotros del gozo de recibir, pues no haré escribir ni una palabra más.

No puedo permitir que se convierta esta tarea en una burla o poco menos. Y tampoco puedo permitir que quede solamente manuscrita, o sea, sin ser copiada a máquina y corregida. Tenemos que vérnosla con un mundo obtuso y perverso, aun siendo un mundo eclesiástico; es un mundo que no se preocupa de revisar para aprobar sintiéndome a Mí en dicha obra, pero que viviseccionaría la obra con la máxima atención para encontrar una palabra que, ya sea debido a la escritura difícil del portavoz, ya sea por un error de copia, pueda ser considerada como un error teológico o simplemente histórico. Ésta es la verdad. Y Yo proveo para que esta animadversión quede desilusionada.

En estos treinta y tres días he dado solamente dos visiones evangélicas. Y las he dado porque, a través de ellas, he querido hablarte precisamente a ti, Romualdo, como hago tantas veces. Estas escenas evangélicas mías son verdaderas lecciones. Son lecciones incluso para la vida cotidiana particular y en casos particulares. Si no hubiera sido así, al iniciar las visiones no habría mostrado escenas ocasionales como he hecho; por el contrario, habría iniciado por la primera palabra de los 4 Evangelios y habría continuado con orden. En cambio, he dado los episodios *necesarios* para esos *determinados* momentos, a fin de sostener al portavoz por la gran cruz que de allí a poco debía llevar (en enero-marzo de 1944), por la que ya llevaba (de mayo a octubre de 1944)<sup>2</sup> y para evangelizar a Giuseppe B., luchando con Satanás para prepararle al dictado que le ha separado para siempre de éste y de sus herejías. Después de haberme ocupado de las dos necesidades mencionadas, he realizado regular y ordenadamente la reconstrucción evangélica. Te hablo tantas veces, Romualdo, a través de ella o a través de los dictados de tema no evangélico que voy dando. Y lo hago para serte luz y guía por medio de ellos. Del mismo modo, para ayudarte, te he dado los dos últimos y ha sido

---

<sup>2</sup> Debe de tratarse de un error de escritura referido a uno de los dos 1944. O sea que, para la sucesión cronológica, debe interpretarse el primero como 1945 o el segundo como 1943.

160

una excepción, porque no quería dar ningún otro hasta que todo lo anterior estuviese ordenado.

Ahora recuerda y reflexiona pues, así como he callado por treinta y tres días, podría callar para siempre. Y lo haría si se produjeran contratiempos que pudieran dañar la obra. Ves que María, por sí misma, no puede hacer nada. No puede ver, no puede decir nada. Si para hacer la prueba le dijeras: “Repita la última visión”, verías que no sólo no hallaría las palabras, sino que la descripción del hecho resultaría incompleta y desdibujada. Apartada de mi luz, María es sólo una pobre mujer común. En ella queda solamente el sentido espiritual de la lección recibida y esto le aumenta la voluntad de obrar santamente en todo lo que se propone y según las enseñanzas recibidas. Mas la inteligencia no disfruta de lo que ha visto. Una vez que la visión ha pasado, ya no puede repetirse en su mente. Si, advirtiéndole que ya no es posible imprimir lo que ella escribe, Yo cesara por prudencia en mi deseo de hacerle describir lo que ve y siente, no tendríais ni una palabra más. La hija permanecería siempre en mis brazos, mas todos los demás quedarían sin más lecciones. Reflexiona y haz reflexionar sobre esto.

Y ahora te daré una lección solamente para ti, que eres un servidor al que quiero. No es un reproche, no lo consideres así. Es una caricia de quien te ama y no quiere que des pasos ingenuamente falsos o inútiles. No lo tomarías a mal si un buen padre te dijera: “Dame la mano para que te guíe por este sendero escabroso” o “¿Ves, hijo mío? Esta flor, esta baya no es buena. Parece buena, pero no lo es. No la pruebes nunca, porque en su interior oculta jugos nocivos”. Del mismo modo tú, ¡oh niño inmortal!, no debes apenarte si te enseño algo.

Tú perteneces a mi ejército: el de los que carecen de malicia y que, en el fondo, están indefensos contra el astuto mundo y contra Satanás, astutísimo en sus obras. Es una gloria, pero también es un peligro continuo. A estos seres indefensos, Yo les doy una ayuda particular precisamente porque lo son, de modo que no les engañen las apariencias falaces. No debes juzgar todo lo sobrenatural del mismo modo. Sobrenatural es todo lo que se aparta de lo natural, ¿no es verdad? Mas en lo sobrenatural, en lo extranatural, hay dos corrientes, como dos ríos: el que viene de Dios y el que viene del Enemigo de Dios.

Considerados exteriormente, superficialmente, los fenómenos son casi idénticos, porque Satanás, con la perfección de su maldad,

161

sabe simular las cosas de Dios. Mas un rasgo de mis fenómenos es la paz profunda, el orden que hay en ellos y que se comunica a quien está presente. Otra señal es el aumento de las facultades naturales de memoria e inteligencia, porque lo natural paradisiaco siempre es Gracia y la Gracia aumenta también las facultades naturales del hombre, para poder ser recordada con precisión en sus manifestaciones. En cambio, en los fenómenos no producidos por Mí, siempre se difunde un no sé qué que turba o que disminuye la consabida seriedad sobrenatural y provoca curiosidad, provoca esa sensación de risueño y vacío interés que uno tiene cuando va a un teatro a ver un espectáculo de malabaristas o algo semejante. En los fenómenos que no son míos, siempre hay desorden y, después del chisporroteo de los cohetes que deslumbran, hay humo y niebla que ofuscan la pureza de la luz preexistente. Por lo tanto, habéis visto y oído, pero luego no recordáis nada con verdadera exactitud y caéis continuamente en contradicciones aun sin quererlo. Con sus garras, Satanás enmaraña, enmaraña para escarnecer y agotar.

En fin, existe una señal muy precisa en el sujeto mismo. A mi acción en un ser corresponde siempre la acción del ser mismo. Me explico. Cuando Yo alecciono, todo se transforma en quien recibe la enseñanza. Surge en él una voluntad impetuosa de hacer lo que digo, por lo que no lo hace en fases lentas de elevación como sucede en la común voluntad de santificarse, sino que el alma se eleva y cambia de lo que es a lo que Yo quiero que sea, con rápidos y, sin embargo, *duraderos* tránsitos. Son almas cogidas por la “buena voluntad”, que demuele y destruye todo lo que en ellas es pasado, todo lo que constituye el *yo* antecedente y las vuelve a componer en su nueva forma, según mi modelo. Son infatigables artífices de su mismo ser inmortal. Advierten que van mudándose en bien, pero nunca están satisfechas del grado de bien que han alcanzado y trabajan para lograr una perfección aún mayor. Y no lo hacen por el propio orgullo, sino por amor hacia Mí.

Por el contrario, en las almas de quienes son falsos contemplativos, falsos instrumentos, falta esa infatigable metamorfosis. Ellos, en este caso alumnos de Satanás, se deleitan y son felices con lo que tienen. Y algunas veces, hasta han recibido realmente un don mío. Reposan en el orgullo de ser “algo”. Y ese “algo” crece día a día como un animal archinutrido. En efecto, está nutrido sobremanera por el orgullo que Satanás derrama silenciosa y abundantemente en torno a ellos. Ese “algo” se vuelve enorme, enorme, monstruoso. Sí, es así:

162

monstruoso. Es un monstruo porque pierde el aspecto primitivo, el mío, y toma el aspecto satánico. Se ponen una aureola de luces falsas. Explotan su más o menos relativa celebridad para encoronarse. Y se contemplan. Dicen: “Estoy perfectamente. ¡He llegado al top!”. Y, de este modo, se enceguecen hasta el punto de no saber ver lo que son. De este modo, se vuelven sordos hasta el punto de no saber oír la diversidad de las voces que hablan en ellos. ¡Mi voz es tan diferente de la de Satanás! Mas ya no la oyen. Y mientras Yo me retiro, Satanás les da lo que quieren: las cosas vanas. Y con ellas se adornan...

¿Qué les puede hacer Dios a esos voluntarios del Mal, que prefieren el ropaje iridescente, las luces, los aplausos, a la cruz, a la desnudez, a las espinas, al secreto, al asiduo obrar en sí mismos y en torno a sí en el Bien y para el propio bien y el de los demás? ¿Qué debe hacer Dios respecto a estos histriones de la santidad, que son sólo patrañas y mentiras?

Dios se retira. Les abandona en manos del padre de la Mentira y de las Tinieblas. Y ellos se deleitan en medio de los dones que Satanás les da como premio por su modo de obrar. Se profesan “*santos*”, porque ven que logran resultados extranaturales. No saben que son el parto de su orgullo, que Satanás alimenta, y no mejoran. ¿Sabes?, no mejoran. Aunque aparentemente no sufren una regresión, hasta los más superficiales advierten que no mejoran.

¡Romualdo, atento al centelleo multicolor que se disuelve en niebla! Yo dejo siempre luces y cosas concretas, ordenadas, claras. ¡Atento a los falsos santos, que para mi triunfo son más nocivos que todos los pecadores declarados! Lo sobrenatural santo existe y Yo lo suscito. Se lo debe aceptar, se lo debe creer. Mas que no sea aceptado a primera vista todo frasco que lleve escrito: “Óleo de sobrenatural sabiduría” o todo libro cerrado en el que esté escrito: “Aquí está Dios”. Puede que del primero se desprendan hedores infernales y que el segundo encierre fórmulas heréticas. Observad también el exterior del frasco y del libro; observad dónde y cómo le gusta estar. Y, para dejar el lenguaje figurado, observad si se presenta humildemente, si es santamente activo hasta la exageración. Si veis que su evolución hacia el Bien es lenta o falta del todo, abrid los ojos. Y abridlos dos veces si advertís en esta alma el placer de ser notada. Y si la encontráis soberbia y si la sorprendéis mintiendo, abridlos tres veces, diez veces, setenta veces.

Que la paz sea contigo, Romualdo María. Que la paz sea contigo, María».

163

28 y 29 de enero de 1946

*En la noche.*

Me lamento por mi excesivo sufrir. Digo: “Es demasiado tremendo”. San Azarías me dice:

«¿Por qué llamas tremendo lo que proviene de Dios? ¿Por qué dices que es insoportable? ¿Cómo puedes decir que es atroz lo que es coparticipación a la Redención de Cristo? Atroz es el infierno. Insoportable es lo que proviene de Satanás. Tremendo puede ser solamente lo que proviene del Odio. Dios no da nada superior a lo que la criatura puede soportar. Sólo sobre su Hijo su mano fue más pesada. Sólo éstos fueron sufrimientos inconmensurables. Y sin embargo Cristo, que sabía que era cosa justa, los soportó sin llamarlos tremendos, atroces o insoportables, porque definirlos así habría sido como acusar al Padre por fustigarle sin caridad.

*Las almas víctimas deben uniformarse a la Víctima en todo.* Lloro pero no digas que es *demasiado* el sufrimiento. Está proporcionado a lo que puedes soportar. Y podría aumentar aún. Pero, al mismo tiempo, aumentará en ti la fuerza de soportar, porque aumentará el amor. El aumento de amor es aumento de fuerza. ¿Crees que a Dios le gusta verte sufrir? Ni lo pienses. Así como sufría por el Hijo del hombre, que sufría en la cruz por los hombres, Él, que es la Bondad, sufre porque debe hacerte sufrir. Pero lo has pedido tú, para asemejarte en todo a Jesús. Y Dios ha satisfecho tu deseo.

Mira la hora del mundo. ¿Ves que es una hora de pecado? Ésta fue la hora contemplada por Jesús en las últimas 24 horas de su vida humana. Y también te ha contemplado a ti, como ser consolador. ¡Pero quien se lamenta no consuela! ¡Ea, vamos! ¡Un poco de heroísmo! Canta conmigo: “Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo”». Luego calla.

Prometo que nunca más diré que mis dolores son “tremendos”.

2 de febrero de 1946

Desde hace 48 horas me acompaña la presencia de Santa Teresita del Niño Jesús. Es una

presencia humana y gloriosa al mismo tiempo, porque se me aparece radiante, apoyada en nubecillas luminosas, pero igual a como era en el claustro de Lisieux. No tiene

164

el Crucifijo en los brazos, pero lleva el amplio manto blanco sobre la túnica marrón. No veo la mano izquierda, que está oculta bajo el manto, pero veo la derecha, que es bellísima. Se asoma por debajo del manto, que está corrido ligeramente hacia atrás, y sostiene una rosa entre los dedos. Es una rosa hermosísima [croquis], de un maravilloso color amarillo oro; es una de esas rosas que, según me parece, se llaman híbridas, de corola un poco abierta y pétalos muy ondulados, sin espinas en el tallo de un verde rojizo oscuro, así como son oscuras las hojas, de un verde denso y brillante, como si fueran de cera. No conozco el nombre botánico. Santa Teresita la sostiene con ligereza entre el pulgar y el índice, con el brazo extendido hacia el suelo y también la corola tiende hacia el suelo, como si estuviera a punto de dejarla caer. Le digo: «¡Déjala caer! ¡Será una rosa para mí!...». Sonríe pero no habla. Es una sonrisa alegre, expresiva, estimulante. Ahora se dispone a hablar.

Para aclarar este dictado, voy a explicar que yo estaba razonando para mis adentros acerca de... algunas restricciones y pretextos y otras cosillas que encuentro en las cartas venidas del Carmelo. Me sorprende un poco que estas almas meditativas puedan ser tan sordas y refrenadas, incapaces de advertir cuál es el Bien seguro y que tengan tantas aprensiones, etc., etc.

Por fin, Santa Teresita habla:

«Es la sobrecarga del amor. Es muy fácil que se produzca. Son un obstáculo. Su origen está una vez más en la astucia del demonio, que se apoya en los fáciles escrúpulos, en los temores, en la misma desordenada inquietud de ser buenos, para impedir en realidad que las almas lleguen a serlo con los medios de Dios, ya sean ordinarios o extraordinarios.

Es una desordenada inquietud la que lleva a hacer las cosas de prisa, con medios elegidos por nosotros, con el miedo de no saber hacer. ¡Pero dejemos esto a los pobres humanos que no conocen la infinita bondad, la infinita paciencia y magnanimidad de Dios y del tiempo que Dios concede a quien confía en Él para hacerlo todo y hacerlo bien! ¿Por qué tendríamos que temer, si tratamos con un Padre? ¿Por qué tendríamos que decir: “¡Vamos, vamos, que si no no llego!””, si sabemos que Él tiene el tiempo a su servicio, que el tiempo no puede rebelarse y que, por lo tanto, será tal como Él lo quiere para cada ser? ¿Por qué nos empeñamos en decir: “Debo santificarme con este medio o este otro, con ese ejercicio o ese otro, porque he

165

faltado en esto o aquello”, si tenemos un Maestro que *sabe* con qué medio y en qué aspecto debemos santificarnos, y que provee para que lo hagamos con medios inconcebibles para la criatura humana? No, no hay que hacer así.

Estos errores, que ya son fáciles en los católicos que viven en el mundo, son facilísimos en los monasterios. Muchas son las almas y muchos son los medios y modos de santificación. Una urdimbre única no puede ser suficiente para todas y de una sola manera. El alma debe ser libre porque su esposo es el Libre. El alma debe ser “esposa” porque está casada. ¿Es verdad o no que una no se casa en pañales, sino cuando es capaz de hacer por sí misma al menos lo indispensable para su esposo y para la casa? ¡Oh!, no es fácil santificarse en los monasterios. Salvarse ya es más fácil. Pero recorrer el camino de Cristo, que es todo de oro pero está sembrado de tribulaciones, enrojecido por la sangre, mojado por el llanto, no es fácil. Mas ése es el camino de la santidad.

Hermanita, dile a las hermanas de mi orden que tengan una piedad y una obediencia *amplia y refulgente*. No son esclavas. Son “esposas”. Las esposas no están obligadas a una sumisión supina. Eso queda para los inferiores. Las esposas-reinas tienen el deber y el derecho de saber comprender y aplicar las expresiones y las palabras del Esposo y Rey, las que se dicen en la cámara nupcial del espíritu, antes que cualquier otra manifestación. Se narra en el libro de Ester que ella compareció ante el rey, en el atrio interior, sin haber sido llamada, aun sabiendo muy bien que esa audacia significaba “muerte”. Comprendiendo que Dios estaba en la plegaria de Mardoqueo, vistió

atavíos reales y se presentó en el atrio interior ante el rey sentado en el trono. Y al rey le gustó esa esposa humilde y, sin embargo, majestuosa y le extendió el cetro para consagrarla ante el mundo. Y tanto la quiso, que le prometió que le serían concedidas todas sus súplicas<sup>1</sup>. Ester, que era muy joven pero ya esposa, *supo expresar una voluntad, si bien sometida, libre y clara*. Que mis hermanas no se presten a las insidias humillantes del demonio, que crea escrúpulos para poner en cadenas.

¡Oh, en Lisieux yo era la “última” y la gran Priora era muy potente y tenía una pequeña “corte” muy fiel! ¡Pero cuando entré, el aire de las almas y para las almas era muy viciado; la luz era muy

---

<sup>1</sup> Ester 4, 10-11; 5, 1-8.

166

gris y el espacio muy reducido! ¡Oh, por cierto no bastaba para que las almas renacieran como serafines! Yo, la “pequeñita” me atreví a lograr aire, luz, espacio! No lo hice por soberbia. Sufrí al tener que hacerlo. Pero quería hacer de mi alma un serafín con las alas de oro. De otro modo, ¡habría sido inútil convertirme en una prisionera!... Quería hacer de mi alma un alma “fuerte”. En cuanto al cuerpo, mi medio para ir al Amor era la tisis. Pero no lo era en cuanto al alma. Y para llegar al amor, que es el objeto de la vida cristiana, quise para *todas* lo que quería para mí: aire, luz, espacio, para las alas de los serafines de la Tierra, del monasterio. Yo era el “niño terrible” que decía la verdad, que *quería* la verdad. Verdad es la piedad amplia y trascendente; no es verdad la piedad llena de escrúpulos. A mis hermanas les parecí hecha de una materia extraña. Pero como le gusté al Señor, por esa senda mía que parecía el fruto de la irreflexión de un niño, ahora caminan los que se salvan, porque se hacen “semejantes a los niños, a quienes pertenece el reino de los Cielos”<sup>2</sup>.

Ven hermanita, cantemos nuestro *Magnificat*<sup>3</sup>; cantémoslo nosotras, a quienes Dios vio en nuestra “pequeñez” y, por lo tanto, “nos acogió en su seno, como hace una madre, y nos dio un nombre mejor que el de hijos e hijas, un nombre eterno, *un nombre que jamás perecerá*”<sup>4</sup>».

Sonríe y resplandece tanto que quedo como extasiada...

---

<sup>2</sup> Mateo 18, 2-3; Marcos 19,14-15-1 Lucas 18, 16-17.

<sup>3</sup> Lucas 1, 46-55.

<sup>4</sup> Isaías 56, 4-5.

8 de febrero de 1946

En el momento de la Santa Comunión se me aparece la figura de Pío X, el Papa santo. Es una figura cándida, dulce, afable. Avanza tal como era seguramente en sus últimos días. Algo obeso, agobiado bajo el peso de los achaques, arrastrando ligeramente los pies, con las espaldas encorvadas que sostienen el breve cuello y la cabeza, que los cabellos han plateado, aureolada por luz resplandeciente. Es joven la carne en el rostro senil y la mirada de los límpidos ojos serenos tiene una dulzura virginal. Lleva el blanco atavío de los pontífices pero faltan la esclavina roja y el camauro. ¡Oh, no! Es como

167

si fuera simplemente un sacerdote vestido de blanco en lugar que de negro, y nada más. Pero es tan “él”, que resulta aún más venerable que si estuviera en medio de los fulgores de la apoteosis pontificia, entre estandartes y flabelos, guardias resplandecientes, púrpuras cardenalicias y demás. Es el Papa santo.

Alza la mano pequeña y regordeta para bendecirme. Dice mezclando al italiano su

agradable dialecto:

«¡Oh tú, que has sido bendecida por el Señor y la Virgen Inmaculada!, que el Señor y María estén siempre contigo.

¡Bendita, no te enfades! Prosigue, prosigue por tu camino. Así le gusta al Señor. Sé *simple, cada vez más simple*, como un niño. Como uno de esos niños que nuestro Señor bendito amaba tanto. Nútrete con la Eucaristía porque tú eres la hostia pequeña, que es consagrada sólo cuando en la Hostia grande se transubstancia nuestro Santísimo Señor Jesucristo. Por eso, cuanto más te nutras de la Santísima Eucaristía, tanto más te convertirás en hostia con Él.

¡Oh, bendita! Si hubiera estado yo en el trono de Pedro y me hubieran dicho que había una criatura que se había vuelto “voz” tras haber sido “voluntaria cruz”, no te habría dejado en esta angustia. Te habría confortado con mi bendición, leyendo de rodillas las páginas benditas.

Quédate niña, quédate siempre niña, ¿sabes? Sé siempre un Juan pequeño, pequeñito, con los ojos libres de toda malicia y con el corazón libre de toda soberbia, para comprender siempre al beatísimo Maestro que les enseña para el bien de muchos. Se necesita *Eucaristía y simplicidad*. Es el camino de los niños del amor, el de Santa Teresita y también el mío, pobre siervo del Señor que aún hoy se asombra que, de sacerdote, haya podido llegar a ser Pontífice». (Llora dulcemente, mansamente; es santo en su llanto como en su sonrisa).

Vuelve a alzar la cabeza. Y me mira otra vez, como un niño grande también él, como demuestra su expresión pura. Me sonrío de nuevo.

«Te doy mi bendición. ¿Estás contenta? Te bendigo, alma del Señor y de María Santísima. Prosigue con fe y con paciencia. En el Paraíso, lo único que se recuerda es haber hecho siempre la Voluntad Santísima de Dios y por ello se es bienaventurados. ¡El Paraíso es tan hermoso que no lo iguala ninguna de las cosas bellas que puedas contemplar! No podrías ver cómo es exactamente el Paraíso, porque te estallarían el corazón ante tal belleza.

Cuando tengas la ocasión, mándale mi bendición a esa alma

168

bendita de Sor Giuseppina. Dile que su Patriarca se acuerda *siempre* de los institutos de María Niña Santísima y, especialmente, de los vénetos, los tan queridos de su tierra natal. ¡Que la paz, la paz, recaiga sobre esos lugares y sobre quienes en ellos viven!

Y paz también para ti, ¡oh, niña de mi Jesús! Adiós. Acuérdate siempre del Pontífice de los niños y de la Eucaristía».

Alza nuevamente la mano para bendecir y la candidez de su túnica de lana muda en un resplandor en el cual se transfigura San Pío X, y desaparece. ¡Y ahora también yo puedo decir que he visto a un Pontífice, y qué Pontífice!

¿Habré escrito bien las palabras en dialecto? He tratado de escribirlas tal como las oía pronunciar, pero no conozco el dialecto véneto. Viví siempre en Romaña, en Lombardía, Pavía, Florencia, Reggio Calabria y Viareggio, pero nunca en la región Véneta. Por lo tanto... Pero me ha alegrado mucho que haya hablado así, de un modo familiar, como un buen párroco, precisamente como cuando lo era en su lugar natal (y ya era santo y grande a los ojos de Dios) o como cuando, siendo ya patriarca o, más tarde, pontífice, se detenía a hablar familiarmente con sus íntimos... con los seres simples, con los cuales debía de sentirse muy cómodo el muy humilde y santo Papa Pío X...

9 de febrero de 1946

Ayer noche, mientras sufría mucho, en una verdadera agonía de la cruz entre la sexta y la novena hora, tuve una visión singular.

Veía a un joven Servita, no muy alto y más bien delgado, aunque no esquelético o de aspecto enfermizo. Me hacía acordar un poco al Padre Pennoni, pero no llevaba gafas ni tenía defectos

físicos. ¿Habrá sido un sacerdote o era sólo un novicio? No lo sé. Le veía de frente, llevaba el hábito pero no la amplia capa. ¿Estaba muerto o estaba en éxtasis? No lo sé. Veía que estaba absorto, separado del suelo por un rayo vivísimo y algo oblicuo, que descendía de la Virgen María, del pecho de la Virgen María, que como una imagen gloriosa y vestida de blanco, se presentaba desde lo alto de los cielos para llamar a sí a su siervo. La Virgen era completamente semejante a la Inmaculada de Sor María Catalina Labouré, pero tenía un solo rayo que partía de su pecho, a la altura del Corazón Inmaculado. Yo la veía de perfil y, por eso, no sé decir si se veía también su sagrado Corazón. Veía, en

169

cambio, su gloriosa belleza y la potente luz del rayo de su Corazón, del rayo que, desde lo alto, descendía sobre el Servita y parecía como aspirarle. En efecto, éste se elevaba cerrando los ojos cada tanto y dirigiendo hacia María una mirada de indecible amor. Luego volvía a cerrar los ojos y en su rostro quedaba una sonrisa extática. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho, con los dedos dirigidos hacia los hombros.

¿Era un religioso de estos tiempos? ¿O era un religioso de siglos pasados? No lo sé. ¿Hubo algún beato de esta Orden que fue devoto de modo particular al Corazón Inmaculado de María? ¿Quizás haya muerto en estos días un joven novicio o sacerdote perteneciente a esta Orden? No sé nada. Narro lo que vi. El lugar en que parecía desarrollarse la escena era, a mi parecer, una iglesia, precisamente la nave menor de la derecha, junto a una capilla, de la que veía solamente la abertura. En cambio, la Virgen parecía estar directamente sobre el altar mayor, pero muy en lo alto, en el Cielo.

*10 de febrero de 1946*

*Nota.*

Habiendo leído esta descripción del joven y desconocido Servita que ascendió a la gloria por obra de María Santísima, el Padre Migliorini me ha traído esta mañana un librito en cuya portada se ve el retrato de un joven Servita que reconozco enseguida por ser el que ya he visto. La única diferencia es que en la visión no llevaba gafas y su rostro era algo más delgado, pero no mucho.

Yo no sabía que había existido Fray Venancio M. Quadri<sup>1</sup> ni que había muerto en concepto de santidad. Lo ignoraba completamente, hasta el punto que estaba indecisa entre considerar si había visto un éxtasis del beato Juan Ángel o si había muerto el Padre Pennoni y la Virgen quería hacerme comprender que la misericordia de su sagrado y materno Corazón junto con mis plegarias, le habían hecho absolver de todas sus culpas, por lo que la muerte había significado su ingreso en el Paraíso. En realidad, éstos fueron mis pensamientos tras la visión.

---

<sup>1</sup> Se trata de un clérigo profeso perteneciente a la Orden de los Siervos de María (1916-1937).

170

Me alegra saber quién es el beato. Y no vacilo en declarar que, así como le he reconocido sea en el retrato de la portada, sea por la posición de los brazos y de la cabeza ligeramente inclinada a la derecha en el dibujo de M. Barberis que está en la página 47 del libro, del mismo modo estoy convencida de que él está en la gloria, gozando de la visión de Dios Uno y Trino y de María Santísima, que me lo hizo ver primero envuelto en el rayo amoroso y purísimo que partía de su Sagrado Corazón y luego elevado al Cielo por Ella, la Madre hermosa y purísima...

Nuestro Señor me dice que transcriba mi acto de ofrenda, el himno a Jesús Crucificado y otras cosas espirituales que han preparado el estado actual. Obedezco, pero antes escribo estas breves notas.

El día de la Santísima Trinidad de 1925, yo había hecho solemnemente la ofrenda como víctima del Amor misericordioso. Pero luego, impulsada por una fuerza particular y por una premonición referida a los hechos mundiales (que luego se cumplió) que duró desde julio de 1930 hasta mayo de 1931, sentí la necesidad de aconsejar, sirviéndome de la publicación de la Acción Católica Femenina, una verdadera cruzada de almas víctimas para salvar el mundo. Pero esta propuesta, que yo sentía que me había aconsejado Dios, fue rechazada muy duramente el 17 de mayo de 1931. Se dijo que no había necesidad de tal cruzada porque tanto en Italia como en las demás naciones las relaciones entre la Iglesia y el Estado, así como entre un Estado y otro, estaban en perfecto orden. Visto que sólo 14 días después Dios desmintió, con una dolorosa prueba (la lucha contra la Acción Católica) el excesivo y fácil optimismo, decidí hacer por mi cuenta lo que los demás consideraban inútil hacer. Recordando estas palabras de Santa Teresita del Niño Jesús, me hacía temblar un poco la idea de ofrecerme a la Justicia: “Si os ofrecierais a la Justicia, tendríais que temblar; si os ofrecierais al Amor misericordioso, no. El Amor os tratará con misericordia”. Mientras estaba en estas dudas, llegó el día del Sagrado Corazón de Jesús, en junio de 1931. Durante la Misa cantada por las jóvenes del Círculo, inmediatamente después del Gloria, se me presenta la visión mental y la comprensión mental de todas las desgracias que nos han torturado en los últimos 10 años. Es una contemplación apocalíptica... Me coge una tremenda angustia y un llanto incontenible, hasta el punto que no veo nada

171

más, nada más que el abismo en el que está precipitando el mundo y la necesidad de colocar víctimas como puntales que sirvan para impedir o, al menos, retardar la carrera del mundo hacia el precipicio. Al final de la Misa, tienen que transportarme fuera de la iglesia, porque lloro tanto que no logro ver nada... Apenas llego a casa, escribo mi acto de ofrenda, que luego hice solemnemente en el día de la Preciosísima Sangre<sup>2</sup>. Helo aquí:

Acto de ofrenda como víctima a la Justicia y al Amor.

¡Oh, Dios mío, origen y fin de toda potencia, de toda sabiduría, de todo bien, Amor eterno y no creado! ¡Oh, Santísima Trinidad!, que seas bendecida ahora y siempre; que seas amada y adorada por los siglos de los siglos.

Aunque soy mísera y pecadora, desde el abismo de mi nulidad me atrevo a elevar mi corazón y mi vida, todo mi ser, hacia Ti, beata Trinidad, y a ofrecer esta nulidad mía como hostia de expiación y de amor por la venida de tu reino, por el florecer de tu paz, por la redención de las almas, de los que amo y conozco, de las que amo entre todas las demás por los lazos que me unen a ellas y así también de las que no conozco o que son hostiles hacia mí. Y lo hago para que este amor hacia Ti se difunda e invada toda la Tierra y para que el Reino de Cristo se establezca en ella llevando a los hombres la paz, esa paz que proviene solamente de Ti; para que las almas se dirijan a Ti, fuente de agua viva que sacia todas las formas de sed y da la vida eterna.

¡Oh, Dios!, que este sacrificio que te ofrezco por intercesión de María Santísima y de San José, pueda seros grato aun en su pequeñez. Es todo lo que puedo darte y lo ofrezco con júbilo por la conversión de las almas, por la paz mundial, por la prosperidad, tranquilidad, paz y demás bienes de mi Patria, por el triunfo de la Iglesia sobre sus enemigos, porque vuelvan a Dios esas naciones que en estos momentos son presa de Satanás y de los cismas, por la perfección del Sacerdocio, por mi eterna salvación, la de mis padres y la de todas las almas que he amado, que están formadas en tu Ley y orientadas a Ti.

Si comparara el resplandor de tu potencia con mi miseria, quedaría anulada ante tanta omnipotencia; si comparara mi nulidad y mi culpa con tu Perfección, tendría que huir por no ser digna de estar

---

<sup>2</sup> Los hechos que se recuerdan aquí están narrados más ampliamente en la

“Autobiografía”, escrita en 1943.

172

ante Ti. Pero yo *me fío de Ti*, tal como a Ti te gusta, y me entrego por completo a Ti con mi pasado, mi presente, mi futuro, con mis culpas, con mis esfuerzos hacia el bien, con mis caídas, con mis inmensos deseos de amor hacia Ti y hacia las almas. Pienso que Tú eres Amor, Misericordia, Bondad. Pienso que eres el Padre, el Hermano, el Esposo de nuestras almas. Pienso que eres la Caridad hecha carne y que no niegas a nadie tu pecho amoroso. Por lo tanto, estoy segura de que te inclinarás piadosamente sobre esta pequeña esclava tuya para acoger su ofrenda, para oír su plegaria, para acceder a sus deseos.

¡Oh!, me quedaré a tus pies hasta que así lo quieras, esperando que tu sonrisa me diga que mi ofrenda te agrada y no me asustará la espera porque sé que es una prueba a la que me sometéis para comprobar mi fe, ni tampoco me asustará mi nulidad porque la revestiré con los méritos de mi Dilecto, que vive en mí. Para presentarte mi ruego, ¡oh, Eterno!, repito las palabras inefables de mi Verbo adorado, de mi Maestro y Redentor: “Padre, perdona a los hombres porque no saben lo que hacen; perdónales por los méritos de Cristo, de María, de los Mártires y Santos. *Y si para aplacar tu Justicia ofendida se necesitan nuevas hostias de expiación, heme aquí, ¡oh, Padre! Inmólame por la paz entre Dios y el hombre, entre el hombre y el hombre y por la venida de tu Reino*”.

¡Oh, mi Dilecto!, tu corazón sangra porque está herido incesantemente por la marea de culpas que invade la Tierra y tu sed de amor aumenta día a día mientras la humanidad se aleja de Ti. ¡Oh!, tómame como hostia consoladora de tu amor infamado. Querría renovar esta ofrenda todas las veces que te hiere una culpa y que es proferida una nueva ofensa contra la Santísima Trinidad. Querría ser inocente y con más méritos para poder consolarte más. Querría que junto conmigo hubiera filas de almas listas para ofrecerse a tu amor. Pero soy pobre, estoy sola y también soy culpable. Pero no me desalienta mi incapacidad, ni mi miseria, ni mi soledad. Soy como te place y esto me basta y me alienta para ofrecermé a Ti. Tú has puesto en mi corazón esta sed de amor y de inmolación, que sigue creciendo, y esto me demuestra que Tú me quieres también a mí, que soy pobre y débil, que soy una nada que se pierde ante tu inmensidad.

Porque conozco muy bien mi pequeñez, te ruego que no me trates como esposa o hermana. Tú eres el Dueño del Cielo y de la Tierra, yo soy un átomo de polvo... Tú eres el Rey de los reyes, yo soy la úl-

173

tima de tus súbditos. Pero, del mismo modo que en un palacio están las personas más íntimas del soberano y transcurren con él los días en afinidad afectiva, y también están los servidores, cuyo único deber es obedecer, así deseo que me consideres una servidora o menos aún, ¡oh, Dilecto mío! Quiero ser la esclava cuyo único fin es *servir con humildad y fidelidad* a su Señor. Quiero ser el ciego instrumento usado para lograr en la Tierra el triunfo del Amor misericordioso; quiero ser la humilde doncella que da todo su ser por la causa de su Rey; quiero ser la criatura que está en el polvo al pie de tu trono para cubrir con su pobre canto el blasfemo alarido de los pecadores, para consolar con su fiel amor tu Corazón traspasado, para obtener para Ti muchas almas por medio de su oscuro sacrificio. ¡Oh dilecto Jesús!, Tú mismo has dicho que el amor más grande es el de quien da la vida por sus amigos. Pues bien, heme aquí, vengo, me ofrezco a Ti, mi único y perfecto Amigo, para que tu Reino se establezca en la Tierra y en el corazón de los hombres.

También has dicho: «Cuando haya ascendido, atraeré a todos hacia Mí». También yo, para imitarte, quiero seralzada sobre la cruz del dolor, sobre tu Cruz de salvación, que la mayor parte rehuye aterrorizada; también yo quiero ser crucificada contigo y por Ti; quiero expiar por los que pecan; quiero obedecerte por los que se rebelan; quiero bendecirte por los que te maldicen; quiero amarte por los que te odian; quiero suplicarte por los que te olvidan; en una palabra, quiero vivir en un acto de amor perfecto, refiriéndolo todo a Ti, viéndote en

todas las cosas, amándolo todo por Ti y en Ti, aceptando todo lo que proviene de Ti, ¡oh, mi Bien infinito!

¡Oh, mi Dilecto!, por la cruz que te pido, por la vida que te ofrezco, por el amor que anhelo, hazme víctima feliz de tu Amor misericordioso. Haz que yo viva en él y de él, que obre bajo su impulso, que cada uno de mis gestos, de mis palabras, de mis pensamientos y acciones, lleven el sello de ese amor tuyo. Que él sea mi escudo y mi purificación, mi júbilo y mi martirio; que sea una fusión cada vez más íntima contigo, hasta alcanzar la última fusión, en la que el alma libre vuele a unirse contigo para adorarte y amarte perfectamente por la bienaventurada eternidad.

Mis dos pequeñas Coronas para las 5 Llagas.

*Te adoramos, ¡oh, Cristo!, y te bendecimos porque por tu Santa Cruz redimiste el mundo.*

174

¡Oh, Jesús mío!, adoro la Santísima Llaga de tu mano derecha y te ruego, por el dolor que te dio, que me concedas el espíritu de caridad. Padrenuestro, Ave y Gloria.

¡Oh, Jesús mío!, adoro etc., etc... de tu mano izquierda y, por... te ruego que me concedas el espíritu de contrición. Padrenuestro, Ave y Gloria.

¡Oh, Jesús mío!, adoro etc., etc... del pie derecho y por..., te ruego que me concedas el espíritu de apostolado. Padrenuestro, Ave y Gloria.

¡Oh, Jesús mío!, adoro etc., etc... del pie izquierdo y, por..., te ruego que me concedas el espíritu de sacrificio. Padrenuestro, Ave y Gloria.

Adoro la Santísima Llaga de tu costado y, por amor de ella, te ruego que aceptes mi ofrenda de víctima a la divina Justicia y a tu Amor misericordioso. Padrenuestro, Ave y Gloria.

¡Oh, Jesús mío!, por el dolor de tus carnes santas e inmaculadas, traspasadas por tu don de amor, te ruego que me concedas lo que te pido. Fortaléceme con la Sangre santa que vertieron tus llagas, purifícame con el agua brotada de tu corazón desgarrado, enciéndeme el alma con el resplandor de tus heridas divinas, haz que los rayos de amor que parten de ellas se claven en mi corazón como dardos candentes e impriman la huella de tu Cuerpo traspasado, para que pueda convertirme en una crucificada por el amor. Por el amor de tus Santísimas Llagas, otórgame una sed de Ti cada vez más ardiente, un ensimismamiento en Ti cada vez más profundo, una caridad cada vez más arrebatadora, que me lave y purifique de las culpas y me disponga para el Cielo.

Otra pequeña Corona para obtener resignación.

*Adoramos, etc., etc.*

¡Oh, Jesús mío!, adoro la Santísima Llaga de la mano derecha y, por amor de ella, te ruego que me concedas el don de la resignación en los sufrimientos corporales. Padre nuestro, Ave y Gloria.

¡Oh, Jesús mío!, adoro etc, etc... de la mano izquierda y te ruego, por amor de ella, que me concedas el don de la resignación en las penas morales. Padrenuestro, Ave y Gloria.

¡Oh, Jesús mío!, adoro etc., etc... del pie derecho y, por... te ruego que me concedas el don de la resignación en los sufrimientos espirituales. Padrenuestro, Ave y Gloria.

175

¡Oh, Jesús mío!, adoro etc., etc... del pie izquierdo y, por... te ruego que me concedas el don de la resignación en los sufrimientos, en las amarguras, en los desalientos de las enfermedades, en las ofensas, en las traiciones, en los abandonos y en las crueldades de las criaturas. Padrenuestro, Ave y Gloria.

¡Oh, Jesús mío!, adoro etc., etc... de tu costado y por... te pido que me concedas la resignación ante la muerte; es más, te pido la calma, la paz, el gozo en el morir. Te ruego: haz que yo expire en un ansia de amor por Ti.

¡Oh, mi adorado Señor, crucificado por mí, Mártir divino por amor nuestro!, te ruego que me des la gozosa voluntad de sufrir. Aumenta en mí el amor hacia Ti a medida que

aumentas la pena. Si las llamas de la caridad logran inyadir totalmente mi alma, será dulce para mí sufrir y morir por tu amor y por el amor de las criaturas.

Corazón de Jesús, sé siempre mi bien y mi amor.

¡Oh María, Madre mía!, cuando sobre mí ruge fragorosamente la tempestad y pesa más la cruz, dame la dulzura de tu sonrisa; cuando el alma sufre por la pasión, dame el consuelo de tus caricias; cuando la muerte me causa temor, dame tu regazo para refugiarme y tu corazón de Madre para confortar mi debilidad. ¡Oh, Madre mía!, a ti confío mi vida y mi agonía. ¡Que yo pueda morir entre tus brazos para despertarme en el Paraíso!

Piadoso patriarca San José, en el momento extremo, ven a mi encuentro para guiar mi alma en el último viaje, el de la salvación. Que tu mirada haga huir al tentador infernal y que mi alma se refugie entre tus brazos, que fueron una cuna para el Salvador, y que desde ellos alce el vuelo hacia el Amor eterno. San José, sé mi escudo en la batalla final, para que yo muera en Cristo.

Ángel santo, que me has sido donado por la piedad de Dios, perdóname por el escaso amor que te he dado hasta hoy. Haz que, de aquí en adelante, yo te ame y te honre siempre y quédate siempre junto a mí, aún más en la hora de la muerte, para que el Maligno no pueda turbar la serenidad del tránsito, de modo que yo expire con cristiana fidelidad y sumisión a la Voluntad eterna. Ángel mío, en la muerte acompáñame a mi Jesús.

21-2-1934.

176

¡Oh, San Francisco de Asís, padre mío!, por ese amor con que Jesucristo te amó y con que tú le amaste, te ruego que me obtengas el sufrimiento y el amor que impetraste para ti mismo. No te pido la gloria visible de los estigmas, de los que no soy digna, sino la íntima coparticipación en las penas y el amor de Jesús y también en el tuyo, de modo que yo, imitándoos, muera de amor por Dios y por las almas.

11-3-1934.

Mi calendario místico.

14 de marzo de 1897. Nacimiento en la calle G. B. Vico, de Caserta.

24 de marzo (?). Bautismo en la iglesia de Santa Helena.

2 de octubre de 1901. En el Instituto de las Ursulinas de Milán, en la calle Lanzone: mi primer encuentro con Jesús el Apasionado.

18 de marzo de 1904. Primera confesión en el Instituto de las Ursulinas.

30 de mayo de 1905. Confirmación en el Instituto de las Marcellinas de Milán, en la calle Quadronno.

5 de octubre de 1908. Primera Comunión en Casteggio, con las Hermanas de Nevers y consagración a la Virgen Inmaculada.

4 de marzo de 1909. Me inmatriculan en el Colegio Bianconi de las Hermanas de Caridad de Santa María Niña y de la Capitanio.

1° de junio de 1910. Soy Hija de María.

11 de noviembre de 1912. Ejercicios memorables... Propongo este tema: "Sacrificio y deber en todas las cosas y en todos los tiempos" y me nace la vocación del dolor por amor.

11 de junio de 1916. Sueño de admonición. Jesús me dice: «No basta no cometer el mal. También es necesario no desear cometerlo». Esto refrena los desconciertos motivados por muchos dolores morales.

11 de febrero de 1922. San Francisco de Asís habla a mi corazón...

1° de enero de 1923. «¡Sitio! (¡tengo sed!). Dame almas por salvar para que te las entregue y toma todo lo demás...».

1° de enero de 1924. Renuncia al mundo y a los afectos para alcanzar la salvación, mía y de muchos otros. Voto de castidad.

28 de enero de 1925. Santa Teresita del Niño Jesús...

Santísima Trinidad, 1925. Acto de ofrenda al Amor misericordioso.

177

4 de mayo de 1928. Esclavitud en María Santísima, según el Beato Grignon de Monfort.  
21 de mayo de 1929. En Castelverde de Cremona. Primer tañido de la muerte y del dolor. ¡Viva el amor!

25 de junio de 1929. II° jubileo. Voto de castidad, de pobreza y de obediencia.

6 de noviembre de 1929. Postulante de la III<sup>era</sup> Orden franciscana.

29 de diciembre de 1929. Acción Católica Femenina.

Viernes Santo de 1930. La agonía en la iglesia durante la función de las tres horas de agonía. Primer ataque de angina pectoris.

29 de junio de 1930. «Ecce Sponsa Christi! Veni!... » y así el amor acelera las lesiones cardiacas y me consume.

23 de noviembre de 1930. Tomà del hábito de la Tercera Orden franciscana y renovación de los votos y ofrendas.

1° de julio de 1931. Acto de ofrenda como víctima a la divina Justicia y al Amor. Se trata de *mi* acto de ofrenda.

4 de enero de 1932. El ángel custodio y el síncope...

18 de diciembre de 1932. Al agravarse la enfermedad, empieza mi clausura.

7 de abril de 1933. Viernes de Pasión. Para acelerar la inmolación, repito el acto de ofrenda con el patrocinio de la Santísima Madre Dolorosa.

Viernes Santo de 1934. Adorando a Jesús Crucificado, ardiendo de amor pleno de compasión, ardiendo de deseo de inmolación, canto mi salmo en alabanzas del dolor y del amor (Véase más adelante).

1° de abril de 1934. Pascuas de Resurrección. Jesús resurge. Yo estoy clavada en el lecho... Mi corazón ha cedido tras el ardiente arrebató del viernes.

18 de abril de 1934. Siempre con el fin de acelerar el fuego devorador, renuevo el acto de ofrenda y uno al patrocinio de María el de San José, de quien hoy se celebra la fiesta del Patrocinio.

21 de abril de 1934. ¡Santifiquemos y usemos el dolor! Me convierto en patrocinadora del sufrimiento.

30 de junio de 1935. Muerte de mi padre... y, aun estando en la misma casa, Jesús me pide el sacrificio de no asistirle, de no saludarle, de no verle...

5 de octubre de 1938. Soy hermana de la Congregación de la Santísima María Niña, bajo cuyo patrocinio renuevo todas mis ofrendas.

178

9 de febrero de 1939. Suplico: «Señor, salva a esta pequeñita y haz que su mal se transfiera a mí, para que este padre no pierda la esperanza y la fe en Ti». Y, de este modo, me enfermo de pleuritis, mientras Ana María, cuya muerte se esperaba de un momento a otro pues ya estaba agonizando, se salva milagrosamente. Hacía tres meses que estaba enferma; primero la atacó una pulmonía y tras varios abscesos pulmonares, se le formó gangrena, cuando tenía apenas 15 meses...

1° de abril de 1940. Comienza mi correspondencia con Giuseppe acerca de sus teorías, etc., etc.

4 de junio de 1941. Veo que la misteriosa puerta se abre dejando pasar un haz de luz; desde el interior, una Voz me dice que no desprecie a Giuseppe Belfanti, sino que, por el contrario, tenga para con él profunda caridad, porque puede que haya encontrado misericordia ante el divino Corazón por su búsqueda de Dios, aunque la haya practicado por caminos equivocados.

2 de marzo de 1943. Después de haberme hablado como si fuera una voz desconocida que me llegara en sueños o cuando estaba despierta, la Voz se hace reconocer como la de Jesús y, acompañando las palabras con el gesto de sus manos que me estrechan contra su pecho, me dice con claridad: «Pero te quedo Yo...»<sup>3</sup>.

23 de abril de 1943. Viernes Santo. El primer dictado <sup>4</sup>.

4 de octubre de 1943. Muere mamá... y, a pesar de estar a pocos metros de distancia la una de la otra, como en el caso de la muerte de mi padre se me niega la posibilidad de asistirle, de saludarla, de verla...

Diciembre de 1943. Las visiones.

Del 25 al 31 de marzo de 1944. Toma del hábito y Profesión en la Tercera Orden de los Siervos de María.

Del 10 de abril al 9 de mayo de 1944. ¡Suenan la hora del Getsemaní!, la hora entre la sexta y la novena. Es la atrocidad del sufrimiento que el Cielo no consuela. Es la hora del infierno...

9 de mayo de 1944. Vuelve la Palabra. El sufrimiento es atroz, pero me ayuda Jesús, mi Cireneo.

---

<sup>3</sup> Los datos dispuestos aquí en orden cronológico están tratados en la “Auto-biografía”, escrita entre febrero y abril de 1943.

<sup>4</sup> Véase “Los cuadernos. 1943”. Casi todos los hechos siguientes pueden ser localizados a través de las fechas en “Los cuadernos. 1943” y “Los cuadernos. 1944”.

179

4 de julio de 1944. La tentación. Satanás intenta explotar la ofensa que recibí de parte de los beneficiados, tentándome violentamente para que les maldiga simulando la “Voz”. Fue una lucha muy dura, que superé por el amor de Dios.

15 de julio de 1944. Se difunde la paz para consolarme de la crueldad de los hombres y de las violencias tentadoras de Satanás.

11 de agosto de 1944. La promesa. Contrariando las palabras de los hombres pesimistas, la Voz dice: «Dentro de pocos días seréis liberados». Y, en efecto, el 3 de septiembre somos liberados y logro comprobar cada vez más el egoísmo humano y cada vez más me estrecho a Dios para poder perdonar... perdonar... perdonar para obtener un alma para Dios.

16-17 de octubre de 1944. Tras 4 años y 6 meses de lucha, Giuseppe se convierte, abandona la herejía, se libera del espiritismo. (Véase más adelante).

10 de noviembre de 1944. ¡Vivo en absoluto abandono en este exilio! Sólo está Dios y el perdonar... perdonar para terminar de convertir...

24 de diciembre de 1944. Vuelvo a casa. Consagro la casa también a la Virgen de Fátima, tras haberla consagrado al Sagrado Corazón de Jesús y a San José.

5 de octubre de 1945. La Extremaunción. Ofrezco la penitencia de la muerte por la vida espiritual de Giuseppe, que en estos meses no ha progresado mucho por lo que se refiere al alma y que, como pariente, ha obrado mal. Mas he perdonado siempre para alcanzar el fin, siempre he ofrecido para este fin los sufrimientos provocados por su conducta...

21 de noviembre de 1945. Primera Confesión y primera Comunión de Giuseppe a los 65 años. ¡Gracias, Señor!

Y también podría anotar las fechas, igualmente místicas, de los latigazos (entre el 10 y el 20 de noviembre de 1944), del cáliz de la Sangre divina (alrededor de las Pascuas de 1945), del cáliz del Getsemaní (octubre o noviembre de 1945), pero no tengo ganas ni fuerzas para buscar las fechas exactas.

Éste es hasta hoy mi calendario místico.

A continuación de la fecha 16-17 de octubre, adjunto aquí la copia de lo que Giuseppe escribió al pie del “dictado” dirigido a él. Dicho dictado se lo entregué al Padre Migliorini junto con otras hojas

180

referidas a Giuseppe y a los fenómenos relativos a los médium.

Con fecha 23-10-44, Giuseppe escribió: “Leo el mensaje que en su infinita bondad el Maestro ha querido enviarme. Estoy conmovido y contento por este inmenso bien, que ha mitigado el dolor experimentado en estos días al saber que mi empresa ha sido destruida *por completo*, que han destruido o robado todos mis bienes terrenos y que, por eso, tras tantos años de laboriosidad que me llevaron al bienestar, me veo ahora en la miseria. A ese bien

terreno que he perdido, se opone un bien mucho más grande: el de haber sido perdonado por el Maestro. Por lo que se refiere a lo que el Maestro dice en su mensaje, ésa es la *pura verdad*. Yo estaba en contacto con un amigo que creía ser, en buena fe, un ‘portavoz del Maestro’. Tenía también otro amigo, que estaba poseído completamente por la Bestia, pues *sostenía y creía firmemente* que un día muy cercano iba a convertirse nada menos que en ‘un mandatario de Jesús en la Tierra’. Pero a éste yo ya le había comprendido. Varias veces le expresé a María mi fuerte deseo de conocer la *verdad* en cuanto al presunto ‘portavoz’ de Reggio Calabria y no esperaba recibir tanta bondad de parte del Maestro, que me ilumina acerca de mi buena fe y me demuestra claramente que yo estaba siguiendo un camino errado. ¡Gloria y gracias a Él y que su Nombre sea siempre bendito”. Firmado: Giuseppe Belfanti.

Himno al amor y al dolor.

Viernes Santo de 1934.

Él es el Hombre de los dolores, el Predilecto de mi corazón. Para asemejar a Dios, también yo debo sufrir.

Por lo tanto, venid a mí, a mí, ¡oh amadas espinas, oh dulces clavos! Fustigadme, fustigadme, pues la esposa quiere adornarse con las joyas de su Rey.

Mira qué lánguida es su mirada, qué abrasada su boca, mientras ruega en la cruz por la perversa humanidad.

Corazón mío, ¿oyes la “Voz”, que murmura entre sollozos las palabras de amor?

¡Cuán grande es su dolor! Él muere por nosotros y perdona y promete el Paraíso e, inclinando el dulce rostro, dice «¡Sitio! (¡Tengo sed!)» y espera nuestra piedad.

«¿Qué puedo darles a tus labios benditos, a tu corazón dolorido, para calmar la extrema congoja?

¿Con qué bálsamo puedo aliviar tu pecho, oh Redentor?».

181

«Puedes hacerlo con tu fiel afecto y con tu generoso sufrimiento».

¡Oh, venid a mí, a mí, dulces espinas y amados clavos! ¡Ceñidme, fustigadme, clavadme al duro madero! Que la cabeza de mi Rey se pose sobre mi pecho, sobre mi corazón. Quiero secar su llanto, refrescar su fiebre, confortar su agonía con mi afecto, con mi amor.

¡Bendito sea el dolor que me hace igual a Ti!

¡Bendita sea tu cruz que me eleva hasta el Cielo!

¡Bendito sea el amor que le da alas a mi sufrimiento!

¡Bendito sea aquel día en el que tu mirada me ha hechizado, y más bienaventurado aún sea el momento que me ha consagrado a Ti, mas, oh Redentor, es seráfico el tormento que me une a la cruz, al dolor, para tu gloria, oh Dios!

¡Oh, venid a mí, a mí, dulces espinas, amados clavos! ¡Adornadme y esculpid en mí los rasgos de *mi* Rey!

¡Ven, ven, duro madero de la cruz, teñido de púrpura! ¡Aquí abajo, sólo a ti buscaré como sostén! El Redentor me espera allí arriba, en el Cielo, en medio de fulgentes destellos, no ya lánguido y gimiente, sino resplandeciente por la eternidad.

Un día volaré hacia Él, adornada con la cruz, consumida por su amor, con la cabeza ceñida por sus espinas.

Y Él, en medio de seráficos fulgores y de ángeles que alaban al Señor, mudará los tormentos y dolores en cuantiosas piedras preciosas.

¡Bendito sea el dolor, bendita sea la cruz, bendito sea el amor que se cumplirá en el Cielo!

*11 de febrero de 1946*

A las mozelas de Narni y también a Emma y a Pia<sup>1</sup>.  
Dice Jesús:

«El que, con la mano en el arado, se vuelve a mirar el pasado y las posibilidades del pasado, o que mira a uno y otro lado y se detiene a meditar sobre lo que en ellos puede ser estimulante, no es apto para el Reino de Dios»<sup>2</sup>. También se ha dicho: “El que desee construir una torre y no calcule antes los gastos y las dificultades

---

<sup>1</sup> Debe de tratarse de Emma Federici (véase la nota 2 del texto del 10 de enero de 1945) y de jóvenes compañeras suyas.

<sup>2</sup> En el caso de la presente cita (libre y ampliada) así como en el de las siguientes, agrupamos las referencias de los relativos trozos en el orden en el que se encuentran en la Biblia: Mateo 5, 13; 7, 22-27; 11, 7-10; 25, 11-12; Marcos 9, 48; Lucas 6, 46-49; 7, 24-27; 9, 62; 13, 24-27; 14, 28-30 y 34-35; Juan 10, 11; 13, 27; Apocalipsis 3, 1-3 y 15-16 y 20.

182

que encontrará para llevarla a cabo, soportará las burlas de los demás y tendrá que abandonar la tarea de inmediato”. También se ha dicho: “Buena es la sal mas, si pierde su sabor ¿para qué servirá? No servirá para nada, la arrojarán afuera y la pisotearán”. Podría continuar aún con mis palabras antiguas para recordaros que no es éste el modo con el que se responde al amor de Dios.

Os recuerdo el espléndido elogio que fue hecho por Mí al Bautista: “¿Qué fuisteis a ver en un desierto; acaso una caña agitada por los vientos?” y se comprende que no se trataba de una caña inútil y aturdida; por el contrario, se comprende que habían ido a ver al que era más que un hombre, más que un profeta. Al que era un “ángel”. El ángel que, por haber servido firmemente al Señor desde el nacimiento hasta la muerte, mereció preparar las vías del Señor. En verdad, en verdad parece que habéis construido vuestra casa sobre la arena y no sobre la roca. No me habéis amado *por Mí, en Mí*. No me habéis dicho “sí” por amor, *sino por ligereza y cálculo*. Y el viento de las contrariedades, que aviva a los que son verdaderas llamas, en cambio os enfría.

¿Queréis merecer que os diga: “Yo no os conozco” cuando vengáis a mi presencia? ¿Queréis que se os apliquen las palabras del Apocalipsis: “Conozco tus obras y sé que tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto. Vigila y reanima lo que te queda y que está a punto de morir... Recuerda lo que recibiste: mi elección, el nombre de ‘esposa de Cristo’, que borra toda ignominia; recuerda lo que oíste: la llama de mi amor que te decía: ‘Ven’; cúmplelo y haz penitencia”? ¿Y aún estas otras: “Puesto que eres tibio, que no eres ni frío ni caliente, empezaré a vomitarte de mi boca”?

¡Oh!, en verdad Yo estoy ante la puerta de vuestros corazones y golpeo y digo: “¡Ábreme, oh hermana, oh esposa mía!”. Mas vosotros cerráis la puertecilla que da a la abrupta senda por la que llega el Amador para haceros recorrer “*su*” camino y conduciros al Cielo y abris, en cambio, la puerta ancha que da a los cómodos y atrayentes senderos del mundo, en los que hay sólo *apariencias* de gozo pues, detrás de ellas, existe la realidad de una inquietud, de penas, de burlas, de condenas, también la mía, que llegará por último, cuando

183

os diga: “Yo no os conozco”. Y podría hablaros de este modo sólo por caridad pues, si no la tuviera, tendría que deciros: “¡Alejaos de Mí, oh vosotros que me habéis traicionado y despreciado!”.

Despertaos, obrad, sed santas. No me agrada vuestra conducta. No tenéis caridad ni para con Jesús ni para con vuestra madre. La habéis crucificado y ahora la confirmáis en la cruz sin piedad, sin franquearos con ella, olvidando lo que le costáis, demostrando ingratitud por lo que sufre y sufrirá por vosotras. Mas cada santo tiene sus enemigos y los que más le demuestran su enemistad son los más amados entre ellos. Pues bien, al menos sed sinceras, sed decididas en vuestro obrar. Os digo lo que le dije a Judas Iscariote: “Lo que quieres

hacer, hazlo pronto”. Eso os digo.

Y a ti, a ti que estás sufriendo, te estrecho contra mi Corazón. Aunque todo el mundo te falte, Yo no te faltaré. ¡Oh, esposa mía, coronada con mi espinosa corona!, Yo no te condenaré. Aunque hayas errado como criatura, tu sufrimiento actual te absuelve *por completo*. Y ten la seguridad de que mi paz será el torrente de gozo que te embriagará cuando el dolor se haya acabado.

¡Oh, Pia!, también a ti, que estás expiando y que quizás tiembles por haber merecido mi desprecio, te digo: “Yo soy el Pastor bueno”. El sufrimiento es expiación y Dios lo envía a los que ama y que quiere ver perdonados en la hora de la muerte.

Vosotras dos quedaos con mi paz. Con mi paz...».

11 de febrero de 1946. Nuestra Señora de Lourdes.

*14 de febrero de 1946*

Viene el médico; ha sido llamado para comprobar el continuo empeoramiento de mis numerosos achaques: los edemas que van extendiéndose, las complicaciones fundamentales de mi pleuritis, etc. Mientras me visita y habla o, mejor dicho, mientras habla después de haberme visitado, y se muestra afable y deseoso de dar un poco de alivio a una enferma, despertando su interés por una u otra cosa, la voz espiritual de Azarías me dice:

«Éste es uno de tus testigos. El testimonio de un médico tiene un *gran* valor en el caso de las comprobaciones futuras sobre una criatura de Dios y, especialmente, para las criaturas que son “portavoces”, como lo eres tú. Sólo el *médico de cabecera* puede decir si

184

el individuo es un enfermo o un seudo enfermo, si es equilibrado o si padece de psicosis simulatorias que pueden explicar adecuadamente ciertos fenómenos. Recordad el valor de los testimonios médicos con relación a criaturas predilectas por Dios. Recordad a Fernanda Lorenzoni<sup>1</sup>, cuyos médicos conocían y respetaban los secretos de Dios albergados en ella. Además, el hombre que tienes delante de ti es un espíritu bueno. Por lo tanto, no le descuidéis. Tú habla, pide el certificado y *llega hasta el punto de solicitarle un certificado de tu resignación y de la resistencia de tu cuerpo enfermo, que no se puede explicar desde un punto de vista humano. Que luego el Padre diga claramente lo demás para obtener un certificado útil*. El médico debe observar el secreto profesional como el sacerdote. Entonces, ¿por qué manifestar tantos escrúpulos con él si el hecho ya es público, para más con versiones no siempre honestas y caritativas? ¿Dudas del hombre? Dentro de poco, él mismo te quitará esa duda. Habla, como te he dicho, para gloria de Dios».

Entonces le dije: «Doctor, ahora que me ha visitado varias veces y que ha visto las diversas fases de mi enfermedad y mis agravamientos, haga ese certificado que quiere el Padre Migliorini».

«A propósito, explíqueme un poco, con claridad, para qué sirve y qué tengo que decir, en qué sentido tengo que hacerlo. Porque soy muy correcto y, si se trata de un diagnóstico clínico, quiero hacerlo de modo muy detallado y preciso, referido a todos los órganos, con exámenes radiológicos, etc. , etc. Pero si se trata de un juicio sobre la gravedad de los sufrimientos, puedo hacerlo de otra manera».

«Se trata de darle al Padre un certificado para adjuntarlo a la memoria que, tras mi muerte, se escribirá acerca de mi caso, como de costumbre hacen los sacerdotes en el caso de una criatura que ha sufrido una larga enfermedad que, por el modo en que se desarrolla y es soportada, lleva a pensar en la existencia ya sea de fuerzas espirituales que desean dicha enfermedad y también la larga duración de la misma, ya sea de fuerzas espirituales presentes en el enfermo por un espíritu de profunda religión. Lo único que quiere saber el Padre es si yo, considerando el caso desde un punto de vista humano, puedo estar viva a pesar de todo lo que padezco desde hace años, si se comprueba en mí un innegable sufrimiento, si se puede

pensar en

---

<sup>1</sup> Terciaria de la Dolorosa (1906-1930), ya citada el 16 de marzo en “Los cuadernos. 1944”.

185

hechos reales o frutos de sugestión, etc., etc.».

«Pero entonces se lo hago con mucho gusto. Ya desde ahora digo que, en verdad, a quien contempla el caso con fe no pasa desapercibido que hay en el mismo hechos sobrenaturales. *Si todo se hubiera desarrollado humanamente, ya desde hace tiempo no tendría que haberse hablado de Ud.* Pero ya comprobar con qué paciencia y resignación Ud. soporta todo esto, y lo soporta desde hace tanto tiempo, hace intuir en Ud. una viva fuente ultraterrenal. *O uno cree o no cree.* Pero, si uno cree, *y yo creo*, ¿por qué debe negar lo sobrenatural? Algunos días atrás hice dos certificados para atestiguar un milagro por obra de la fundadora de las Hermanas del Hospital. Me los pidió una de las hermanas de sala y se los hice con mucho placer. A la verdad, no se podía sostener que la cura se había obtenido por obra de la medicina; la hermana afirmaba que había puesto la imagen de la fundadora bajo la cabecera del enfermo moribundo y éste se había sanado. ¿Por qué se había de negar el reconocimiento de la monja, muerta en concepto de santidad? Pero quería saber las cosas con precisión para orientarme bien».

Yo no le precisé “las cosas” porque para mí es fastidioso hacerlo y, además, Azarías no me lo había dicho. Pero supongo que el doctor, que mantiene tan buenas relaciones con las hermanas del Hospital, no ignora del todo la cuestión de los dictados, etc., etc., aunque sólo vislumbra algo. Por eso creo que es útil que Ud. exponga los hechos *claramente* al doctor. Entre otras cosas, ya es la segunda vez que él me sorprende mientras estoy escribiendo, o sea, mientras me rebelo a su consejo de no escribir. Por mi parte, tampoco puedo decirle: «Le desobedezco porque, como portavoz, le obedezco a Dios». ¿No le parece?

No hay nada indecoroso en lo que debe decirse al médico en cuanto a mi caso. Y si el Obispo no ha vacilado en mandar a Dora al médico para demolerla, creo que es lícito ser explícitos con mi médico de cabecera para añadir una nota científica, pero de persona creyente, que refuerce los otros testimonios sobre mi caso proporcionados por los demás testigos y que, en su totalidad, son testimonios de carácter espiritual o afectivo. No espere a que yo haya muerto para hacerlo. No espere siempre<sup>2</sup>. El tiempo y los hechos son veloces y cambian. Luego es inútil lamentarse y suspirar...

---

<sup>2</sup> Se ha dicho lo mismo respecto a otro médico en “Los cuadernos. 1944”, e129 de noviembre.

186

*15 de febrero de 1946*

Ante mi íntimo razonamiento sobre el motivo por el cual ahora el Señor, más que permitirme, me impulsa a recibir personas y a no ocultar quién soy - esto me atemoriza porque tengo miedo que sea un engaño diabólico -, Él me responde de este modo:

«Obedece y no temas. No sufrirás mayor daño que el que has recibido hasta ahora permaneciendo oculta. Y, por lo menos, el daño que hacen los que no saben entender dónde se encuentra Dios, será neutralizado por lo que comprobarán y dirán los espíritus rectos.

Usemos las astucias del mundo para combatir el mundo. Usemos las que ha enseñado el maestro del mundo... Yo he dicho: “Sed sencillos como las palomas y astutos como las serpientes”. Satanás

convierte a sus alumnos en serpientes astutas y ellos adoptan actitudes clamorosas, aptas para seducir el recargado corazón de los hombres del mundo, mientras los espíritus rectos, que rehuyen estas exhibiciones porque el alma siente que no son sinceras, no saben adónde ir para encontrar lo que advierten que es necesario para ellos y esto sucede únicamente porque en el 90% de los casos las verdaderas “voces” están ocultas y segregadas.

Basta; por lo que a ti se refiere, basta. Que al menos los inciertos puedan comparar y elegir. Y cada uno elegirá según lo que merece, porque los que buscan verdaderamente a Dios irán en una dirección, y los que buscan a Dios impuramente, en otra. Son buscadores impuros los que de la amistad con una “voz” o “instrumento”, esperan deleite o provecho humano. Les aborrezco, porque no suscito mis voces y mis instrumentos para tales cosas. No soy un histrión. Ni tampoco lo son mis voces. No soy un charlatán, un mimo. Pero no lo son tampoco ellas. No soy un oráculo para tonterías y ellas tampoco lo son. No soy entretenimiento. Ni tampoco ellas lo son. Y deben ser respetadas. Mas cuando se intenta socavarlas con artes humanas y con artes diabólicas, desvirtuarlas, calumniarlas como si fueran enfermas, para no decir locas y farsantes, entonces Yo digo: “¡Basta con el silencio y con los escondites? ¡Sal afuera y hazte conocer por los mejores!”.

No hay incongruencia en mi conducta, sino justicia alta y previsoras. Y hay también conciencia y conocimiento del tiempo. La des-

---

<sup>1</sup> Mateo 10, 16.

187

embocadura se avvicina... Que el río que Yo nutro sea conocido antes de desaparecer en el mar sobrenatural. ¡Que mi paz sea contigo, oh martirizado Juan! Ya sabes, pequeño Juan, que el “gran Juan” vio la Jerusalén celeste y las glorias del Cordero y los misterios del tiempo último *después* del martirio<sup>2</sup>. El martirio reduce el velo de la carne, es la saliva de Dios en los sentidos aún humanos. Después, la visión se hace cada vez más nítida, porque debe preparar a la “posesión” de Dios. Y así será. Y si hay quien no cree, quien no puede creer, su incredulidad es el bloque del que se cogen las piedras para lapidar al “negador”, al “blasfemo”, al “prepotente” que querría limitar a Dios negándole el poder de hacer de una nada un instrumento suyo, negándole el poder de hacer milagros.

Adiós, pequeño Juan de los martirios. Dios bendice tu camino hora tras hora, tormento tras tormento».

---

<sup>2</sup> Apocalipsis 21-22.

*17 de febrero de 1946*

A altas horas de la noche, mientras pienso, Jesús me dice:

«Tal como te dije <sup>1</sup>, has transcrito tus plegarias de amor, tus pasos en la vía de la Cruz. Ellos tienen más valor que las visiones y los dictados. Éstos son una “escuela” y tú no eres una colegiala. Aquéllos son una “prueba de examen” de lo que tú eres. Ya sabes que no puede decirse que uno es instruido sino cuando demuestra con las debidas pruebas que lo es. ¿Acaso puede llamarse instruido el que está en el banco escolar y escucha distraídamente y sin voluntad alguna? No, no se le puede llamar así. Mas cuando uno, al terminar la escuela, en lugar de escuchar al maestro, da la prueba de lo que encierra en sí y habla de la sabiduría adquirida, entonces puede decirse: “Éstas son las ideas del escolar”. Y, por lo tanto, se le aprueba dándole la certificación que le abre las puertas del empleo y de las ganancias.

Y a ti, las puertas de la ganancia celestial, la posesión de Dios, te serán abiertas no

porque eres un “portavoz”, sino porque eres la víctima voluntaria, porque has escrito con la palabra del espíritu, con

---

<sup>1</sup> Véase el diario del 10 de febrero de 1946.

188

la palabra del amor, “esas” palabras que fijaron en el papel lo que ya hacía tu espíritu. Sólo esto tendrá valor para juzgarte en la Tierra y en el Cielo. Y sólo esto explicará el porqué Yo te he hecho “portavoz”. Lo he hecho porque has demostrado buena voluntad e intenso amor.

Quédate en paz, con mi bendición».

*20 de febrero de 1946  
A las 9 de la mañana.*

El arcángel Rafael y Tobías <sup>1</sup>.

En el momento de la Comunión, se me aparece, solo, el arcángel Rafael con su dulce belleza y, de inmediato, me envuelve el sereno gozo que comunica el “buen compañero”. Se queda conmigo hasta las 14 y 30, sin mostrar más gestos que su sonrisa y un ligero movimiento de aprobación con la cabeza, como si quisiera decirme, sin hablar, que algo que estoy haciendo está bien hecho. No me explico qué puede ser, pues estoy escribiendo a los Belfanti una normal carta familiar.

Por fin, ante mi último pedido: «Vamos, dime qué quieres, por qué me miras y sonríes y callas», comienza a hablar: «Has obedecido enseguida y has hecho bien. Compórtate siempre de este modo. Me has ayudado y le he pedido a mi Señor que me deje llevarte conmigo para hacerte repetir el viaje de Tobías, al menos en los puntos que son mis predilectos. ¡Te gusta tanto ver! ¡Y te gusta tanto lo que es hermoso! Las orillas del Tigris, que atravesaba los campos asirios, eran bellísimas. Ven conmigo».

Voy con él. ¡Oh!, no atemoriza. Pongo mi mano febril en su mano fuerte y fresca y voy, mirando cada tanto al “buen compañero”, que sonríe con inmensa dulzura mientras me muestra las bellezas de la naturaleza que nos rodea. Una llanura verde y fertilísima se extiende a nuestro alrededor hasta donde puede alcanzar la vista. Me parece que es primavera, a juzgar por el estado de los pastos, a no ser que aquí siembren dos veces. He aquí el ancho río, ¡oh, mucho más ancho que el Jordán!, y mucho más caudaloso; sus aguas van majestuosamente hacia el lejano mar. Es un bellissimo país que descansa la vista y que trae paz al corazón. Rafael me mira y sonrío dicién-

---

<sup>1</sup> Tobías 6.

189

do: «Mira, mira bien. Míralo todo, no solo a mí. Aquí soy Azarías, el compañero». Quitando los ojos con esfuerzo del rostro radiante del arcángel, me convierto en espectadora...

El arcángel, bajo el aspecto de un hombre común, va hablando con Tobías, que le escucha con respeto y obedece cada uno de sus gestos. Azarías aconseja que hagamos un alto y Tobías obedece sin replicar. Azarías le aconseja al joven que se haga un baño en el río para refrescarse y Tobías obedece solícitamente. Mientras se baña en el río, las aguas hasta entonces calmas se encrespan y emerge un pez, tan grande como el joven, que intenta alcanzar el cuerpo desnudo de Tobías para morderlo, quizás para llevárselo al fondo consigo y devorarlo. Parece un enorme lucio o un grueso salmón o un esturión, con una boca considerable dotada de tres filas de aguzados dientes, con el dorso oscuro y el vientre blahco que, al deslizarse, reluce bajo el velo del agua.

Tobías ve que está muy cerca de él y que le cierra el paso, pues se interpone entre él y la orilla; entonces, aterrorizado, grita: «¡Oh, mi Señor!, ¡un monstruo me está atacando!». Azarías, que está sentado en la orilla herbosa, se levanta de golpe y grita: «¡No temas! Ponte a sus espaldas y cógelo por las branquias y atráelo hacia ti. ¡Hazlo ahora que se ha girado!». En efecto, al oír otra voz y el rumor de los ramos del sauce agitados por Azarías, que acaba de quitarse los zapatos y desciende hacia el río dispuesto a ayudar sin dilaciones a su compañero, el animalazo se vuelve revoleando los ojos redondos, crueles e impenetrables, ojos fríos de pez. Tobías lo aferra por las branquias y lo tira hacia sí resistiendo a los colazos y las sacudidas con las que el pez intenta librarse. Tobías camina hacia atrás y tira, tira hundiendo los pies en el fondo gredoso cada vez más bajo, donde ya se descubren las primeras hierbas acuáticas, en el fondo que ya se convierte en cieno resbaladizo. ¡Qué esfuerzo debe hacer en el último tramo del recorrido!

El pez hace esfuerzos gigantescos para librarse, para salvarse. Y el joven hace esfuerzos igualmente gigantescos para retenerlo. ¡Tobías está a punto de perder las fuerzas! Su mano cansada resbala sobre la branquia izquierda, el pie resbala en el fango. El pez intuye el cansancio del que lo ha capturado y da un colazo tan desesperado que Tobías pierde el equilibrio y cae intentando aún aferrar el pez y éste, aunque está casi fuera del agua, sigue haciendo esfuerzos prodigiosos para completar su victoria. Pero Azarías lo agarra por la

190

cola biforcuda y lo retiene hasta que Tobías se levanta, lo vuelve a aferrar y lo arrastra, ahora seguro de sí, hacia la arena que ya no es fangosa y donde el pie, por lo tanto, puede afirmarse y resistir. El pez boquea, se estremece... muere.

«Toma el cuchillo y destrípalo. Quítale el corazón, el hígado y la hiel y consévalos en ese pequeño odre. Siempre encontraremos agua de beber sin necesidad de llevarla con nosotros. El corazón, el hígado y la hiel son útiles porque son grandes remedios. Te diré cómo se usan. Y ahora cozamos el pez. Nos será viático en nuestro camino». Preparan el fuego con las ramas secas y asan la pulpa del pez cortada en gruesas tajadas, que los dos comen con buen apetito, y luego ponen en las alforjas lo que sobra, separando las tajadas con anchas hojas espolvoreadas con sal.

Como buenos amigos retoman el camino y Azarías le explica y enseña muchas cosas; entre ellas, una que responde a la pregunta de Tobías sobre el empleo de las entrañas de pez y a la que corresponde la explicación que se encuentra en la Biblia<sup>2</sup>.

«¿De verdad?» pregunta Tobías sorprendido. «¡Oh, si fuera así se podría devolver al padre la vista que ha perdido!».

Azarías le provoca para poner a prueba el espíritu de su compañero: «Es así. Pero antes podrías obtener otros dones: riquezas, amores...».

«¡Oh no, no! ¡Lo del padre me apremia! Yo... estoy bien siempre. Hagamos de prisa lo que tenemos que hacer pues, si antes tenía ganas de regresar, ahora mi deseo es mucho más fuerte porque no sólo es por la alegría del abrazo paterno, sino porque me espera el júbilo de volver a dar luz a los ojos sin luz de mi padre».

Azarías le tienta: «Mozuelo, crees en lo que te digo sin comprobarlo. ¿Y si no fuera verdad lo que te digo?».

«¡Oh no! Tu rostro es diáfano y sereno. Hablas con el gran sosiego de Dios. Sólo un santo puede ser como eres y los santos no mienten. Tengo fe en ti».

A los labios de Azarías asoma una luminosa sonrisa. Tobías pregunta: «¿Dónde nos hospedaremos?».

Д Y el arcángel le habla de Sara de Ragüel del modo en que habla de ella la Biblia<sup>3</sup>... con los consejos para casarse con ella y liberarla

---

<sup>2</sup> Tobías 6, 7-9.

<sup>3</sup> Tobías 6, 10-18.

de todos los demonios, sin temor. Veo el ingreso en la casa de Ragüel, el reconocimiento y las bodas de la viuda-virgen con el buen Tobías. Dulce, dulcísima es la noche, o mejor, las noches nupciales, después que el demonio ha sido vencido y relegado a otro lugar, cuando los esposos vírgenes rezan y se unen a Dios antes de convertirse en una sola carne... ☩ Y con esta dulzura termina la visión y me encuentro de nuevo con Rafael, que dice:

«Tobías tuvo más de lo que deseaba porque fue obediente y fiel. Mas yo soy el que sana y enseña a sanar las insidias satánicas. Por eso me han propuesto para curar esa alma atormentada hasta lo indecible por un demonio que la odia; esa alma que tiene tanta necesidad de ayuda para liberarse del enemigo que la persigue. Mas duele mucho no encontrar en ella una perfecta sumisión, semejante a la del joven Tobías. Tobías venció porque fue dócil y obediente, le fue grato a Dios, cuya bondad celebró con espíritu sincero y humilde. *Porque es bueno tener escondido el secreto del rey y no pavonearse de él, pero mucho mejor es publicar las obras de Dios, no con palabras sino con la santidad manifiesta cada vez más y no contaminada por las miserias humanas. La tentación es una prueba, no una condena, si se sabe resistir a ella.* Después seremos bien acogidos por el Señor. Mas se debe velar y perseverar en todo hasta la hora extrema y hay que hacerlo con perspicaz cautela.

En cuanto a ti, no tengas miedo, porque si he estado contigo, si lo estoy, es porque Dios me manda a traerte la paz y la luz de los cielos. Ahora vuelvo adonde el Señor me manda; que la paz que te deseo sea siempre contigo».

Desde el punto que he señalado de este modo ¶ hasta el que he señalado de este otro ☩, tuve que abreviar porque vino el abogado y yo estaba como entre dos fuegos y, por lo tanto, no podía entender a ese hombre ni podía recordar al pie de la letra lo que decía el arcángel para ilustrar las operaciones de obediencia y de plegaria a fin de vencer a Satanás, presente en las enfermedades, en las insidias, en las desventuras, para turbar y llevar a la desesperación, y presente también en las circunstancias de gracias extraordinarias, con el propósito de desencadenar orgullos y complacencias que turbarían el corazón y alejarían de Dios. Lo recuerdo todo, pero lo diría con palabras mías. Por eso, conservo la esencia y dejo el resto. Recuerdo la frase: «Si te hubieras complacido, te habría abandonado. Te he prote-

192  
gido hasta el final, porque has sido humilde». Las demás frases... se me fueron de la mente. Y sufro mucho cuando me pasa esto...

También recuerdo muy claramente que, al comenzar su reflexión final, el arcángel me ha dicho: «Esta visión es para ti, es *toda* para ti. Que no sea comunicada a Dora, porque el Señor así lo quiere. Ella debe ignorar lo que ves. Si lo merece, lo verá. Mas no debe tener tramas ya marcadas para tejer sobre ellas su hilo. A cada uno lo suyo». Por lo que a mí respecta, no tendrá más nada y quiera Dios que no haya quien se lo dé, desobedeciendo más o menos conscientemente la prudencia y la orden de Dios.

Son las 0,15 horas y me gustaría quedarme quieta, descansando. Pero viene Azarías, mi ángel. Hay que coger el trozo de papel que está más a mano y escribir como puedo, empeñándome a copiarlo en el cuaderno por la mañana. Es lo que estoy haciendo ahora.

Dice Azarías:

«Dile esto al Padre. Que le diga a Dora que no repita *nunca más y por ningún motivo* un subterfugio como el que ha usado recientemente. Que deje que estas cosas las hagan los desgraciados y que ella sea sincera, si quiere recibir la Verdad. Esa malicia y esa desobediencia al Obispo, cabeza de la Diócesis, le han provocado máximo disgusto al Santísimo Señor Jesucristo. Si Dora sabe que, por espontánea voluntad, no hace nada malo, ¿por qué teme que se haga luz? El Obispo tenía derecho de indagar y ella tenía el deber de obedecer. Entonces, ¿por qué no obedeció simplemente, sin buscar detalles o añadidos para ocultar la verdad?, ¿por qué mintió? No hacía falta decir muchas cosas. Era suficiente decir: “Venga a

visitarme porque lo necesito” y habría obtenido una certificación mejor desde el punto de vista humano y sobrenatural y, sobre todo, no habría disgustado al Señor con la mentira y la malicia.

No está bien. El intelecto se emplea y se lo hace trabajar para la justicia, no para el mal. El desasosiego que la ha cogido en estos días se debe a su error. Satanás se aprovecha de él y ríe. Y, al no poder convivir donde hay hedor de Mentira, la Verdad se aleja. El que ha sido llamado a entablar amistades especiales, debe ser un espejo terso, sin el más leve ofuscamiento voluntario.

Esto es lo que el Padre debe hacer saber. Y no debe ir, sino enviar. Esto es todo. Digamos juntos el Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo y luego reposa en paz».

193

*23 de febrero de 1946  
A las 10 y 30.*

Hace 20 minutos que el Padre se ha ido... voy rumiando mis grandes amarguras...

Ahora Jesús, que ha aparecido junto al lado derecho de mi cama en el momento de la Comunión, me consuela divinamente y me estrecha contra su pecho. Disfruto de la tibieza de su Cuerpo a través de la tela de lana blanca de su túnica y me siento segura en la dulce tenaza de sus manos fuertes que me obligan a estar estrechada a Él así, como si fuera un simple amigo. Pero lo mismo se derraman mis lágrimas, porque me ha dolido el lamento del Padre y su velada acusación de guiarle mal. ¡Demasiadas cosas me causan dolor! El inconveniente clínico que ha sucedido esta mañana, que habría aterrorizado a cualquier otro, no me ha causado ni me causa la más mínima agitación... ¡Por el contrario! ¡¡¡Si fuera también para mí el susurro con el que la voz del Esposo dice: “Ven”!!!

Mas las cosas que me causan dolor son las otras. ¡Las almas embusteras!, ¡las almas desobedientes!, ¡las almas soberbias!, ¡las almas inquietas!, ¡las almas pecadoras!, ¡las almas blasfemas!, ¡ésas sí que me causan dolor! Entiendo, entiendo cada vez más la pasión espiritual de Cristo... Cada alma que falta es un latigazo, es la punzada de una espina, es una crucifixión... Y yo veo sólo pocas almas. ¡Él, en cambio, las contemplaba *todas!*

Lloro, Jesús me deja llorar. Pero el llanto aquí, oprimida en esta tenaza de amor, estrechada contra un corazón que es todo amor, no es amargo. Es triste, pero también es alivio.

Luego Jesús ordena: «Escribe lo que estás sintiendo, después dictaré Yo para el Padre» y me hace escribir sin soltarme por completo de su abrazo: pasando el brazo y la mano izquierda alrededor de mis hombros, me mantiene a su lado. Ahora habla. Dice Jesús:

«La conducta extraña - para no usar otro adjetivo - de los hombres quiere justificarse y tranquilizarse mediante artimañas o con razones que les alivian a ellos mientras agravan a otros hombres, al darles a éstos la responsabilidad de las acciones cometidas por quienes quieren librarse de ellas. Y muchas veces terminan por atribuir la responsabilidad al mismo Dios, y hasta llegan a acusarle de haber permitido que un alma se equivocara porque Él no la iluminó o lo hizo poco. Hace miles y miles de años que la humanidad acusa a

194

Dios por haber inducido al hombre al pecado con la tentación de lo prohibido. Y seguirá siendo así hasta el final de los siglos, por todo lo que se refiere a las cosas negativas.

¿Por qué me reprochas, Romualdo, que no haya sido más claro? ¿Qué más querías? ¿No sabes que Yo soy Caridad? ¿No has sentido aún *lo infinito* de este amor que es mi esencia y que se convierte en todo para todos con tal de ayudar, de consolar, de salvar? Lo hace, ayudando paternalmente los deseos de sus criaturas y respaldando alguna de sus imprudencias, si no es una verdadera culpa (procede así para impedir que un alma sea abochornada por una futilidad, por un capricho infantil, de modo que, agradecida por la condescendencia del Señor, convierta la imprudencia en el punto de partida de un santo

camino que siga mi vía); lo hace perdonando a los culpables y modificando el diseño inicial, alterado por Satanás, para poder hacer siempre de un alma una obra maestra.

¿Aún no has comprendido que con *todos* los modos posibles intento hacer que *todos* sean santos, que querría hacer de cada uno de vosotros una voz mía, que querría poder hablarlos a todos, saturaros de Mí, propagarme para poder teneros a *todos*, a *todos*, a *todos* conmigo donde Yo esté?

¿No sabes que tan pronto como advierto en un corazón un impulso, un impulso bueno, Yo me precipito para difundirme en él? No dirás como los que no me conocen: “¿Pero entonces es un necio que no ve el futuro?”. ¡Oh!, ¡no lo dirás! Piensa, reflexiona sobre mi congoja y comprenderás mi conducta hacia los buenos y hacia los que no lo son.

¿Hay uno que es santo, que es predilecto para mi corazón o que, simplemente, tiene el deseo de serlo y siempre está llevado a alcanzar la santidad? Es justo que Yo vaya a hacer mi morada en él y que él, en esa unión conmigo, encuentre cada vez mayores fuerzas para santificarse.

¿Hay uno que, sin ser un réprobo, es de todos modos un pecador que no cambia? ¿Por qué no debería Yo ir a buscarle y atraerle con dones espirituales para sacarle de su inmovilidad? ¿Acaso no se hace así con los niños para despertar su inteligencia, su deseo de aprender, su atención y, de este modo, hacerles crecer en inteligencia así como en estatura? Entonces, del mismo modo, a éstos que están detenidos en sus faltas, Yo les doy un envión, les hago un llamado, les ofrezco un don, una gracia, un milagro, para que nazca en ellos la

195

voluntad de moverse, de tener un impulso que les quite de ese sitio en el que están envasados.

¿Hay uno que es culpable, gran culpable, que se prevé como un futuro condenado? Y entonces, ¿por qué Yo, el buen Pastor, el Salvador, no debería aún, hasta la última hora, hasta el momento en que el alma se separe del cuerpo, intentar salvarle con mi amor?

Acuérdate de Disma<sup>1</sup>... Le había encontrado una y otra vez, sin aparente utilidad, sin aparente intención de encontrarle... Ese ladrón impenitente podía aparecer a los ojos del pueblo como una derrota para Mí. Y de seguro habrá parecido una tonta debilidad mía que Yo, en las gargantas de Carit, me difundiera en benignidad hacia el ladrón que - en un impulso de bondad hacia El que casi un año antes y en otro valle le había hablado con dulzura para que se arrepintiera - me traía el cordero asado (ciertamente fruto de algún robo). Mas ¿qué podía ofrecer el culpable que no fuera una culpa? Por cierto, podía ofrecer sólo el fruto de un robo que, sin embargo, se purificaba por el acto caritativo del que era objeto. Ese acto habrá significado todo esto y algún apóstol habrá sentido sabor de escándalo en esa carne ofrecida... Mas un año después, las palabras de amor pronunciadas en el valle cercano a Modin y la mirada de amor dirigida en Carit hacia el que venía a ofrecer el fruto de su horrible tarea, sumándose a las palabras de amor y a las miradas de amor de un Crucifijo y de una Madre traspasada por el dolor, salvaron a Disma.

Tal es mi conducta, Romualdo. Nunca soy el primero en indicar al que merece un reproche, nunca soy el primero en lanzar la primera piedra. Sé con quién trato. Lo sé. Os conozco. Estáis muy llevados a escandalizaros, más que si fuerais ángeles purísimos. Yo no me escandalizo porque soy la Piedad. Yo cubro con mi piadosa palabra a los leprosos del espíritu como ayer cubrí con mi manto extendido a Eliseo<sup>2</sup> que se purificaba, para daros la capacidad de permanecer junto a un leproso y amarle y ayudarle con vuestro amor a acelerar su resurrección.

Y por otra parte... ¿cómo puedes decir que no te he aconsejado en cuanto a Dora?

He dicho: “Que el Padre *se limite* a ejercitar las funciones de su ministerio y que no vaya más allá”, o sea, que practique la Confesión

---

<sup>1</sup> En El “Evangelio”, Disma es el buen ladrón, crucificado junto con Jesús.

<sup>2</sup> Se refiere a un episodio narrado en “El Evangelio como me ha sido revelado”.

y la Comunión, porque no se las puede negar a una católica que no esté excomulgada.

He dicho: “Ve a consultar al Obispo”. ¡Claro que lo he dicho! Si el Párroco faltaba a su deber hacia un alma atormentada, era necesario que hubiera alguien que obligase al Párroco a ocuparse de ella. Y para lograrlo, era necesario uno que hablara. ¿Qué mal hay en ello?

He dicho: “Que el Padre insista mucho en cuanto a la Confesión y a la Eucaristía”, porque cuanto más esté nutrida, mejor será para su alma que, por sí misma, tiene menos resistencia que un alga de foso.

Mas también he dicho: “Que el Padre vele *mucho* sobre la soberbia y la mentira”. Ésa es una señal *muy* significativa.

Mas también he dicho: “Que el Padre deje todo y se ocupe solamente de María y de los dictados”.

Y permití las turbadoras apariciones demoniacas del 30 de diciembre y de los días siguientes; y dicté los tremendos dictados sobre Satanás, los claros dictados sobre las diferencias entre los místicos verdaderos y los místicos dudosos o completamente falsos.

¿Qué más quieres, Romualdo? Yo te aconsejé y no eres un niño. Del mismo modo que para Dora mando a Rafael, “la medicina de Dios”, a ti te mando el consejo del Verbo. No ordeno. Se ordena a los siervos, no a los hijos o a los amigos y tú eres hijo y amigo de tu Padre.

Mas la “medicina de Dios” o la “Medicina de las medicinas” - el Verbo santo que concentra en Sí totalmente a Dios en la Voluntad, el Poder, la Sabiduría, el Amor y demás atributos y que en Sí contiene todo lo que Nosotros somos - no pueden surtir efecto si quedan fuera de nosotros, es decir, si no son asimilados. Algunas veces serán amargas, como muchas medicinas. Pero sirven para sanar y fortalecerse. No hay que mirarlas solamente. Hay que ponerlas en práctica en vosotros, para que se os conviertan en Medicina útil.

Y recuerda que si Lucifer, el más bello, y Adán, el más amado, pudieron decaer, tras haber sido creados para un destino completamente diferente, bien puede decaer y convertirse en “nada” un alma que no corresponde en pleno a su ministerio. Yo doy y Yo quito. Y nadie puede reprocharme si lo hago.

Recuerda<sup>3</sup>: “¡Ay de los profetas insensatos que van tras su espí-

---

<sup>3</sup> Ezequiel 13.

197

ritu sin ver nada! Vosotros no os habéis pronunciado contra vosotros, no habéis levantado un muro (contra Satanás y en defensa de Satanás en vuestro espíritu) para no moveros luego en la batalla en el día del Señor (la batalla de las seducciones satánicas que intentan impedir que alcancéis el Día: la Luz de Dios). Di a los que blanquean la pared sin la mezcla (la mezcla es la santidad lograda penosamente, fatigosamente), que la pared se derrumbará, que llegará el agua a inundar, que arrojaré piedras enormes y enviaré un viento tempestuoso que lo abatirá todo. Tú, hijo del hombre, vuelve tu rostro hacia las hijas de mi pueblo que profetizan por su cuenta y díles: ‘Así habla el Señor Dios: ¡Ay de las que trabajan con el fin de obtener almas (para satisfacer su orgullo) y de este modo me deshonoran por un puño de cebada y un trozo de pan (es la impaciencia de ser conocidas y alabadas) y hacen morir las almas que no mueren y vivir las almas que no viven (es decir, deprimiendo con el dolor y el escándalo a los justos y lisonjeando a los injustos) y engañan a mi pueblo, que cree en las mentiras! Mas he aquí que Yo desgarraré vuestra urdimbre, libraré al pueblo de vuestro poder y sabréis que soy el Señor. Porque vosotras, con la mentira, habéis afligido el corazón del justo que Yo no afligí’ ”.

Dilo, en lo íntimo de tu corazón. No se entendería si lo dijeras con las palabras de Ezequiel. Mas sobre esta base, comprende qué debes hacer y no digas que te ha faltado la guía segura. Uno no debe desalentarse por haber sido engañado, mas debe desalentarse por no seguir la vía que el Señor indica como justa.

Que el Espíritu te ilumine y te consuele».

El tono diferente, ya sea en la voz que en la severa majestad, me hace comprender inmediatamente cuando el Padre Eterno reemplaza a Jesús. Sucede en la frase: «Yo te aconsejé y no eres un niño». Lo comprendí también porque Jesús había dejado de sostenerme y con sumo respeto escuchaba la Voz.

Es de noche. Vuelve el Arcángel bueno, el buen compañero<sup>4</sup>. Me mira, me sonrío, pero está triste. La radio transmite músicas profanas y Marta se deleita con ellas. Trabajo y contemplo a San Rafael.

¡Cuán prodigioso es poderse perder en lo sobrenatural sin que

---

<sup>4</sup> Véase el diario del 20 de febrero de 1946

198

nada pueda distraernos de ello! ¡Qué operaciones maravillosas hace Dios en nosotros, pobres criaturas materiales, pesadas, superficiales, inertes! ¡Oh, qué grande es el poder de la “buena voluntad”! Yo tengo sólo eso, nunca he tenido más que eso. Y esta buena voluntad ha hecho de mí, que soy una criatura *muy humana*, muy imperfecta, muy vehemente, la que soy: un alma *pequeña*, *muy* pequeña, pero hecha de tal modo que puedo dar un poco de gozo a mi Señor.

La buena voluntad de amar al Señor ha sido el hilo de oro que ha brillado en todas mis acciones y las ha encaminado y dirigido y ha impedido que desbordaran hacia senderos adonde mi impulso, mi impaciencia de vivir, podría haberlas llevado. Aún entre las sombras de las horas peores, cuando era propiamente una criatura de carne y sangre, ese hilo de oro brillaba y me hacía acordar de Dios y entonces mi mirada se alzaba de la Tierra al Cielo. Al principio era una mirada fugaz, pero luego se fue haciendo cada vez más prolongada, hasta que se ha reunido para siempre y el musical solo del divino Amor que me decía: “¡Ven a Mí!” se convirtió en un dúo en el que yo también dije: “¡Ven! Ven en el dolor, ven siempre, ven todo Tú, pero ven, ven, ven, mi único Amor”. Y para abreviar la espera y la distancia, avancé, avancé, ya siguiendo el hilo de oro, ya corriendo a lo largo de él, mientras antes solamente lo miraba; avancé sin pedir, sin pensar siquiera que podría llegar a mi estado actual; avancé sólo porque quería amar cada vez más.

Y ahora sucede que en cualquier circunstancia, aun en una acción concreta que me distrae o que me turba, me quedo con Él y le descubro en las palabras que oigo, en el trabajo, en el descanso, en las armonías, en los desasosiegos... y nada me separa de Él. ¿Acaso no es así, oh dulce Arcángel que sabes, que ves las acciones de los hombres a través del espejo de Dios, en el que se refleja todo y todo se conoce?

Pero, ¿por qué estás aquí, oh dulce ángel mío? Tu compañía es entrañable, protectora, da sosiego. Pero no dejes sola a esa alma. Ve, ve con ella... Te lo ruego porque siento piedad hacia ella, porque pienso que si tú no estás allí, su alma no tiene protección alguna. ¡Es tan horrible sentirse solas!... ¡sentirse solas en las horas de tormenta en las que el Cielo, ya sea por prueba o por castigo, se cierra para nosotras! ¡Es una desolación! ¡Es un infierno! ¡Oh, dulce ángel!, tú no conoces esas horas, pero yo sí... Y su recuerdo se me ha quedado como el recuerdo de una pesadilla que se desvanecerá solamente en

199

el Cielo. Ve, ve a ella, ve hacia esa hermana tan desdichada...

Estoy rezando así, absorta, y Marta cree que estoy abstraída por la música y que es ésta lo que me provoca dulces pensamientos. En cambio... es la contemplación y la piedad. Pero San Rafael no se va. Y yo pienso en Dora con la angustia de una hermana...

*Por la mañana.*

¿Hasta cuándo se ha quedado San Rafael? No lo sé. Estaba cansada y me he quedado dormida después de la una y sus ojos buenos han seguido mirándome hasta que los míos se han cerrado...

*25 de febrero de 1946*

Cuando me despierto, a las 7 y 25, porque sólo hacia la mañana he podido descansar, San Rafael ya está aquí. Como lo estaba ayer, en el momento de la Comunión, junto con Nuestro Señor. Esta mañana está solo. Pero aun así, el primer acto de mis sentidos y de mi pensamiento apenas despertados consiste en la visión, la contemplación y el saludo a este amado ángel, que me sonríe y me invita a iniciar mi labor sin prestar atención al cansancio que me abate. Luego saluda y se va...

*A las 17.*

Desde un níveo fulgor que tiene forma de cuerpo espiritualizado, me llega una voz queda y dulcísima, como cansada, como la voz extenuada de quien ha sufrido mucho. Dice:

«Soy yo. ¿No me reconoces? Soy Aglae<sup>1</sup>; soy el pasado fango convertido en luz. Vengo a hablarle a una hermana mía, siempre menos infeliz que yo, pero que padece mis penas de ayer, el purgatorio de la carne, que es ávida... Le hablo a través de ti, que me viste en la abyección y en la redención y que, de ahora en adelante, podrás decir

---

<sup>1</sup> Se trata de una pecadora convertida, citada en la vasta obra sobre el Evangelio.

200

que me has visto en la gloria. ¡Oh! testimonia la bondad del Señor hacia las hijas de Eva, hijas corrompidas pero que quieren quitarse de la sangre la llama abrasadora para amarle a Él.

Dile que ame su purgatorio, soportando con paciencia, constancia y espíritu de sacrificio por las pecadoras obstinadas. En mi época de penitencia sufrí sus mismas penas. Y por eso sé. Pero no me desanimaba. Soporté con el espíritu las reminiscencias de la carne, sus alaridos de locura, a igual que un enfermo que padece por una llaga fétida pero que la soporta igualmente, porque es mejor que la podredumbre salga en lugar de permanecer en la sangre e infectarla... El alma estaba más arriba y *no admitía* las debilidades. Abajo, la carne aullaba como una loba. A veces, ese aullido hasta me impedía rezar. Entonces, ofrecía al Señor la plegaria de la tolerancia. Y con los ojos del espíritu miraba al Salvador y con mi espíritu repetía sus palabras. ¡Cuando llegó la muerte!... un ángel, mi ángel, el que no me había abandonado ni siquiera cuando yo estaba poseída por una monstruosa lujuria, me dijo mientras tomaba mi alma entre sus manos purísimas: “Más que este martirio, ha sido el otro el que te ha convertido en cándida hostia: ese martirio anónimo, incruento, en el que los sentidos eran tu verdugo y tu torturador. Alégrate, porque has triunfado. Los sentidos ya no existen. Ahora existe la paz”. Al despedirme, esparcí óleos de rosa. Mas el óleo de mi lucha contra los sentidos fue más perfumado y agradó más.

Dile esto a la hermana que padece. Dile que lo ha dicho el Maestro, dile que nos ha justificado a nosotras, las que estamos atormentadas por la parte material, y ha dicho: “Lo que contamina al hombre, no es lo material y extraño, sino lo que sale de la *voluntad* de su corazón”<sup>2</sup>. Dile que se distraiga con todos los medios. Dile que después de la tentación, no se detenga a considerar si ha pecado. Dile que pase por alto. Volver a mirar significa atizar nuevamente el fuego. Que bese al Redentor en su signo de salvación. Que le dé un beso por cada dentellada de la carne y que, entre

las llamas de su purgatorio terrenal, mire al Cielo, al Cielo que está abierto también para nosotras, después de la dura batalla.

Adiós. Que la Luz celestial esté siempre contigo».

Desaparece envuelta en una gran luz.

Poco antes de que se me apareciera, mi amonestador interior me

---

<sup>2</sup> Mateo 15, 18-20; Marcos 7, 20-23; Lucas 6, 45.

201

estaba diciendo: «Dentro de poco vendrá a ti, desde el Cielo, la santa que viste cuando era una pecadora y que, si tuvieras un índice referido a los santos, hoy encontrarías señalada en él. Pero pocos la conocen. Te hablará acerca del alma caída en tentación de la hermana que el Padre te ha señalado». Pero después del saludo de Aglae tuve que detenerme porque se me produjo una violenta crisis cardíaca. Y sólo inmediatamente después de que se me pasó la crisis, escribí las demás palabras; por lo tanto, no estoy muy segura si el ángel me ha dicho que se la nombra hoy, 25 de febrero, o si se la nombra aún hoy. Aclaro esto porque amo la precisión.

*5 de marzo de 1946*

El Padre Migliorini no viene. Me siento mal. La ausencia de Jesús presente en el Sacramento es para mí un dolor superior a mi misma capacidad de soportar. Decido hacer avisar al P. Mariano<sup>1</sup> y le pregunto a Jesús: «¿Cómo debo conducirme si me dice algo?». Me responde:

«Lo harás de acuerdo con la verdad. Porque no está permitido, por ninguna razón, decir mentiras, especialmente cuando se trataría de mentir acerca de las realizaciones de Dios. A quien me preguntaba: “¿Eres Tú el hijo de Dios?”, le contesté simplemente, santamente, heroicamente: “Sí, lo soy” aun sabiendo que iba a causarme menosprecio y condena. Y María, mi Madre, no le mintió a su prima Isabel, no le negó ser Madre de Dios. Imítanos con humildad y eleva loas al Señor, al confesar quién eres. ¡Quédate en paz, en paz, oh mi pequeño Juan-María! ».

---

<sup>1</sup> Se trata del Padre Mariano De Sanctis, que pertenece como el P. Migliorini a los Siervos de María.

*8 de marzo de 1946*

Exclamo: «¡Qué pesada es esta cruz!», aludiendo a todo este conjunto de cosas que me abate por todas partes: sordera, incomprensiones, desconfianzas, titubeos, avaricias, celos. Se trata de cosas espirituales. Las cosas que me hacen mal de verdad son éstas.

202

¡No lo es por cierto el glorioso sufrimiento que me une a Cristo en la Cruz!...

Jesús me dice: «Sí, ¡es muy pesada! Pero es el último año<sup>1</sup>, el más triste... Y, por otra parte, siempre estoy Yo a tu lado para sostenerte ofreciéndote mi hombro... ¡Ánimo, pequeña crucificada! ¡Ánimo, por amor mío y por amor de las almas!...».

Contesto: «Sí»... ¿Pero cuándo terminará este brumoso camino y estaré toda yo contigo, en tu Luz?...

<sup>1</sup> Otra mano, probablemente la del P. Migliorini, escribió entre paréntesis: “*de vida evangélica*”, refiriéndose sin dudas al ciclo del tercer año de vida pública de la vasta obra sobre el Evangelio.

9 de marzo de 1946

(Este dictado es para el P. Migliorini que, en esa época y desde hacía 4 meses, perdía el tiempo y también el justo sentido de los hechos, ocupándose del clamoroso caso de D. B. hasta el punto de creerlo más... divino que cualquier otro...)<sup>1</sup>.

Dice Jesús:

«Hay dos direcciones: una como guía para quien puede ser inducido a dejar lo verdadero por lo falso, y otra para el que puede tener dudas, pues basa su juicio en axiomas y teorías que no pueden explicar lo sobrenatural, dado que son completamente naturales.

Pequeño Juan, abre el libro de los Jueces en la parte en que trata del ídolo de Micá, y el de Ester donde Mardoqueo explica el sueño<sup>2</sup>. Escucha y escribe.

No llamo la atención sobre la historia de la formación del ídolo. Hablo desde el punto en que se cuenta del joven levita de Belén de Judá. Se trata de un ejemplo, *de un feo ejemplo referido a quienes tienen que servir con humildad al Señor, en una casa fundada en la verdad, y que, después de un tiempo, ya no se contentan con su humilde y santa función y quieren “ir adonde puedan estar mejor”, es decir, quieren ir a buscar más de lo que Dios les ha concedido, que es*

---

<sup>1</sup> Esta nota entre paréntesis fue agregada más tarde, junto a la fecha, con letra más pequeña y apretada. Para la sigla D. B. véase la nota 1 del dictado del 19 de diciembre de 1945.

<sup>2</sup> Jueces 17; Ester 10, 4-13; 11, 2-12.

203

*ya un buen don y que, si lo tutelara bien, sería un motivo de alabanza para el buen siervo. Y he ahí que, tras haber obtenido glotonerías en doble y triple ración, van siguiendo otros caminos en busca ¿de qué? Dios no se presta a satisfacer las concupiscencias espirituales. Y los que buscan más de lo que Dios otorga, o no lo encuentran, y padecen el único daño de descuidar lo verdadero para ocuparse de las nubes o acaban por encontrar a Satanás disfrazado de profeta.*

¡Oh! ¿acaso esto constituye un aumento de méritos o de gloria? No lo es. ¡Habría sido mejor que el joven levita y betlemita hubiera permanecido como simple levita, en lugar de convertirse en sacerdote de un ídolo! Habría sido mejor que hubiera conservado lo poco venido de Dios en lugar de lo mucho venido de un ídólatra que se pavoneaba diciendo: “¡Ahora estoy seguro de que Dios me beneficiará, porque tengo a un sacerdote de la estirpe de Levi!”. ¿Mas no comprendéis que *donde hay orgullo y simulación todo sirve para aumentarlos y que la Simulación y la Astucia enseñan lo que puede seducir clamorosamente a las pequeñas almas?* El hombre de Efraín no estaba satisfecho de su culto ni de su hijo que se había hecho sacerdote. Sabía bien que era una inútil apariencia, una máscara de religión. Sabía que el dios y el culto que se había construido no tenían valor, ni ante el verdadero Dios ni ante los hombres. Hay muchos que saben estas cosas. Y entonces, sienten la necesidad de cubrir el propio vacío con una ayuda sacerdotal. Pero no es así; eso no sirve.

Hace mal quien obra así y *hace mal quien se presta a este juego. Que cada uno esté donde Yo le he puesto y que no vaya en busca de “donde puedan estar mejor”*. La soberbia vuelve a infiltrarse bajo el falso aspecto de bondad y empeño. Obediencia, obediencia, obediencia o mi castigo no faltará. Entre dos que han sido unidos por mi voluntad poseo, por cierto, la manera *de castigar a uno solo*, reservando paz para “la pequeña fuente que creció y se hizo río y se convirtió en sol y luz y derramó abundantes aguas”, y que sabe que ha llegado a ser ese río no por méritos suyos, sino por mi voluntad. Y que no ha pedido esta gracia, sino la de amarme. Y que sufre - sólo Yo puedo saber cuánto sufre - porque ve que no todos son de la misma índole: la del pueblo de Dios.

Los hijos de un único pueblo comprenden el lenguaje de su rey y de los súbditos fieles al rey. Entonces, ¿cómo es posible que sólo pocos entiendan mi Palabra y que tantos duden que sea mía, y que se dejen seducir por otras palabras que suenan a falso, tal como su

204

mismo origen? Os lo digo otra vez: Así como he dado, puedo dejar de dar. Hace años que os lo repito. Mas no quitaré su gozo “a la pequeña fuente que creció”, porque ella se encuentra en la situación en que ella misma se ha colocado por amor. Morirá en mi paz. Y la paz para ella es estar en Mí como Yo en ella, como Yo soñaba estar en todos los corazones».